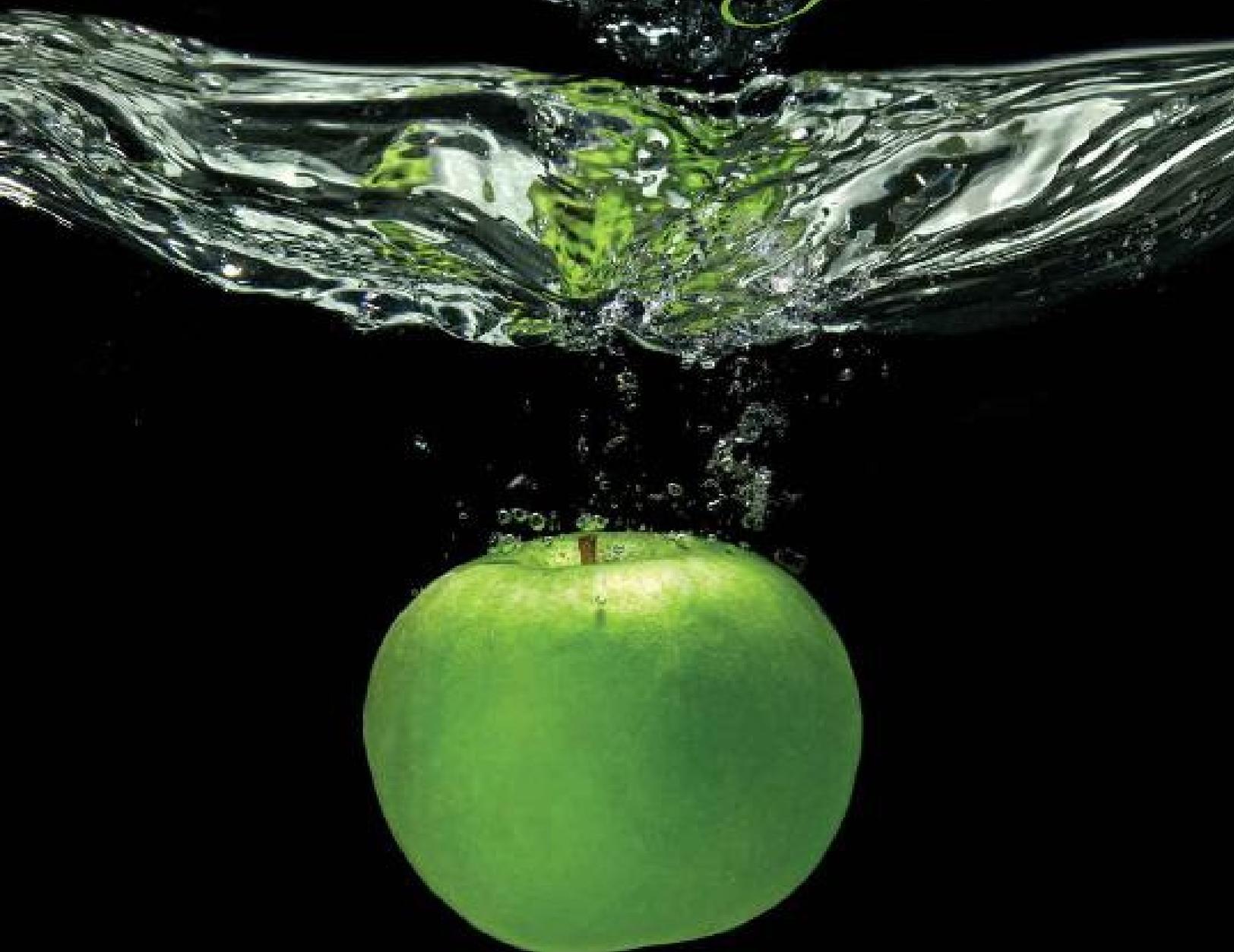


Aída del Pozo

MANZANAS

Verdes



Aída del Pozo

MANZANAS
Verdes



Aída del Pozo

MANZANAS
Verdes

© AÍDA DEL POZO
MANZANAS VERDES

RPI: 16/2019/7066
ISBN:

Impreso en España.
Maquetación a cargo de María Arribas.
Diseño de portada: Crenzo Covers.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A mis hijas.

A todos los que formáis parte de mi vida.

A cuantos llegasteis para quedaros y creéis en mí.

«Todo lo que sabemos del amor es que el amor es todo lo que hay».

Emily Dickinson, escritora estadounidense.

ÍNDICE

SE LLAMABA AURA

CASUALIDADES Y ESTADÍSTICAS

EL SIGUIENTE TREN

PANTALONES

SOMBRAS EN LA PARED

AGUA DULCE

LA SERVILLETA DE PAPEL

VERBO

QUÉDATE EN MÍ

UN TIPO CORRIENTEMENTE

ESPECIAL COMO YO

JODIDA MENTE COMPLICADA

OTRA MUJER

A LOS PIES DE MI CAMA

EL FUNAMBULISTA

VEINCITUATRO HORAS

SIGUE CAMINANDO

MARY, LA DEVORAHOMBRES

SE LLAMABA AURA

Se llamaba Aura.

Alma solitaria y amante de rutinas, solía pasear al atardecer para contemplar las puestas de sol que dibujaban en el horizonte rojas y anaranjadas tonalidades de fuego. Su corazón absorbía rayos de tenue calidez y siempre la acompañaban su soledad, sus pensamientos y su sombra. Aura era parca en amigos, palabras, pero su mente estaba plena de recuerdos y sueños.

Contaban los que la conocieron que fue una mujer apasionada. Parecía envuelta en un invisible halo de luz, prodigaba sonrisas allá por donde iba y levantaba pasiones entre los hombres y odio entre las mujeres; suspiros y comidillas a partes iguales. Ajena a habladurías, chismes y miradas, Aura nunca perdía su sonrisa. Algunas mujeres del pueblo comentaban que era una bruja; muchos hombres, opinaban que bien podría ser una diosa. Todos, unas y otros, tenían a Aura en su pensamiento, pero ella solo tenía ojos para en un único hombre.

Afirmaban que un día su mirada se apagó tras la partida de aquel hombre. Se rumoreaba que murió, aunque algunos aseguraban que, simplemente se fue del pueblo cuando ella se entregó a él y se quedó vacía. Aquel hombre se llevó su alma y Aura se convirtió en un recipiente vacío. Palideció y su brillo se extinguió como lo hace la luz engullida por las sombras, arrastrada su vida a pasear por la orilla del mar, anclada en el recuerdo y amarrada a él, con la mirada perdida y el corazón seco.

Algunos de los lugareños que llegaron a conocerla cuando sonreía y fueron testigos de cómo se consumía lentamente, sostenían que no se llamaba Aura, aunque ninguno recordaba su verdadero nombre. De ese modo, decidieron llamarla como la luz que emanaba de su ser pues, embargados por ese halo mágico, pronto olvidaron el nombre con el que fue bautizada.

Tal vez importe poco el nombre que se posea sino quiénes fuimos, quiénes nunca llegamos a ser y cómo seremos recordados. Quizás solo seamos historias en boca de otros que, aun inventadas, sirven para encajar piezas y terminar *puzzles* que solo están en la memoria de quienes se preocupan por la vida ajena incluso más que por la propia. Así que, por esa luz que una vez poseyó, quienes la reinventaron decidieron que se llamase Aura.

Y, como acaban las historias de las que nadie conserva el recuerdo de lo que desencadena su final, inventaron que un día Aura partió con el sol que desapareció en el horizonte y nunca más regresó.

Contaban que los marineros salieron en su busca mientras

el mar rugía y que también la buscaron por tierra mientras gritaban su nombre.

Algunas mujeres propagaron por el pueblo el rumor de que el hombre había regresado de entre los muertos, de entre las dudas o acaso de entre el remordimiento, y que se fue con él.

Aura jamás apareció.

Con el amanecer volvieron los barcos, los hombres a sus casas y, al cabo de unos meses, las mujeres dejaron de murmurar.

Cansado de la ciudad, de sus prisas y agobios, de la vida que llevaba y de mí mismo, llegué a aquel pueblo marinero trayendo como único equipaje mi portátil y el deseo de que se instalara en mi cabeza una musa coqueta que me ayudase a recuperar la inspiración perdida.

Me llamo Marcos y soy aprendiz de escritor.

Acababa de dejar mi puesto de informático en una multinacional y vendido mi apartamento en pleno centro de Madrid —soy un temerario, lo reconozco— renunciando a un buen sueldo y a una novia formal. Mi chica me dejó plantado cuando decidí no aceptar su propuesta de matrimonio, —yo pensaba que estábamos bien así pero, al parecer, ella no opinaba lo mismo— y llegué a un acuerdo con mi empresa para cobrar el paro e ir en busca de mi musa.

Amante del mar desde que tengo uso de razón, partí hacia la costa y recalé, no sé por qué motivo, en aquel pueblecito marinero. Después de pasear por sus calles y rincones, acabé en la plaza del pueblo y me fijé en un cartel de «SE ALQUILA» que habían pegado en una farola frente al Ayuntamiento. Y, de ese modo, me convertí en inquilino de la casa que fue la última morada de Aura si bien, cuando me mudé a ella, era desconocedor de aquel hecho.

Supongo que todo pasa por algo y creo que, además, la casa me llamó, bien porque a la musa que iba a compartir mi vida le gustó aquella vivienda o porque Aura había dejado algo de ella.

Nunca me he puesto a pensar por qué sucedió todo. Lo único cierto es que la casa me reclamó entre susurros mientras la simpática agente inmobiliaria me la mostraba y sucumbí al cálido abrazo de aquellas paredes.

Ese mismo día, y sin haber deshecho las maletas, salí de mi nuevo hogar con el deseo de familiarizarme con el entorno. Tras caminar un buen rato, fondeé en el bar marinero de la plaza y pedí una caña. Fue entonces cuando, por primera vez, oí hablar de Aura.

Me acerqué hasta el grupo de lugareños que charlaban y jugaban al mus, y me presenté. No debió impresionarles mi oficio de escritor y, siguieron conversando, regresaron a su partida y solo un anciano continuó dándome palique. Fue la primera vez que escuché su nombre.

—Yo la llamaba Aura y ella nunca se preocupó de sacarme de mi error si aquel no era su nombre. Al final, todos la recordamos con ese nombre. Siempre estaba sonriente hasta que llegó aquel extranjero. Luego se fue, ella comenzó a vagar por la playa y, un buen día, se desvaneció. Se la tragó el mar o la tierra, vaya usted a saber.

»Estuvimos buscándola durante días, marineros con sus barcos y hombres en tierra, pero no la encontramos. Pronto se cumplirá un año de su desaparición. Comenzaba la primavera, lo recuerdo bien. Los rayos de sol serpenteaban en el horizonte y el cielo parecía arder. Ella solía pasear por la orilla del mar al atardecer. Yo la vi nacer, ¿sabe usted?, y la sentí también partir. Nadie me hizo caso. Solo soy un viejo, nada más. Pero lo dije, vaya si lo dije: «no va a volver».

»No supimos si se hundió bajo las aguas o huyó, sin más. Quizás puso tierra de por medio, cansada de escuchar tanto cotilleo. Yo soy el primer chismoso como puede comprobar, pues le cuento a un extranjero la historia de Aura, algo que debería guardar solo en mi corazón. Le relato, amigo mío, lo que creo que pasó porque yo quería a esa chiquilla y a veces me pregunto si no pude hacer algo para impedir que se fuera.

Aquel viejo enjuto, de abundante pelo blanco y sonrisa amable, no jugaba al mus como sus convecinos y, cuando el resto me dejó de lado, me abordó para contarme aquella historia. Pensé en mi musa y recordé que los mejores relatos son los que cuentan hechos reales y que solo hace

falta una pluma que las dé forma.

Su voz pausada no delataba su edad, aunque debía ser mucha a juzgar por las arrugas de su rostro. Hablaba con tanta calma que, no solo la curiosa confidencia que captó poderosamente mi atención, sino el cadencioso soniquete de sus palabras, me invitaron a pedir otra cerveza y a compartir con el anciano mi primera tarde en el pueblo.

Aún hoy, recuerdo aquella primera conversación y todas las que vinieron después, en el mismo lugar y a la misma hora. Con bloc y *Bic* en mano, tomaba notas mientras Santiago, que así se llamaba el anciano, relataba la vida de Aura.

—Llevamos semanas de charlas y creo que conoces su nombre, Santiago, pero por mucho que insisto y por muchas cervezas que te pago, anciano testarudo, no consigo arrancártelo. ¿Cuántas más me va a costar sonsacártelo, viejo amigo?

—No es por cervezas ni tapas, que mil me pagaras y no lo recordaría, Marcos, pues su nombre se me borró de la cabeza. Nadie la llama de otro modo y dudo que nadie recuerde su verdadero nombre. Consuélate con que te cuente todo lo que recuerdo de ella y que, caña tras caña, se desate mi lengua. Me caíste bien desde que entraste por la puerta del bar. Supongo que fue porque la casa te escogió para habitarla y el perfume de quien vivió en ella antes que tú te envolvía cuando te sentaste en esta mesa. ¿Cuánto hace ya, joven amigo? Mi memoria es tan frágil...

—Cerca de dos meses hace que me acogió este pueblo y te convertiste en mi amigo, Santiago. Pronto llegará el verano. Ya se va notando. Este bloc ya está a punto de agotarse y llevo gastados unos cuantos bolígrafos. Incluso el rojo que uso para correcciones tuve que reponerlo hace días y he tenido que reponerlo. Dices hoy una cosa y te desdices a la media hora, Santiago, que estás empezando a preocuparme por tu desordenada memoria. Para mí que lo que quieres es beberte todo el bar a mi costa.

—Son muchos años sobre mi vieja espalda, Marcos, ya llegarás a mi edad. No lo veré yo, pero te aseguro que revivirás estas conversaciones y a tu cabeza asomarán como recién vividas. Yo siempre te cuento que se llamaba Aura porque así la recuerdo y así te la presento, quédate con eso, pues lo demás poco importa.

—La casa aún huele a mujer. A veces, llámame loco, siento que huele más cada día, como si estuviera de regreso a su hogar.

—Entonces es que nunca se fue, que no se la tragó mar ni tierra, que volverá a sus raíces y, quién sabe, tal vez a ti, ya que la estamos invitando a ello. Tú con tu bloc y yo con mi memoria. A mí me conocía, a ti tal vez desee hacerlo. Las mujeres son un enigma.

—Qué cosas tienes, viejo amigo. Desvarías...

—Pero si ya la conoces, Marcos. Te la he descrito con cada charla y tú la has dibujado con cada palabra en tu bloc. Mis recuerdos son ahora tuyos. Ella vive en ti, como lo hace en mí. Las mujeres ya no hablan de ella y los hombres solo de vez en cuando, pero pronto dejarán de hacerlo. Si la muerte viniera a buscarme ahora, mientras me tomo esta cerveza, amigo mío, la abrazaría contento pues partiría habiendo dejado en ti su impronta.

»Te confieso que, de no haber llegado tú, no hubiese muerto en paz. Su historia debía ser contada, quizás hasta cantada. Sé que no he logrado describirte lo hermosa que era por mucho que lo he intentado. No hay palabras para hacerlo, así que eso te lo dejo a ti y a esa musa que dices que te acompaña. A ambos os toca recrearla. Solo ten presente lo que siempre te repito y cierra nuestra tertulia diaria: que su cabello era castaño, sus ojos verdes, que tenía una hermosa piel clara y una sonrisa brillante como el sol. Añadir más a esto sería enturbiar lo que conservo de ella en mi pensamiento y poco ganaría tu relato si alguna vez decidieses convertirla en la protagonista

de esa novela que un día te llevará a la fama.

—Lo creas o no, anciano, no busco fama. Tengo todo lo que siempre he deseado. Incluso he olvidado el rostro de mi novia... Te sonará extraño, pero es así. Ahora solo veo la imagen de esa mujer que he inventado gracias a ti; a mi imaginación que llena los huecos que me faltan de la historia y a esta casa, cuyo olor embriaga. Cuatro paredes tan acogedoras como un abrazo.

—Como un abrazo... Hermosa descripción, Marcos, muy hermosa.

Llega el invierno

Llueve por primera vez. Este es un clima benévolo y me está sentando mucho mejor que el de Madrid. Dice Santiago que aquí el invierno es suave y lleva olor a mar y a tibieza. Aún no me he puesto el abrigo ni un solo día.

Acabo de volver del bar donde, como de costumbre, tomo cervezas y paso las tardes con mi amigo. Cuarto cuaderno, quinto bolígrafo, tal vez sexto.

La bella musa que habita esta casa sonrío a mi lado. No estoy loco, no, es que así la imagino: hermosa como un día radiante de primavera y con el cabello adornado por una guirnalda de flores silvestres. Lleva un vaporoso vestido color marfil y está descalza. Es mi compañera en este viaje y tengo todo el derecho del mundo a imaginarla como deseo.

Ahora paso mis notas al ordenador mientras escucho música en *Spotify*. Suena *With or without you*, de U2. Tengo material suficiente para escribir una historia de esas que intuyes que podría ser la obra de tu vida aunque, como le digo a Santiago, jamás busqué crear una novela que me encumbrase al olimpo de las letras. Los escritores somos así, un tanto dramáticos. «La obra de mi vida» suena demasiado rotundo.

Cambiaría escribirla por conocer a su protagonista. «*¡Qué tontería!*», pensaréis. Una mujer que no conozco y nunca conoceré, que a saber dónde está y que quizás este viejo anciano se ha inventado para burlarse de mí, ocupa mi pensamiento día y noche.

«*¡No puede ser!*», me digo mientras imagino la sonrisa de mi musa burlándose de este idiota. La he llamado Alba —su nombre me vino a la cabeza en un sueño— y siento el sonido de su respiración serena, acompañando mi teclear incesante en el portátil.

En ocasiones pienso que me he enamorado del recuerdo de un viejo, convirtiéndolo en mi fantasma particular. Sin embargo, en otras ocasiones me digo que Aura existe porque la casa huele a ella. Me pregunto si así, como yo pienso ahora, empezaron a pensar los locos antes de serlo.

Hoy, ignoro por qué, la casa huele aún más. ¿Dónde estará Aura en este momento, mientras la pienso? Algo me dice, conforme escribo su historia, que está viva y cerca. Me quedo con su nombre inventado. Hace más de una semana que dejé de dar la lata a Santiago para que evoque con cuál fue bautizada. Como Aura me la presentó el viejo y con Alba, mi musa, va renaciendo, armándose pieza a pieza, palabra a palabra, trasladándose de mis dedos a la novela, página a página.

Cuando la termine, quizás me despida de ella para siempre o me acompañe en sueños el resto de mis días. Cuando llegue ese momento quizás tenga que dejar esta casa e incluso el pueblo, pero eso ahora no me preocupa.

Ya se verá...

Navidades

La noche invita a pasear y, sin embargo, yo no puedo parar de escribir, tan cercano como estoy

del final. Mientras suena *Forever young* y Marian Gold me recuerda que tarde o temprano todos nos habremos marchado, el que suscribe se ha enamorado de una mujer a la que nunca ha visto. Este loco no quiere desaparecer de este mundo sin conocerla.

Asegura Santiago que poco más me puede contar de Aura, que tengo material suficiente y que si algo me falta, me da su licencia para que me lo invente. A fin de cuentas de Aura ya inventaron, según él, mil rumores y chismes y es bien sabido que las personas somos proclives a inventarnos la vida de los demás. Tanto que algunas olvidan vivir la suya. Esa idea la compartimos mi viejo amigo y yo.

Es Santiago tan parecido a mí que, en ocasiones, cuando me miro al espejo, veo reflejada su imagen y no la mía. Supongo que esto sucede porque así, como es el anciano —enjuto y de pelo abundante y caneo— siempre he imaginado que seré cuando tenga treinta años más.

Seguiré viviendo aquí porque este clima me sienta bien, porque sus gentes me gustan, porque Santiago me ha enseñado a amar este lugar y porque Aura estará aquí siempre, aunque unos días me pese y lo desee otros. No sé bien qué siento por esa mujer a la que nunca he visto, pero a quien ya he hecho mía.

Hoy Alba está poco locuaz. Apenas he empezado a aporrear las teclas de mi ordenador, ha desaparecido del salón. Por ahí andará; últimamente parece celosa.

Una hora más tarde, al consultar el reloj, me he dado cuenta de que es la hora de mi tertulia con Santiago. Últimamente el viejo anda un tanto despistado, disperso diría yo. Repite las cosas y fija la mirada como si contemplara algo a través del amplio ventanal de la cafetería. Le pregunto y no responde, aunque más bien creo que evade hacerlo. Le noto cansado, como si estuviera apagándose. Parece la llama de una vela que se consume. Contarme la historia de Aura ha debido suponerle un gran esfuerzo. Ahora lo sé porque, en alguna ocasión, se le hacía un nudo en la garganta cuando me relataba algún pasaje especial, como si lo estuviera viviendo en ese momento y no fuera recuerdo.

He llegado a pensar que Aura era para él como una hija. Nunca he preguntado por ella a nadie más del pueblo. Aunque me han acogido como a uno más, solo he hecho verdadera amistad con Santiago y temo que tomaran mis preguntas como indagaciones policiales y no como mera curiosidad.

Nochevieja

Santiago ha muerto.

Su hija Adela ha venido en persona a darme la noticia. No la he nombrado hasta ahora porque esta historia no habla de mí, de Santiago o de su hija, con quien vivía mi amigo. Poco nos habíamos visto desde que su padre y yo éramos amigos; dos o tres veces en su casa, de las pocas que hemos faltado a nuestra cita en el bar porque él se ha encontrado enfermo y he sido yo quien ha ido a visitarlo.

Ya que ha tenido la deferencia de comunicarme la noticia antes que a sus propios vecinos, la nombro en justo homenaje a mi amigo y a tantas tardes en las que sonreímos juntos, acompañados de una cerveza fría y espumosa.

Adela ha llegado con el rostro desencajado y se ha abrazado a mí. Ha debido estar llorando toda la noche y no me he atrevido a preguntar cuánto tiempo ha permanecido a la espera de la parca para emprender su último viaje.

Nada más abrir la puerta he sabido lo sucedido y se me han desbordado las lágrimas al instante. He sentido la calidez de sus brazos alrededor de mi cuerpo y he llegado a percibir cómo el anciano me daba su último adiós a través de su hija.

Luego hemos ido a su casa y he querido darle el último adiós como se merecía. Primero he hablado con él en voz alta como si estuviera aún vivo, le he comentado cómo llevo la novela y le he prometido que Aura no morirá nunca.

Adela me ha observado extrañada. Es normal que me mire así, ya que solo mi amigo y yo sabemos de qué hablábamos y sé que ha sonreído al ver que nuestra conversación causaba tal estupor en su hija.

Después me he despedido de Adela y he ido al bar. Todos los presentes celebraban la llegada del nuevo año. He pedido dos cervezas y he brindado con él. Sé que ha sido en ese momento cuando Santiago ha partido feliz

Año nuevo

Por primera vez hace un frío invernal.

Ha entrado de pronto, sin avisar, y he tenido que hacer uso de la chimenea. Nunca había encendido una en mi vida. Ha sido más complicado de lo que pensaba pero, finalmente, lo he logrado.

Unas horas más tarde estoy en mangas de camisa y he cogido mi bloc para dar forma a las pocas notas que me quedan y pasarlas al ordenador.

Aura volverá a nacer de la mano de Alba.

Hoy es la noche.

Hace unas horas despedía a Santiago y dentro de muy poco voy a presentarme ante Aura. Me siento extraño, como si fuera a hacerlo como venimos al mundo: desnudo.

Supongo que estoy así porque siento que tanto Aura como yo hemos elegido este día para nacer juntos. Me pregunto si él también ha elegido este día concreto para morir.

Qué final tan extraño para acabar mi novela. Mi musa no ha venido hoy a verme y, aún así, sé que hoy la voy a terminar. Estoy agotado. Son las cuatro de la mañana. Me voy a dormir.

Falta una hora para que acabe el día y he puesto la palabra *FIN* a la historia de Aura. Estoy temblando, aunque en la casa hace calor. Es por la emoción. Se me ha nublado la vista. Acabo de darme cuenta de que estoy llorando. Echaré de menos a Santiago. Gran hombre fue...

Hoy la casa huele dulce; se percibe en el aire un olor a almizcle mezclado con el de la madera de olivo que se consume en la chimenea. También huelo a flores silvestres. Supongo que provienen de las que luce Alba en su pelo. No la veo, pero sé que está aquí, aunque me esquivo. Está celosa. ¡Mujeres!

De pronto, llaman a la puerta y doy un respingo. Me había quedado dormido. ¿Quién será a estas horas? Miro a través de la mirilla, pero no distingo quién es. Hay una sombra frente a la puerta. Quien se halla tras esta da un par de pasos hacia atrás. Me froto los ojos y fijo la vista en la figura que comienza a hacerse más nítida.

Es una mujer.

No es Adela...

—¿Puede abrirme, por favor?

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? Es muy tarde...

—No me conoce y le parecerá raro que me presente de este modo y a estas horas en su casa. Pero es que no tengo dónde ir. Por favor, se lo ruego, ábrame. Soy del pueblo, no soy una extraña...

No sé por qué lo hago, pero obedezco. Está frente a mí, empapada y tiritando, —ha debido llover cuando he cabeceado—, su cabello chorrea y su ropa, pegada al cuerpo, dibuja una hermosa figura bajo ella. Me avergüenzo por haberla contemplado durante unos segundos, pero no he podido evitarlo.

La invito a pasar, corro al baño y le ofrezco una toalla con la que se seca el cabello. Voy a mi habitación y busco una camiseta y un pantalón de pijama. Extiendo mi mano y le entrego la ropa. La coge y comienza a desnudarse sin pudor alguno. Me doy la vuelta, ruborizado.

Es una mujer joven, no ha cumplido los treinta. Tiene el cabello castaño y los ojos verdes. Es hermosa e indescritiblemente sensual. No hay palabras...

Continúa secándose el cabello y se ha acercado a la chimenea. Su figura se dibuja en la pared. No puedo dejar de mirarla. Su belleza me tiene hipnotizado.

De pronto, rompe el silencio. Antes de que comience a hablar, una sonrisa se dibuja en su cara, tímida y a la vez serena. Parece que me conociera de siempre, aunque no nos hemos visto jamás. Extrañamente también ella me es familiar.

—Se preguntará por qué estoy aquí y quién soy. Aún no comprendo cómo me ha dejado entrar en su casa siendo una completa desconocida, pero se lo agradezco mucho. Supongo que aún hay personas que confían en las personas. Yo..., yo vivía aquí, en esta casa.

La miro y en ese momento la reconozco.

—Ahora que lo pienso... ni siquiera me he presentado. Todos en el pueblo me conocían como Aura, pero en realidad no me llamo así. Mi nombre es Alba.

CASUALIDADES Y ESTADÍSTICAS

Ana no solía frecuentar los cafés sin compañía. Si necesitaba aislarse, buscaba silencio interior dando largos paseos hacia ninguna parte. A veces se descalzaba, se tumbaba en el jardín de su casa y apoyaba la cabeza en su perro que, como si intuyera que necesitaba consuelo, le daba un lametón cerca de su oreja.

«*Los cafés son para disfrutarlos con buenos amigos, no en soledad*» pensó mientras se hallaba sentada en una céntrica cafetería de Madrid que había descubierto con él. Le pareció que de aquello hacía ya una eternidad, aunque solo hubieran transcurrido tres meses para el resto del mundo.

Sin embargo, ahí estaba. Sola y con la mirada perdida en aquel café con leche cubierto por una corteza de nata seca. Llevaba Ana a sus espaldas el peso de mil sinsabores que habían restado luminosidad a su rostro. Apartó con la cucharilla la capa de nata reseca, lo que devolvió al café un aspecto más apetecible y vertió el contenido del sobrecito de azúcar, dando vueltas una y otra vez hasta que parte del café se derramó en el plato. Hizo una mueca de disgusto y puso unas cuantas servilletas entre el plato y la taza hasta que absorbieron el líquido.

Recordaba su última conversación en la cama, arropada al abrigo de los brazos de su amante. «*Esto es una cuestión de estadística, Ana. Algún día se acabará, por mucho que ahora nos queramos. Es así, no es un invento mío. Se agotará la pasión y uno de los dos, el que decida asumir el papel de culpable, dará al otro el de víctima. Nada es eterno, ni siquiera el amor*».

Ella se limitó a escuchar y a asentir, silenciando sus palabras con un suave beso en los labios de Alberto, quien aquella tarde la había cubierto de besos por todo su cuerpo antes de hacer el amor. La noche acabó con dos horas y media de placer, de juegos entre las sábanas y tapándole los ojos con un antifaz para que ella no supiera qué iba a hacerle y solo sintiera. Y Ana, como siempre, gozó. Notó el fuego en lo más hondo de sus entrañas, el que la envolvía y le hacía creer que el mundo solo lo habitaban ellos dos.

Le entregó ese rincón de su corazón que Alberto le reclamó. «*Solo quiero saber que ocupo un lugar en él, aunque sea pequeño, que te acuerdas de mí y que me quieres un poco*». Ana nunca supo cómo sucedió, pero se lo dio, a pesar de que ahora se daba cuenta de que ella jamás ocupó ese rincón.

Meses más tarde comprobó que él tenía razón: que la pasión se acaba, el amor desaparece y llega el adiós.

Olvidó que, pese a la rotundidad de las afirmaciones de Alberto, solía fijarse en las parejas de ancianos que paseaban encorvados y cogidos de la mano con una sonrisa en sus rostros ajados. Olvidó cómo se resguardaban bajo el mismo paraguas mientras sus bastones se enredaban en un beso de madera, y en pasos de baile de quinceañeros con arrugas. Olvidó que las estadísticas son datos que se pueden falsear, que se maquillan y se trucan a conveniencia. Y lo hizo porque siempre creyó en él.

Tras varias citas planearon volver a quedar. Sin embargo, en aquella ocasión, iban a tener un día completo para ellos, con sesión amorosa, desayuno en la cama, película en el sofá, más amor antes de comer, comida ligera y, de postre, de nuevo piel. Un buen vino y al anochecer, de vuelta a la realidad. Ambos regresarían a sus vidas y volverían a quedar en el mismo café cuando las ganas de verse apremiaran de nuevo. Ese día tan deseado nunca llegó.

Ana le preguntó si seguía deseando que se lo tomaran y él pudo haber contestado entonces que ya no lo deseaba. Sin embargo, contestó que sí, que claro que tendrían ese día completo para amarse. Pero vinieron las excusas, los «*la semana que viene a ver si nos vemos, es que ahora estoy muy liado*». Y ella fue distanciando sus llamadas, hasta que, pasadas tres semanas desde el último «*lo vemos la semana que viene*», dejó de insistir. Hacía varios meses que no había vuelto a saber de él.

Lo que más le dolió no fue dejar de ser amada de la manera tan peculiar como él lo hacía, con placer y dolor a partes iguales, magnificando su éxtasis con una dosis de dolor exacta para que ella sintiera por todos los poros de su piel y quisiera más, sino todas las veces en que Alberto acababa sus correos y *wasaps* con falsos «*TKM*» y «*BSS*» y ella, enamorada y con el corazón inundado por el deseo, respondía con «*TKM*» y «*BSS*» sinceros.

Lo que le partió el alma fue que aquel abandono no fue cuestión de estadística, sino de cobardía y mezquindad. Un simple adiós hubiera bastado para que no se sintiera abandonada y despreciada.

Terminó su café y miró a través de los grandes ventanales de la cafetería. Llevaba un libro en la mano. Hacía tiempo que releía a los clásicos. Aquel deseo por releerlos y descubrir lo que durante su época de estudiante le había pasado desapercibido, era lo único que conservaba de su amante. Alberto era profesor de literatura y a veces leían juntos en la cama. Era un modo como otro cualquiera de recobrar fuerzas antes volver a amarse, y a Ana le gustaba oírlo recitar a los clásicos o narrar con aquella maravillosa entonación con la que daba vida a cualquier obra. Aquellas pausas amorosas hicieron que ella retomara lecturas de su adolescencia.

Esta vez había sacado de la biblioteca «*La casa de Bernarda Alba*» de Federico García Lorca. Esa misma mañana había terminado el prólogo de la obra. Abrió el libro y comenzó a leer.

«ACTO PRIMERO

Habitación blanquísima del interior de la casa de Bernarda. Muros gruesos. Puertas con cortinas de yute rematada con madroños y volantes. Sillas de anea. Cuadros con paisajes inverosímiles de ninfas o reyes de leyenda. Es verano. Un gran silencio umbroso se extiende por la escena. Al levantarse el telón está la escena sola. Se oyen doblar campanas. Sale la CRIADA».

—Disculpa, se te ha caído —comentó un hombre mientras le entregaba la chaqueta. El desconocido sonrió al hacerlo.

Aquella interrupción la sacó de sus pensamientos que, junto a las palabras de Lorca, todavía galopaban por su mente. Debía tener unos cuarenta y cinco años y vestía con traje. Un ejecutivo. Ana sonrió también y cerró el libro.

—La casa de Bernarda Alba... maravillosa obra —comentó él.

—Apenas había empezado a leer el primer acto —respondió Ana.

Su mente se activó y su piel adquirió algo de color. Pensó por un momento en estadísticas y en su antiguo amante. Y de pronto, su recuerdo desapareció gracias a una chaqueta que se había caído al suelo. Ambos sonrieron de nuevo y, con esa sonrisa amable, el hombre la invitó a otro café mientras señalaba su taza vacía. Aceptó gustosa la invitación y se decidió por un irlandés.

—Que sean dos —pidió el desconocido al camarero, cuando se acercó para tomar nota—. Disculpa, no me he presentado aún. Me llamo Óscar.

—Yo soy Ana. Encantada.

Ana se fijó en sus manos, en sus ojos y en sus facciones. Era un hombre atractivo. Pensó en estadísticas y en casualidades, en el azar y en el destino, en chaquetas que besan el suelo, en un caballero sin armadura que persigue calle abajo a un delincuente que ha dado un tirón a una mujer que grita desesperada, en el frenazo del conductor del autobús y en la chica que cae en brazos de un joven, en un concierto y en dos personas que se despistan de su grupo de amigos y acaban tomando una copa en un garito a las dos de la madrugada.

«No acabaré en la cama contigo, aunque seas un tipo interesante», perjuró en aquel momento y, al brotar de su mente ese pensamiento, volvió a sonreír. Quería disfrutar del irlandés y de la compañía. Ana volvía a brillar como las luces de la ciudad que se podían ver a través de los ventanales de la cafetería mientras se abstraía de nuevo en datos estadísticos, en amistades que nacen del azar y de la casualidad, y continuó sonriendo.

Mientras Óscar le hablaba del teatro de Lorca, ella se decía que jamás había estado sola en ese local, pero, si se lo confesaba, tendría que compartir también el motivo por el que había acudido sin compañía. *«Hoy, mi querido amante del teatro lorquiano, no es el día. Quizás te lo cuente mañana, si decidimos vernos de nuevo. Definitivamente, no confío en las estadísticas. Lo que es real, lo que ahora veo y en lo que tengo fe, es en esas manos entrelazadas de la pareja de ancianos que conversan en la mesa de enfrente».*

Como si hubieran escuchado sus pensamientos, la pareja se volvió a mirarla y ambos sonrieron. Ellos, sin duda alguna, tampoco creían en las estadísticas.

Ana envolvía un libro con tal delicadeza, que Óscar sintió un escalofrío recorrer su espalda. Era sensual observar cómo lo hacía, tanto como lo había sido verla una hora desnudarse despacio, doblar la ropa con sumo cuidado y sonreír mientras se acercaba a la cama.

—Estás usando papel industrial.

—Vaya, te has dado cuenta. —Ana lo miró y sonrió irónicamente—. Lo cogí de la oficina esta mañana. No quiero que parezca un regalo sino lo que es, un paquete. Mañana me lo llevaré al trabajo y lo enviaré por correo. Aunque voy a echarle un último vistazo.

—¿Un último vistazo? Has dejado el marcapáginas señalando la mitad de la novela. ¿No la terminaste de leer?

—No, me aburría soberanamente. Entre nosotros, cariño, esta obra es un auténtico ladrillo. Me la regalaron sin haberla leído antes. Y eso que quien lo hizo era profesor de literatura

—Pues su autor es considerado uno de los grandes escritores hispanoamericanos de los últimos tiempos.

—Imagino que eso es porque murió joven. Ya sabes, muérete y aumentarás tu valor... ¿Sabes que he tenido que recurrir a la contraportada varias veces para saber de qué va la historia? Es la primera vez que me siento estúpida por una novela. No entendía nada. He llegado a pensar que, como te he dicho, quien me la regaló solo quería reírse en mi cara al hacerme parecer una inculta. Me fastidia la gente que se cree superior.

Ana dejó de envolver el libro y lo abrió por la página donde estaba escrita una dedicatoria con una letra de caligrafía desigual, como si fuera de médico o de alguien que no sabe bien qué poner. Después lo cerró y empaquetó definitivamente.

—No creo que fuera su intención. Cualquiera que te conozca un poco sabe que eres una mujer inteligente. ¿Puedo saber qué pone en la dedicatoria? —Observó sus ojos y sintió ganas de lanzarse a su boca, pero comprendió que la ocasión no era la apropiada. Ana estaba recordando.

—Escribió una dedicatoria bastante fría. No se le daba bien el manejo de la pluma. Era un hombre parco en palabras y no sabía expresar verbalmente lo que sentía, cuanto menos por escrito... Me pregunto si alguna vez me quiso. Tantas palabras de amor y todas falsas. Qué ingenua fui. Acabo de releerla y descubro que un mosquito hubiera podido mostrar más empatía que él.

—Fue un cobarde. No le des más vueltas. —Óscar sonrió sin ganas. Sabía que el pasado era un fantasma que, de vez en cuando, la atormentaba.

—Y no se las doy. Solo me ha hecho pensar que los hombres soléis serlo.

—No generalices. Yo no lo soy. Dejé todo para estar contigo. No me escoció hacerlo cuando me enamoré.

—Siempre hay una excepción que confirma la regla.

—Yo soy una pura excepción, Ana.

—Todavía me entristece recordar porque mi temperamento apasionado hace que la cobardía me duela más que a la mayoría de la gente. Y por este motivo es por el que tengo que devolverle este libro. Recuerdo aquella tarde, en el café, sentada en esa mesa. Esperaba a la noche y me decía que jamás creí en lo que él predicaba: estadísticas. El amor no se puede encuadrar dentro de ninguna porque es mero azar. Pura casualidad.

»Aquella era nuestra mesa y me traía muchos recuerdos. Pensaba en él, en cómo salió de mi vida de puntillas y después de haberse despedido de mí con un beso y un «hasta pronto». Nunca te confié la historia porque, cuando te conocí dejé de pensar en Alberto como mi pasado y comencé a soñar contigo como mi futuro.

—Esa última frase ha sonado bien... Ahora llega el «quisiera contarte» que siempre esperé y jamás llegó. Hace ya seis meses de aquella tarde y nunca me has hablado nada de ese hombre que tanto daño te hizo. Nunca entendí cómo no supo valorar lo que tenía enfrente y te dejó marchar. Sin embargo, agradezco que estuviera ciego porque su ceguera te llevó a mí.

—Eres un adulador, en eso no eres distinto a los demás hombres. —Ana sonrió, sus dedos rozaron con suavidad el lomo del libro y miró su portada por última vez

—Solo digo lo que siento. Encontré pedacitos de una mujer y entre los dos pudimos recomponerlos. Para ello tuve que usar mis mejores armas. Son las que todos usamos, lo

reconozco, pero no nos va mal.

—El punto G de la mujer está en el oído y los hombres lo sabéis acariciar. —Ana rozó con suavidad la mejilla de Óscar—. Y pensar que ahora estamos aquí por una chaqueta... La vida es extraña. Puro azar.

—Recuerdo que aquella tarde conversamos durante horas como si nos conociésemos de toda la vida. Me preguntaste si creía en las casualidades y te respondí que siempre he pensado que nada sucede por azar. Poco después de ese día tuve que reconocer que eso no es cierto. No tenía la más mínima intención de tomarme aquel café. Entré allí para que me dieran cambio. Debía coger el autobús y caí en la cuenta de que solo llevaba un billete de cincuenta. En los autobuses no dan cambio de más de cinco. Todo eso me llevó a acabar el día con una desconocida.

»Como te confesé horas después con una copa en la mano, la idea era tomármelo con mi novia después de cenar con ella, pero me dio plantón por cuestiones de trabajo.

—Una casualidad tras otra te llevaron a mí.

—La casualidad de la rutina y la de lo nuevo por descubrir.

—Lo nuestro resultó ser el fruto de que yo tuviese roto el corazón.

—Y yo había olvidado cómo se sonreía. —Óscar lo hizo en aquel momento. La suya era una sonrisa blanca, aquella que enamoró a Ana cuando él recogió su chaqueta del suelo de aquella cafetería.

—La mía estaba anclada en la monotonía, pero mi corazón latía aún. El tuyo necesitaba un *bypass*.

—Encontraste sus pedazos aquella tarde y me ayudaste a pegarlos. Necesitaba pasar página y agradecí que estuvieras ahí para ayudarme. Llevaba semanas llorando, recordando y preguntándome por qué. Días después de conocernos acabé de leer «*La casa de Bernarda Alba*». Las últimas páginas, en tu casa, con tu albornoz puesto y sentada en el sofá, mientras preparabas tortitas.

—Cuando salí de la cocina estabas acariciándote el cabello. Me miraste con cara de estar confundida. Cerraste el libro y me confesaste que no te había gustado.

—Me daba vergüenza decírtelo. Se trataba de. Lorca y su teatro. ¡Y a mí no me gustó!

—Eres una mujer sincera y transparente. Eso es lo que me enamoró de ti.

—La sinceridad no está de moda y es molesta. Me han juzgado demasiadas veces y a la ligera por serlo.

—Yo no juzgo ni prejuzgo, Ana. A la única persona que juzgué fue a mí mismo en aquella cafetería. Lo hice duramente al comprobar que había entregado mi tiempo a la persona equivocada. Aquella mesa, aquella mujer que miraba al infinito con cierta melancolía, hizo que lo descubriera. Desde entonces cocino tortitas para ella.

—Las mejores del mundo. Sé que jamás probaré unas más deliciosas que las que haces tú.

Acarició el rostro de Óscar mientras este retiraba de la sartén la última tortita, Ana sirvió el café y comenzaron a saborearlas. Ella lo hacía despacio, deleitándose con cada bocado, igual que había hecho antes con el cuerpo de su amante. Él se chupó los dedos uno a uno mientras sonreía a su bendita casualidad. Tortitas, café y el recuerdo del azar y de ese destino curioso nacido de una tarde aún cercana en su memoria.

EL SIGUIENTE TREN

Elena se acercó al oído de su esposo y lo acarició con su voz mientras comentaba lo agradable que había resultado la velada fuera de casa tras el largo día de trabajo. Sin embargo, solo halló en su marido una respuesta cortante como el filo de una navaja.

—Creo que deberías comprarte una crema antiarrugas. Cuando sonríes se te forman unos surcos alrededor de los ojos y la nariz que te hacen parecer más vieja.

«*Vieja*». No dijo «*mayor*», ni siquiera para suavizar aquella odiosa observación.

Vieja...

Retumbó esa palabra en su cabeza y las palabras de Marcos se tornaron al instante en reproche, como tantas otras veces, como los cientos que salían de su boca desde hacía tiempo. Ya no había palabras amables, ni siquiera cariño en el trato que recibía de él.

Demasiado trabajo, demasiado ordenador, demasiada literatura, demasiadas redes sociales, demasiadas escapadas con las amigas. A Marcos todo lo que Elena hacía le parecía demasiado. Y ahora, para colmo, demasiadas arrugas.

Sin embargo, ella aún se veía joven, a pesar de estar más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. Seguía sintiéndose viva, vital y deseable, pese a los continuos recordatorios de su marido que le hacía ver la realidad, al menos la de él.

El tiempo pasaba inexorable y de un modo más cruel cuando él se lo recordaba. Elena se apartó de Marcos y lo miró con esos ojos verdes que aún seducían, pero que él había olvidado cuidar.

La música dejó de sonar y ese tiempo, cuyos segundos, minutos y horas pasan cabalgando, se detuvo en ese instante. A su alrededor, las parejas bailaban. Para aquella gente, la melodía seguía y el tiempo continuaba con su tic tac.

—¿Te he molestado? No ha sido mi intención. Solo te he hecho una sugerencia. Las arrugas afean mucho —Marcos intentó suavizar sus palabras, aun sabiendo que el dolor se reflejaba en el rostro de su esposa y nada podía ya mitigarlo.

—Las arrugas son tiempo y vida, Marcos. Las arrugas son risas, aunque para ti signifiquen otra cosa. Tengo casi cincuenta, eso es lo que me dices, pero yo no me veo tan mal. Eres tú quien me considera una mujer acabada cuando aún no soy invisible...

—Elena, solo te he sugerido que te compres una crema antiarrugas, nada más. Sigues siendo atractiva, pero el tiempo pasa y eso no me lo puedes negar —insistió su marido mientras desviaba su mirada hacia la sonriente pareja que bailaba a su lado, ajena a aquella conversación. De esa manera Marcos intentó zanjar una conversación que comenzaba a ser incómoda.

—Y la vida, y las ilusiones, y las ganas. Todo pasa. También pasa el amor. No voy a comprarme ninguna crema. Tengo el baño lleno de potingues que de nada sirven para hacerme

feliz. Son arrugas gestuales contra las que ya nada cabe hacer y, además, tampoco me importa tenerlas, pese a que a ti te preocupen tanto —se rebeló Elena, mientras ahogaba su dolor al compás de *Por una cabeza*, de Gardel.

—Una pelea aquí no, te lo ruego.

—No habrá más peleas, Marcos, ninguna más. Quiero el divorcio— replicó ella con voz firme y sin un ápice de duda en su tono.

—¡Por el amor de Dios! Fue un simple comentario sin ánimo de ofenderte.

El tiempo se detuvo para su marido, que la miró extrañado, como si acabara de descubrir que estaba bailando un tango con una desconocida.

Hacía un par de años que su matrimonio hacía aguas. Llevaban veintiséis casados, tenían tres hijos en la universidad, una posición social desahogada y decenas de maletas cargadas de reproches, pero ningún tren al que subirse para escapar lejos, rumbo a otra vida mejor.

Habían decidido dejarlo decenas de veces. Sin embargo, la rutina, la comodidad que da lo cotidiano y algunos buenos momentos, habían frenado el impulso de tirar la toalla y dado marcha atrás a su decisión de tomar caminos diferentes.

Elena le pidió el divorcio en aquella fiesta de fin de año, mientras pisaban un suelo alfombrado de confeti y oían las risas obligadas de los asistentes en el único día en que no se puede estar triste. Rodeados de matasuegras y del griterío de desconocidos que no hacían más que besarse y abrazarse, decidió que su matrimonio había muerto definitivamente.

Tras los tangos, comenzaron a sonar canciones de los ochenta, la década que marcó su adolescencia.

«*Vieja*».

Aquello dolió. Y la llegada de ese tren imaginario, en medio de aquella impresionante sala de fiestas, le dio las fuerzas suficientes para decir «adiós». Después de dos años tensos y cargados de mares de lágrimas, de tempestades interiores y de tormentas embravecidas, el final lo marcó una crema antiarrugas.

Elena había elegido para la ocasión un vestido largo de satén negro. Cuando lo descubrió en aquel escaparate semanas antes, supo que estaba hecho para ella. Ni siquiera lo había adornado con joya alguna, tan solo se había puesto unos pendientes de perlas y unas gotas de perfume detrás de sus orejas y en su escote, rebosante de vida, como toda ella. Con aquellos zapatos de tacón sacaba un par de centímetros a su marido. Aquella «*vieja*» de cuarenta y seis años brillaba en medio de la pista.

Marcos la miró perplejo, en aquel salón repleto de gente, pero que se había quedado vacío de repente, con ellos bailando entre sus miedos y sus fracasos. A Elena le pareció que su marido había dejado de verla y que, tal vez, había logrado ver al fin otro tren imaginario: el suyo.

Pasaron varios minutos y la música continuaba sonando, pero todo se había tornado diferente.

—¿Hay algo que quieras contarte? ¿Has vuelto con él? —Su pregunta no sonó a reproche sino a simple curiosidad.

—No he vuelto con nadie, tan sólo veo mi tren. ¿El tuyo ha llegado ya? Mucho ha tardado. Ella seguro que se pondrá muy contenta.

—Es extraño, pero ahora lo he entendido. Sí, acaba de detenerse. ¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó Marcos mientras la miraba fijamente. Estaba serena y el verdor de aquellos ojos denotaba alivio.

—Desde hace unas semanas. Desde que la habitación se impregna con un perfume de mujer que no es el mío cuando tú llegas. —Elena dio un paso atrás sin darse cuenta—. ¿La quieres?

—No como te quise a ti.

—Siempre se dice eso, querido.

—No, siempre no. Te quise hasta morir.

—Pues yo te veo bien vivo. Nadie muere de amor. ¿Es hermosa, más joven, le recomendaste a ella una crema antiarrugas para ganarle tiempo al tiempo? —preguntó Elena, sin poder ocultar cierta tristeza.

— Se llama Adriana, tiene cuarenta años y usa cremas desde los veinticinco.

—Mejor prevenir, por supuesto. Adriana... ¿No se llama Adriana la secretaria de Fermín Amado, tu supervisor?

—Sí. Es esa Adriana.

—Tienes buen gusto, es una mujer hermosa. La recuerdo de la última fiesta de empresa a la que asistimos. Marcos, me matan los pies. Ya no tengo edad para bailar tanto. ¿Me invitas a una copa?

Elena esbozó una sonrisa amarga. Rememoró esa última fiesta, visualizó el rostro de Adriana, su sonrisa y la de Marcos cuando bailaron juntos. Hacía mucho que no le veía sonreír. «¿*Qué nos ha pasado?*».

Ya en una mesa, mientras saboreaban su bebida, también lo hicieron de igual modo con los últimos sorbos de veintiséis años en común cuyo fruto fueron esos tres hijos universitarios.

Las canas de Marcos y las arrugas de Elena habían sido compartidas con dulzura, con discusiones, con amor y con desamor. Ahora, en aquella sala de baile, una vida en común acababa y ambos renacían en otra por descubrir.

Al día siguiente Elena despertó al lado de Marcos. Pronto aquellos despertares bañados en el olor que emanaba del cuerpo de su marido se desvanecerían, convirtiéndose en recuerdo y solo quedarían en la memoria de ambos los primeros pasos de sus hijos, el viaje alrededor de Europa o aquel en que él organizó un crucero por el Mediterráneo; los torpes giros de su primera clase de bailes de salón y aquellos que se sucedieron cuando decidieron lanzarse a los brazos canallas del tango. Quizás también recordasen esas caricias entre las sábanas cuando, con alguna copa de más, olvidaban que se habían dejado llevar por la rutina.

Nada amargo quedaría, como cuando alguien fallece y se olvida al hombre que realmente fue, con su crueldad, sus miserias y sus episodios mezquinos, ya que, cuando una relación fracasa, es el amor lo que se recuerda y lo malo se entierra con el primer paso hacia una nueva vida: el del bebé que nace y poco a poco, pasado un tiempo, comienza a caminar y descubrir el mundo que lo aguarda.

PANTALONES

—Estás ridícula con esos pantalones. A tu edad pareces una hippie decadente.

—Son unos simples pantalones. ¿Acaso pone en las etiquetas la edad que uno debe tener para ponerse una prenda?

—Llevas diez años queriéndote comprar unos pantalones así, y ahora te los compras, cuando ya no te pegan...

—Sí, ahora los llevo. ¿Y...?

—Nada.

—No, nada no. Has dicho: «*Estás ridícula con esos pantalones...*».

—Porque lo pienso. ¿Qué será lo siguiente? ¿Pantalones vaqueros rotos, tipo mendigo?

—¿Lo siguiente...? Déjame pensar. ¡Ah, sí! Lo siguiente es hacer lo que debí haber hecho hace mucho tiempo. Dejarte.

—¿Perdona?

—Te dejo, Alberto. Se acabó.

—Marta, ¿tú estás bien de la azotea?

—Nunca he estado más lúcida en mi vida. Marta y sus pantalones ridículos te mandan a hacer puñetas.

—¿Edu?

—Hola nena, no esperaba tu llamada hasta la noche.

—Lo hice, cariño.

—¿Qué hiciste qué?

—Decir adiós. He mandado a mi marido a la mierda.

—No puedo creerlo.

—Pues créelo.

—¿Y se puede saber qué te ha empujado a dar el paso ahora? ¡Llevo meses diciéndote que te quiero y pidiéndote que te vengas a vivir conmigo!

—Unos pantalones de colores.

—¿Unos pantalones?

—Ya te lo explicaré cuando nos veamos. ¿Puedes venir a buscarme? No quiero permanecer con él ni un día más.

—¿Sigues en la playa?

—Sí.

—Voy a por ti.

—¿Cuántos kilómetros hay desde el hotel hasta aquí?

—Según *Endomondo*, cuatro.

—Es un buen recorrido. Ocho kilómetros por la mañana y ocho kilómetros por la tarde.

—¡Qué listo es mi niño!

—Mira que eres tontita. Trabajo en un banco. Lo mío son los números.

—Quiero que nos tomemos un helado antes de volver. Me apetece uno bien grande, Edu. De café y ron con pasas.

—Menos mal que caminamos todos los días porque, si no lo hiciéramos, íbamos a echar barriguita.

—¿Me querrías menos si engordase un poquito, cariño?

—¿Bromeas? Te quiero a ti. Eres muy dura contigo misma. Vive, cielo. Un helado y a sonreír.

—¿Hasta mis arrugas te gustan?

—Tus arrugas son sonrisas que regalas. No podría vivir ya sin ellas. Has creado en mí una adicción, *baby*. Y sin verte caminar con esos pantalones anchos por la playa, tampoco. Estás preciosa y pareces más joven. Flores de primavera...

—Mis ridículos pantalones con los colores de mayo.

—Se ven cómodos y no son ridículos.

—Estos pantalones son mis favoritos para pasear por la playa. Serena, tranquila, en calma. Así me siento de tu mano y con ellos puestos. Cuando cae la noche y con esta brisa tan agradable, no me veo con otra prenda. Sabes que significaron un cambio en mi vida.

—Cambios maravillosos. Adoro esos pantalones.

—Anda, dame la mano y vamos a tomarnos ese helado en una terracita del paseo. Y luego al hotel.

—Mmmmm, al hotel. Con esos ojitos que me pones, debo suponer que cuando lleguemos...

—Supones bien, nene.

—Marta, yo también te quiero.

—Lo sé.

SOMBRAS EN LA PARED

Estoy tumbado en la cama y miro el techo. Imagino en las sombras que se dibujan en él siluetas que cambian a cada instante. Persigo una de ellas, formada por una amalgama de hojas azotadas por el viento. Saltan, corren por el techo, se entrelazan, se separan, se aman y se odian. Sigo imaginando.

Un conjunto de sombras ha dibujado un corazón. Lo persigo con la vista y mi cabeza se mueve deprisa, al ritmo de su latir en el techo. Me pregunto cuánto tiempo llevo observando aquellas sombras. Tanteo la mesilla y encuentro el móvil. Las tres de la mañana y sigo despierto.

Paula se ha ido de casa esta noche. Ha hecho la maleta precipitadamente y ha olvidado llevarse varias cosas. Me figuro que telefonará para decirme que las recogerá por la mañana. Se ha llevado las llaves, así que cuando llame no podré quedar con ella con la excusa de estar en casa cuando venga a buscarlas.

Un caballo alado galopa por el techo. El viento aúlla fuera. Recuerdo la última noche húmeda en que me entregó su cuerpo y las promesas de amor que hice, como suelo hacerle cuando disfrutamos el uno del otro. Una diaria son muchas promesas, supongo.

He incumplido todas.

Hasta aquel día le fui infiel. No entiendo por qué tuvo que pasar si yo la amaba, si la amo todavía. Dibujo su cuerpo en el techo, ahora las hojas me lo esbozan: sus curvas, su caminar, su cabello ondulado. No forman su rostro, pero yo lo veo porque lo tengo grabado en mi retina. Es hermosa, toda ella, por fuera y por dentro. Y ya no está... Las cuatro de la mañana. No puedo dormir. La extraño.

Aquella noche, cuando me acosté con la chica nueva de la oficina, habíamos quedado todos los compañeros en un local nocturno. Celebrábamos el cierre de un contrato millonario. Amaya llevaba dos meses trabajando en el despacho. Era simpática y atractiva. Tiene diez años menos que Pau y es muy bonita y vital. No digo que mi mujer no lo sea, pues Paula es un volcán y exhala vida. Eso fue lo que me enamoró de ella: sus enormes ganas de vivir.

Amaya era la novedad y lo desconocido siempre seduce. Los seres humanos nos sentimos fascinados por aquello que no tenemos y, sobre todo, por lo que creemos que no alcanzaremos jamás. Amaya parecía inalcanzable.

Bebimos demasiado, había mucho que celebrar. Aprobaron nuestro proyecto, se firmó el contrato por el que tanto habíamos luchado y aquello suponía un año de trabajo garantizado, ingresos considerables para nuestra empresa y seguramente, un incentivo económico para todos los que participamos en hacer posible aquella firma millonaria.

Corrió el alcohol y la música nos invitó a disfrutar. Llamé a Paula y le dije que no me esperase despierta. Ella me respondió que se quedaría un rato más, pero que luego se acostaría y que procurara no hacer ruido al llegar. Me pidió que disfrutara de nuestro triunfo y colgamos tras despedirnos con un beso y un «te quiero».

No sé cómo pasó, pero acabé en casa de Amaya y metido en su cama. Aquel lío de oficina duró apenas un mes. Yo sentía un peso enorme en el estómago. Supongo que era la culpa. Sin embargo no lo corté yo sino Amaya, cuando puso sus ojos en Goyo, el de producción. Fue un alivio que lo

decidiese ella, porque, aunque solo fue sexo, no sabía cómo vencer la dependencia física que tenía con ella. Eso creía que era pero, cuando zanjó lo nuestro, regresé a mi vida con relativa facilidad.

Mil formas en el techo y continuo insomne, pensando en Paula.

¿Por qué se lo conté? ¿Remordimientos por haberla engañado? ¿Deseo de descargar el peso que me oprimía el pecho cada vez que hacíamos el amor? ¿Trasladar a mi mujer la responsabilidad de tomar una decisión respecto a nuestro futuro?

No podía tocarla pensando que gozado con Amaya, me sentía ruin y estúpido a la vez. Me la tiré porque necesitaba sentirme un hombre atractivo todavía. Luego me gustó follármela, después me enganché a ella o, tal vez, ahora que lo pienso, a la sensación que te da saber que aún estás en «el mercado». Cuatro o cinco revolcones y me reemplazó por un modelo más nuevo.

Voy camino de los cuarenta. A Pau no le importa cumplir años, ella es hermosa, tiene un cuerpo deseable y un rostro bonito. Ahora lleva el cabello castaño, pero cada dos por tres se lo tiñe de un color. Es atrevida y me gusta. No necesitaba sentirme más vivo aún, jamás lo necesité pues con ella siempre me he sentido deseado. Paula es mi mujer, soy feliz con ella, dentro y fuera de la cama. En la cama disfruto y fuera, vivo. Somos cómplices. ¡¿Por qué, por qué, por qué?!

Estoy haciendo sombras chinescas con las manos mientras persigo las formas del techo. Son las cinco de la mañana. He puesto la radio a un volumen muy bajo y ahora Sting canta *Field of Gold*, uno de los temas favoritos de Pau.

Cuando me duerma sé que soñaré con ella. Ahora no consigo conciliar el sueño porque la extraño. Son cinco años durmiendo junto a Paula, cinco años abrazados fuera del dormitorio, cogiendo su mano y ella la mía.

¿Por qué se llevó las llaves? ¡Joder! Sonará raro que cuando telefonee para recoger sus cosas le comente que la espero en casa. Seguramente me dirá que prefiere que no esté cuando venga. Paula es orgullosa. Lloró mucho cuando confesé mi infidelidad, lloró durante días. No dejó que la abrazara, rehusó hasta mi pañuelo de papel cuando se lo solté aquel día. No pensé que su reacción fuera tan desmesurada, pues comencé pidiéndole comprensión y apoyo, y jurando que la amaba como jamás he amado a nadie.

Ahora está en casa de su amiga Ana y no me atrevo a llamar porque temo que me cuelgue el teléfono y, además, es tardísimo. Si supiera cómo estoy yo, desvelado e imaginando formas en las sombras del techo... Paula... ¿estás despierta? ¿Lloras y no puedes conciliar el sueño? No llores, nena, esto no es desamor, es la locura de un gilipollas que te ama y te añora.

Si no telefonea hoy para decirme cuándo viene, lo haré yo. No me importa que no me lo coja o que me mande a la mierda. Creo que no lo hará porque ella no es así. Jamás nos hemos faltado al respeto, bueno... yo sí lo hice al acostarme con Amaya. Ha sido la primera vez que sucede y respetar es una base imprescindible en la pareja.

¡Qué estúpido soy! Perderlo todo por unos cuantos polvos. ¡Qué apuesta tan insensata! Paula es mi amante y mi amiga, disfrutamos en la cama, cada día es diferente aun después de cinco años. No todas las personas pueden decir eso de una relación... Yo sí. Y ahora me veo mirando el techo. ¿Qué hora es? ¿Las seis ya? Anticipo que este insomnio me va a tener en la cama hasta la hora de comer. Estoy agotado. El viento no cesa, ya no hay sombras en el techo.

Amanece.

Ana mira a su amiga. Tiene los ojos enrojecidos por haber llorado. El desamor produce ese desagradable efecto en los ojos de la gente. Lo ha visto muchas veces, demasiadas. Ana es experta en consolar amigas.

—¿No vas a acostarte? —pregunta a Paula.

—No tengo sueño —Paula se suena con un pañuelo de papel, coge la taza de humeante cacao que le ofrece Ana y esboza una sonrisa.

—Deberías dormir un poco.

—No puedo. No hago más que pensar en todo esto, en por qué sucedió.

—Las cosas, Paula, pasan. Nada más.

—Como dice la canción de Nena Daconte, tenía tanto que darle... Éramos felices, Ana, muy felices. Lo teníamos todo. Me niego a pensar que ocurrió, sin más.

—Seguís teniéndolo todo.

—¿Bromeas? ¡Me mintió!

Paula sube la voz. Su amiga coge su mano, retira de ella la taza de cacao y sonrío para que se calme.

—Se acostó con otra. Eso es mentir.

—Vale, pero... no sé..., no lo veo como tú, sin solución y sin perdón. Creo que deberías hacer borrón y cuenta nueva. Si hay amor, así lo entiendo yo.

—Tú tienes la cualidad de verlo todo de distinto modo al resto de los mortales, Ana.

—Por eso somos amigas, siempre has tenido en mí un punto de vista original y diferente. No todo es blanco o negro, yo te muestro una gran gama de grises. De acuerdo en que no es todo *happy, happy* y que es un palo muy gordo descubrir que tu chico te ha puesto los cuernos. Claro que no se va a ir de rositas pero... os queréis.

—Eres odiosa. ¡Siempre me rompes los esquemas!

—Pero en el fondo te gusta porque si no, no me habrías llamado a mí antes que a cualquiera de tus amigas.

Ambas se abrazan y sonrían. Paula coge de nuevo la taza de cacao y toma un sorbo. Ana contempla su rostro y ve a una mujer que aún está enamorada.

—Entre otras cosas, porque tú eres la única que podrías haberme acogido en tu casa. Las demás están casadas.

Las dos amigas se carcajean. La habitación de invitados es blanca, la luz de la madrugada entra por el gran ventanal que da a un hermoso parque. La ventana abierta deja pasar el olor a rosas que emana del jardín. Ana mira hacia la ventana. Comienza a amanecer.

—Ese es un golpe bajo —comenta Ana.

—Vives bien así, reconócelo.

—De lujo, Paula. No soy mujer de ataduras, lo fui, pero ya no. Tú sí lo eres: cintas de seda. Eso teníais Pablo y tú.

—Cintas de seda que me encantaban. Me protegían, me ataban con dulzura. Era feliz con él. Pablo... ¿Qué hará ahora? Seguro que está roncando. Dormiré a pierna suelta en nuestra cama de metro cincuenta.

—¿Qué te hace pensar eso? Acabas de largarte de casa. No creo que esté roncando. Estará reflexionando. Pablo es de los que piensan y les dan vueltas a todo. No es un tío de dormir a pierna suelta tras una discusión y menos hoy. Te has ido, está convencido de que te perdió.

—No sé...

—Parece mentira que dudes sobre si está despierto o no, Paula, tú vives con él. No sé cómo dices que estará roncando si sabes que no es así. Lo sabes...

—¿Por qué me contó lo de su aventura si fue algo pasajero? Debió habérselo callado. Cargó su remordimiento a mis espaldas y puso en mí la responsabilidad del perdón. Preferiría no haber tenido que asumir ese peso. Aunque lo hiciera, Ana, aunque perdonara lo que hizo, no podré olvidar. Se acabó la confianza. ¿Puede perdurar una relación sin confianza?

—La respuesta la tienes tú.

—Confianza y relación son inseparables. Yo lo veo así.

—La vida tiene cientos de colores y cientos de matices, nena. Te voy a contar algo: una vez tuve una pareja. Nos conocemos desde hace tres años y me ves de este modo, pero mi vida no ha sido siempre la de una mujer que huye de las relaciones estables.

—¿Pareja estable tú, Ana?

—Me lo preguntas con ojos como platos, Paula... Tu amiga una vez se entregó al amor, aunque te cueste creerlo. Sí, la tuve. Pareja estable. Tan estable como que íbamos a casarnos. Me sucedió algo parecido a lo que te pasó a ti. Javier... se llamaba Javier, bien..., Javier se acostó con una chica justo el día de su despedida de soltero. Suena a novelón, pero así fue como sucedió. Me enteré por él un par de días después. Me lo contó llorando. Iban pedo.

»Y no solo se lio con una desconocida que conoció en uno de los locales donde estuvieron. Hubo más cuernos aquella noche. Mi amiga Pili plantó a su novio por el mismo motivo. Él ni siquiera se lo contó, se enteró ella casi al mismo tiempo que Javi me lo confesó. Cuando me lo dijo monté en cólera. Lloré, lo abofeteé, me cagué en su familia y en todos sus muertos. No se defendió cuando lo llamé de todo menos bonito. Gimoteaba como un niño. Juró que me amaba, me rogó que no lo dejase. Pero lo hice porque pensé que podría perdonar, pero no olvidar. Telefoneé a todos mis invitados en tiempo record para comunicar que no habría boda. Javier hizo lo mismo. Me vendió su parte del piso que habíamos comprado para vivir, este piso. Por un precio de amigo. Y se marchó.

»No he olvidado a Javier y después de años de aquello, me planteo que, si bien no se olvida una infidelidad, sí puede vivirse con ella. ¿Sabes qué es lo que yo no hice mientras Javier me confesaba la suya? Mirar sus ojos. Pensaba en el engaño, en la traición y en mi orgullo herido, lo imaginaba tirándose a una tía a la que acababa de conocer. Pero no miré sus ojos, Paula. Y me arrepiento, porque de haberlo hecho, habría encontrado amor. Me amaba, yo no lo vi y perdimos los dos.

»No es más grande la traición que el propio amor y yo eso no lo tuve en cuenta. El amor era grande, lo que pasó fue un puto error que podía perdonar, que podría haber sido el mío y no el suyo... Me arrepiento de aquella decisión porque la tomé movida por el rencor, y debía haberla adoptado teniendo en cuenta el amor de esos ojos que no quise mirar. No te arrepientas, Paula.

—No sabía nada...

—No lo sabe nadie, cielo. Tu amiga parece una loca del coño, pero tiene corazón y pasado.

—Nunca puse en duda que lo tuvieras. Y sobre el pasado...

—Por eso te lo cuento a ti y no lo he contado jamás. Desde entonces decidí no engancharme a ningún hombre. Quizás fue un error, pero creo que Javi era esa media naranja de la que todos

hablan, pero nadie encuentra. Yo la encontré y la dejé marchar por orgullo.

—¿No has vuelto a saber de él?

—Vive en el barrio. Compró un piso cerca de aquí.

—¿En serio?

—Tan en serio como que a veces me cruzo con él. Nos miramos, agachamos la mirada y seguimos nuestro camino.

—¿Y no os saludáis ni siquiera?

—No sabría qué decir y creo que él tampoco.

—¿Tiene pareja?

—No.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tengo mis contactos.

—Aún sientes por él.

—Jamás dejaré de sentir por él, Paula. El corazón se me sale del pecho cada vez que lo veo. Lo amaba cuando se fue y lo amo todavía.

—Pues no lo entiendo. ¡Habla con él!

—Cariño, estábamos hablando de ti. ¿Amas a Pablo?

—Claro que amo a Pablo.

—Entonces estamos igual, no hay día en que no piense en Javi. Tan reciente como si fuera ayer... Venga, ¿intentamos dormir?

—Pero si casi amaneció.

—Pues nos quedamos hasta la una en la cama. Total, es sábado.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por ser mi amiga.

—Anda, tontita, las amigas estamos para eso.

—¿Crees que estará despierto?

—¿Pablo?

—Pues claro que Pablo.

—Despierto y pensando en ti, Paula.

—Era una pregunta retórica.

—El amor está lleno de preguntas retóricas.

Pablo también está despierto y piensa en ella. Ambos piensan el uno en el otro. Esa noche es una noche para pensar.

Amanece.

Por el ventanal, el naranja del alba pinta la habitación. Paula y Ana se terminan de tomar su cacao y se acuestan.

Al otro lado de la ciudad, Pablo acaba de acostarse. Un gato maúlla desesperado. «*Parece un llanto de desamor. Amigo, estamos igual, llorando por dentro. Paula...*».

Eva me mira y sonrío. Desde que Paula se fue de casa hemos quedado a tomar café todos los días. Agradezco su compañía y su charla. Lo cierto es que la casa está tan vacía desde que Paula

se marchó que procuro estar en ella el menor tiempo posible. Esa hora y pico que paso con Eva alivia el peso de mi soledad.

Mi hermana no es de cargar con peso ajeno, pero su punto de vista me ayuda a sobrellevar estos días inciertos. Sabe que estoy asustado, como también es conocedora de que no estoy preparado para hablar con Paula.

Todos los días comenzamos nuestra charla con las mismas palabras, mis dudas, y la acabamos con su ánimo y su alegría. Eva es una mujer excepcional, no me extraña que Roberto esté colado por ella —en realidad mi hermana también bebe los vientos por mi cuñado—. Son muy diferentes, pero se complementan a la perfección. Quizás sea ese el secreto para que las parejas duren y fructifiquen: complementarse y enriquecerse, aportando cada uno de sus miembros aquello de lo que carece el otro. Dudo que Paula quiera dirigirme la palabra cuando se me pase este tonto miedo escénico. Su imagen contemplándome con desdén cuando me arrodille de nuevo, en sentido metafórico, me mata.

—El «no» ya lo tienes —comenta.

—Eres la única persona de la familia que no me ve como a un apestado.

—No eres ningún apestado sino un gilipollas. ¿Sabes?, hasta ahora he sido muy blanda contigo, obviando el tema de lo que pienso de ti desde que le contaste a Paula lo de tu rollito con tu compañera, pero ya llevamos mareando la perdiz con este asunto demasiado tiempo y sabes que tu hermana no tiene pelos en la lengua. Esta postura de madre Teresa de Calcuta, empieza a cansarme, Pablo. Es hora de coger el toro por los cuernos, hermanito.

—Vaya, una semana has tardado en sacar tu genio, mucho te ha costado...

—Es mi opinión, no un juicio sumarísimo. No me gusta juzgar ni ser juzgada, lo sabes, Pablo. No juzgué ni tomé partido con el divorcio de nuestros padres y jamás lo hago. Prefiero pisar terreno neutral a embarrarme. Cuando uno se posiciona por alguien, siempre se pierde... Sobre lo que ha pasado entre Paula y tú no me decanto por ninguno, pero sobre lo que me parece ya me cansé de callar. Siempre he pensado que eras un tío inteligente pero la imagen que poseemos de las personas puede variar en función de sus actos. En tu caso, la mía ha cambiado radicalmente.

—Creí que no juzgabas.

—Y no lo hago. No juzgo sobre tu infidelidad. No osaría jamás. Sólo te transmito lo que pienso sobre lo estúpido que has sido al confesárselo todo a Paula. Yo también he hecho mis pinitos en esta materia y sé de lo que estoy hablando.

—¿Tú? —No puedo creer que Eva haya sido infiel. Ama a Roberto con locura.

—Comparto esto contigo porque sé que eres una tumba, como siempre lo hemos sido para los secretos del otro. No se lo contaría a Alicia ni a Gonzalo porque son unos bocazas pero en ti siempre he confiado. Somos herméticos con los asuntos del otro desde que mi memoria alcanza. Y te confieso esto para que entiendas que te comprendo y respeto. Mi concepto de gilipollas viene de otro tema distinto a la infidelidad en sí misma, a sincerarte para expiar el remordimiento. Mal, muy mal, Pablo...

»Yo fui infiel a Roberto, una vez, una sola. Sucedió hace un año y medio con un compañero de curro, como ha sido tu caso. Y también ocurrió después de una fiesta. Habíamos bebido un poquito... no lo justifico, pero Marcos, así se llama, me atraía hacía tiempo. El hecho de que quiera a Roberto no me vuelve ciega como me figuro que le pasa a mi marido. Marcos es guapísimo y por una extraña razón se había fijado en mí desde que entró a trabajar en la oficina. Yo ya lo había notado y aquella noche, tras esas copas de más, sucedió. Cuando regresé a casa ya estaba arrepentida y, a la mañana siguiente, apenas podía mirar a la cara a Marcos. Lo cierto es

que a él le sucedía lo mismo. Está casado y tiene un niño pequeño. Al cabo de una semana volvimos a saludarnos, ya que habíamos dejado de hacerlo desde aquel día. En casa yo estaba nerviosa y Roberto se intranquilizó.

»Un día me preguntó qué me pasaba. Por supuesto —y ahí es donde entra el concepto de gilipollas que tengo de ti ahora, querido hermanito—, mentí. Al gran volumen de trabajo y la responsabilidad de sacar adelante el proyecto que teníamos entre manos, a eso achaqué mi estado anímico. Jamás le conté nada y aquella noche loca quedó en el baúl de los recuerdos. Marcos y yo nos llevamos fenomenal, ahora trabajamos en ese proyecto. No hemos vuelto a mencionar el tema y lo hemos enterrado. Solo cuando vamos de viaje por motivos de trabajo y en esos momentos en que estamos comiendo o desayunamos en el hotel, sonreímos e intuyo que recuerda aquella noche loca, como yo lo hago. Fue una experiencia, una más, sucedió y acabó. Punto. Incluso puedo afirmar que ahora soy más feliz con Roberto que cuando no me había acostado con Marcos.

—No te entiendo.

—La experiencia me enriqueció, hizo que valorara más lo que tenía en casa. Lo analicé con frialdad y comprendí que no fue un error sino una enseñanza. Tú lo tomaste como un error que se convirtió en una losa en tu cerebro. Te entró el remordimiento cuando deberías haberlo vivido como una experiencia positiva. Te diste cuenta de lo mucho que amabas a Paula. Sin embargo, eso que tanto te pesaba lo trasladaste a Paula al confesar tu infidelidad.

—Pero mi aventura no duró una noche, sino un mes aproximadamente.

—¿Y...? Un día, una semana, un mes. ¿Qué más da? ¿Contemplaste alguna vez la posibilidad de continuidad, más allá de uno o dos meses? Ya hemos hablado de ello. No lo hiciste. Fue una aventura que duró un mes en vez de una noche, pero una aventura a fin de cuentas. Sexo, nada más.

—Nunca la contemplé de otro modo, aunque no fui yo quien cortó sino Amaya.

—Y eso también te reconcome. Sin embargo sabes que tarde o temprano lo habrías puesto fin. De todos modos, que rompa uno u otro no es la cuestión. Mi opinión sobre lo que eres no varía, hermanito: un gilipollas con todas las letras. Debiste callar si aquello no iba a ninguna parte. Cargar con tu mochila de piedras y no quitarte el peso para echárselo sobre la espalda a Pau. ¿Qué te hizo ella para que fueras tan cruel?

—No fue por crueldad. Amo a Paula.

—Mejor me lo pones, confesaste porque eres un estúpido integral. ¡Tú y tu maldito remordimiento! Nadie olvida, Pablo, y esto es de primero de EGB, hermanito. No va de sexo sino de memoria. El cerebro almacena el dolor emocional en ella. Ser infiel causa heridas, no cosquillas. Sin embargo, eso pareció no importarte con tal de quitarte la opresión de la culpa. La cagaste ¿Te costaba hacerlo cuando la mirabas a la cara? Pues te jodes. A lo hecho, pecho y a vivir con ello. La infidelidad es una falta de respeto a no ser que, de mutuo acuerdo, se haya pactado saltarse esa regla. Hay parejas que lo hacen y viven felices porque la confianza no se ve afectada. Pero no era vuestro caso, ¿verdad?

—No, no lo era —Miro a Eva mientras me reprende. Hasta cuando regaña no pierde la sonrisa.

—Ahora toca arreglar este entuerto.

—Entuerto... ¡menuda palabreja!

—Como si fueses un guerrero con lanza en mano. Es broma... ¡sonríe!

—No tengo ganas de sonreír.

—Pues comienza a hacerlo. No puedes presentarte ante Paula como alma en pena, debe ver que quieres luchar. El cordero no lucha, Pablo, lucha el león.

—No querrá verme.

—El «no», repito, lo tienes ganado a pulso. Gánate su perdón. Desconfiará durante mucho tiempo, pero quizás no la hayas perdido si realmente te ama como creo que lo hace. Si consigues que acepte verte, quedad en un sitio neutral y ve dispuesto a solucionarlo, con entereza y no con una actitud derrotista. No supliques, solo habla con ella. Y según veas su estado de ánimo...

—Me fulminará con la mirada, lo sé.

—¡Joder! ¿Qué te acabo de decir? No va a fulminarte, no tiene rayos en la mirada, idiota. Eres bobo de narices, hermanito. Si percibes su predisposición al diálogo, toca su mano como por descuido.

—Tú has visto muchas pelis románticas, Eva.

—¡Hazme caso! ¡No me estás escuchando y comienzas a cabrearme! —Eva finge estar enfadada pero sé que por dentro se está partiendo de risa. Debo tener un aspecto patético— Tocas su mano, ¿entendido?

—Toco su mano...

—¡Madre mía, lo que está costándote captarlo todo, hijo mío!

Me acaricia la cara. Es mi hermana pequeña, aunque siempre se ha portado como una segunda madre conmigo. Ha estado a mi lado cuando la he necesitado y han sido unas cuantas veces. Nos adoramos. En estos momentos es la única persona en la que confío. Si me dice que luche es porque sabe que puedo conseguirlo. Paula y ella son amigas, además de cuñadas. Supongo que han hablado... Eva es neutral en este sentido, no me juzga. Mi hermana es mi modelo a imitar. Estoy asustado, pero seguiré su consejo. Me siento como un león un poco asustado, pero león a fin de cuentas...

He llegado a casa. Son las nueve y no tengo hambre. He adelgazado dos kilos esta semana. Si sigo así voy a perder todo lo ganado en el gimnasio en los últimos meses. Cojo el teléfono y marco el número de Paula. Va a colgarme seguro... Suena su tono «ya voy» y compruebo que ha cambiado de canción. Ahora suena «Happy», de Pharrell Williams. Curioso... ¿Sale con alguien? ¿Me ha sustituido tan pronto? Me sudan las manos.

—Pa...Paula... — carraspeo, tengo la boca seca. Va a colgar, lo sé.

—Hola, Pablo.

No lo ha hecho. Suspiro aliviado. No parece cabreada, aunque espero que me mande a la mierda en cualquier momento, y aguanto el tipo.

—Hola... ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Voy tirando.

Primera mentira. Estoy asustado, muy asustado. Quiero recuperarla y aún no sé qué decir. Tenía el convencimiento de que no iba a cogermelo el teléfono.

—¿Qué quieres?

—Que hablemos.

—Ya estamos hablando, Pablo.

—Agradezco que no me hayas colgado. Temía que lo hicieras.

—Una semana da para calmarse. De haberme llamado la semana pasada, justo después de marcharme, te hubiera colgado.

—No has venido a por las cosas que dejaste en casa.
—No hay mucho que recoger.
—La ropa de invierno, tus libros, tu música...
—¿Tengo plazo para hacerlo? Sabes que la casa de Ana es pequeña. Pero si necesitas espacio en el armario y en las estanterías...
—No, no, para nada, Paula... No quería decir eso, me estoy liando un poco...

¿Qué narices me sucede? Lo estoy estropeando todo. Quiero quedar con ella, no que se lleve sus cosas. ¿Lo está haciendo adrede o realmente parezco indiferente? León, Pablo, León...

—Me gustaría hablar contigo, no te llamo para pedirte que te lleves tus cosas. Por favor, Paula, no me repitas que ya lo estamos haciendo, sabes perfectamente a qué me refiero. Me gustaría hablar cara a cara. ¿Te viene bien que nos veamos esta semana?

—¿El sábado?
—¡Perfecto!
¡No puedo creerlo! ¡No me ha mandado a freír monas!
—¿Dónde quedamos?
—¿En la cafetería del parque?
—¿A qué hora?
—¿Café de sobremesa? ¿A las cuatro?
—Allí estaré.
—Gracias, Paula.
—Da recuerdos a Eva, me dijo que llamarías...
—¿Eva? ¿No me cuelgas porque Eva te lo ha pedido? —Me siento un tanto perdido. Si ese es el motivo, no he ganado nada.
—No te he colgado porque no deseaba hacerlo. El sábado a las cuatro en punto. No te retrases.

Está fría y distante y lo entiendo. Supongo que cuando ha escuchado mi voz la primera imagen que se le ha cruzado por la cabeza ha sido la de mi compañera de trabajo conmigo en la cama. ¡Qué gilipollas fui! Las cosas pasan, sí, pero deben guardarse dentro. Eva tiene razón, soy un estúpido integral. Si vuelve a casa, voy a tener que luchar mucho para recuperar su cariño. Espero que sepa leer en mis ojos aún y que estos le digan que este idiota sigue estando loco por ella...

—¿Y bien?
—Hemos quedado el sábado a las cuatro.
—Ya lo he oído —dice Ana— te pregunto sobre cómo te has sentido.
—Extraña. Esperaba su llamada, pero al oír su voz... ¿Cómo me has visto?
—Falsamente serena, pero Pablo no se habrá percatado. Normalmente los hombres no captan los matices de la voz y menos por teléfono. A no ser que escuchen el *snif, snif* de un llanto o una sonora carcajada, no reparan en el estado anímico de su interlocutor.
—Eres un tanto exagerada y menosprecias la intuición masculina un poquito, ¿no te parece?
—¿Exagerada? ¡Nooooo, para nada! Las mujeres mentimos muy bien y además ellos no están genéticamente preparados para sentir empatía. ¿Habrá un cromosoma que lleve aparejada la empatía?

—¿Los sentimientos están unidos a los cromosomas? —pregunto con fingida curiosidad porque sé que Ana está bromeando para arrancarme una sonrisa.

—No tengo ni idea, pero viendo cómo son los hombres, me juego el cuello a que sí. Ellos son defectuosos porque carecen de ese cromosoma. Déjame que piense... ¡Ya está! ¡Ellos carecen del *empaticus sentimental*!

—Eres la leche.

Ana me hace reír. Esta semana ha sido mi apoyo. En realidad lo ha sido desde que la conozco. Es una «*amiga-pared*», pues a ella recurrimos todas sus amigas cuando estamos deprimidas. Yo llevo una semana muy, muy complicada... Necesito una tregua y creo que ella también tiene que descansar de mí un poquito.

—¿Irás para dialogar o para ponerle a caldo?

—Sigo resentida... Hablé con Eva. Fue una conversación de amigas. Sabes que Eva y yo nos queremos.

—Eva es neutral, pese a ser tu cuñada.

—Discreta, conciliadora y jamás ha tomado partido en nuestras discusiones.

—Apenas discutíais, Paula. Habéis dado poca guerra a los amigos con vuestros asuntos.

—Todo esto me ha sobrepasado. No lo esperaba. De Pablo no...

—Nadie cree que su pareja sea infiel. Una cosa, Paula, ¿si Pablo no lo hubiera contado, cambiaría algo?

—Todo. No habría perdido la confianza en él y no tendría nada que perdonar. Hirió mi orgullo.

—De haber sido tú la que hubiera traicionado esa confianza, ¿cuál querrías que hubiera sido la actitud de Pablo?

—Eso es trampa, Ana.

—No, es una pregunta sencilla.

—Hubiera deseado que actuara de otro modo. Que hubiéramos hablado...

—¿Entonces?

—Por eso he accedido hacerlo.

—¿Solo por eso?

—Por esto y por otras cosas.

—Repito, Paula, ¿solo por eso?

—Eres insufrible, Ana. Por eso y porque lo quiero todavía.

El vestido verde musgo me sienta como un guante. No me maquillo demasiado y me he recogido el cabello. Estoy nerviosa. Llego tarde adrede. Quiero ver su cara cuando entre en la cafetería.

Está sentado al fondo, me ha saludado con la mano y se ha levantado antes de que llegara a su mesa. Está más delgado y tiene ojeras. Yo he tomado pastillas para dormir, pero él es muy cabezota y estoy convencida de que lleva toda la semana sin pegar ojo. Camisa nueva. Me encantan los cuadros. Está muy atractivo. ¿Es posible que tenga más canas? Sonríe nervioso. Le conozco bien: está temblando por dentro. Yo disimulo mejor.

Con estos tacones tengo miedo de dar un traspies. También estoy nerviosa. Una semana sin

vernos. Le echo de menos y no imaginaba que fuera tanto. Le sienta bien esa camisa. Ha hecho intención de darme un beso en la mejilla, pero al ver que le he hecho la cobra, se ha echado para atrás. Me separa la silla para que me acomode. Definitivamente, está muy guapo con esa camisa. ¿La habrá elegido Eva?

Me asomo a la ventana e inspiro el aire de la calle. Mi salón da al hermoso jardín de la urbanización. Sube el perfume de las madreelvas que plantaron al lado de mi terraza y me dejo llevar hasta aquel tiempo en que era feliz.

Es curioso cómo los olores influyen tanto en mi estado anímico. Este en concreto me hace recordar buenos tiempos y me sienta bien. También lo hace el de las velas perfumadas que usaba en mi antigua casa, la que compartí con Javier. Todas las tardes, al regresar del trabajo, las encendía para que cuando yo llegara me envolviera la frescura del jazmín.

En alguna ocasión un camino de pétalos de rosas blancas me conducía hasta una bañera relajante con espuma. Extraño mucho aquellos tiempos felices.

Paula ha quedado con Pablo. Me cae bien, aunque me parece un estúpido. No por haber traicionado la confianza de mi amiga, sino por confesar su infidelidad. Debería habérselo callado y ahora seguirían juntos. Ama a Paula, pero lo nuevo es atrayente y yo lo sé por experiencia. En realidad, no añoro aquellos tiempos, añoro a Javi. Quizás si expusiera lo que sucedió a alguna de mis otras amigas, como lo he hecho con Paula, me dirían que confesar es un acto noble y que callar es indigno. No estoy de acuerdo: el silencio no hace daño a la otra parte y la aventura se acabó, la confesión, sí.

Espero que mi amiga tome la decisión más adecuada. No se olvida nunca. Sin embargo, sí se puede perdonar. El pasado ya no es, el futuro tampoco existe. Su presente está con él. Suena cursi, pero así lo intuyo. A Paula le brillan los ojos cuando pronuncia el nombre de Pablo.

Hace una tarde tan maravillosa que no voy a desperdiciarla poniendo la lavadora. La calle me llama. Cojo la novela que estoy leyendo y me visto para salir a tomar una caña en una terraza del parque. Antes enviaré un *wasap* a Pau. Quiero saber si ya ha llegado a su cita y qué ha sentido al reencontrarse con Pablo, aunque imagino que será el mismo hormigueo que recorre mi cuerpo cuando yo me cruzo con Javier. Me digo mil veces que no me importa que vivamos en el mismo barrio, pero me engaño... Mi corazón se acelera todavía cuando nos vemos. ¡Cuántos momentos de felicidad nos perdemos por orgullo!

—Estás muy guapa.

—Gracias. Y tú más delgado.

—Dos kilos he perdido en esta semana.

—¿No comes?

—Ni duermo.

—Ya somos dos insomnes. Por desgracia yo no he perdido el apetito.

—Mejor, estás bien así, Pau. Es un vestido precioso. ¿Verde... aceituna?

—Los hombres sois un desastre para los colores. Verde musgo.

—Los hombres no nos llevamos bien con las gamas de colores.

—Se llama *pantone*.

—¿Recuerdas cuando pintamos la casa? *Pantone*...

—Uf, sí. —Somrío.

—Miles de colores. Y tú venga y venga: «*Pablo, cariño, este es rojo bermellón, este, blanco marfil, este color se llama rosa palo, este otro es coral, este es rosa chicle...*». Mareado me tenías.

—¡Qué tonto eres! Lo cuentas como si hubieras vivido un martirio.

—¡Noooo!, lo cuento como fue, me dolía la cabeza con tanto colorín. Tuve que ver aquellos muestrarios durante una semana y, al final, elegiste tú todos y no me dejaste meter baza. Una semana soñando con arcoíris.

—Y mariposas.

—¡Te acuerdas! No puedo creerlo. Pensé que ya te habrías olvidado de aquello.

—Claro que me acuerdo. Despertaste bañado en sudor una noche y, cuando te pregunté si habías tenido una pesadilla, me contestaste que miles de mariposas gigantes de vivos colores te perseguían.

—¡Era cierto! Menuda pesadilla. Hacían un ruido ensordecedor con sus enormes alas multicolores y yo corría y corría, directo a un precipicio. Gritaba y ellas querían libarme.

—¡Libarte, ni que fueras una flor! Al final la casa quedó preciosa, reconócelo.

—Tienes buen gusto, Paula. ¿Qué vas a tomar, una cerveza?

—Sí, por favor.

Pablo sonrío, pero está nervioso. Traga saliva continuamente. Miro sus ojos y veo tanta tristeza... Carlos Merino, el de contabilidad, es un hombre muy atractivo. Siempre me he sentido atraída por él, aunque mi amor por Pablo ha frenado el morbo que me produce cuando le veo. Es algo natural, no somos ciegos. Nos fijamos en los hombres guapos. Carlos lo es. Los hombres tampoco lo son. En cuestión de vista, hombres y mujeres tenemos la misma agudeza visual.

Recuerdo que cuando Carlos se separó estuvo muy simpático conmigo, más de lo habitual en él, puesto que hasta entonces no había dado muestras de querer ligar conmigo.

Era evidente que, tras su ruptura, quiso ahogar sus penas entre mis piernas. Le paré los pies, aunque me consta que las ahogó entre las de Marta, una compañera de su empresa.

Cristina, mi compañera de la mesa de al lado, me comentó que Marta ha dejado a su marido y se ha ido a vivir con Carlos. Marta se lo contó a Cristina y Cris, que no sabe guardar un secreto, me lo cotilleó al día siguiente de enterarse. Aventuras de oficina. Unas acaban siendo relaciones y otras, simples rollos pasajeros. Eso es lo que fue la de Pablo con Amaya.

Me pregunto qué hubiera sucedido de haber estado yo vulnerable anímicamente por estar pasando una mala racha sentimental. Hemos tenido alguna aunque, hasta ahora, las habíamos vencido. Supongo que el amor es la mejor escalera para superar barreras juntos.

Pablo me mira con dulzura, está triste y veo en sus ojos que se arrepiente. No deseo su cabeza en una bandeja... Eso fue lo que grité a Ana en su casa cuando la llamé después de que me confesara su infidelidad. Recuerdo que Ana se rió y me sentó como un tiro.

—Cerveza helada.

—¿Sabes que este es el primer día que salgo desde la semana pasada? —comento.

—Yo he salido mucho... —afirma Pablo mientras me observa.

Bebo y aprovecho para tragar saliva... Grité que quería su cabeza, ahora me río por dentro. Lo veo frente a mí, con esos ojos clavados en los míos y siento que el calor me traspasa las pupilas. ¿En un momento de debilidad, hubiera sido infiel? ¿Pablo llegó a querer a esa mujer?

—¿De noche o te refieres simplemente a dar un paseo?

—No, Paula, no... Por la tarde, cuando llego a casa, esta se me cae encima. Así que dejo las cosas, me quito el traje, me pongo algo cómodo y me largo. A veces me encierro en la biblioteca, cojo un libro y leo, otras voy a esta cafetería y adelanto trabajo. Todos los días veo a Eva un rato. La tengo frita a la pobre con mis penas.

—Eva y yo también hemos hablado esta semana.

—Eva te adora.

—Y yo a ella.

—Lo sé. Es buena consejera sentimental. Neutral, como debe ser. Debería plantearse abrir una consulta y cobrar.

—Pablo... ¿Te enamoraste de esa mujer o solo fue sexo?

—¿En qué estaría pensando? ¡Qué pregunta tan idiota acabo de hacer! No quiero que recuerde ni quiero recordar.

—Paula, te lo conté todo. No me enamoré, solo fue sexo. Por favor, Pau, te lo ruego, créeme.

—Solo fue sexo.

—Solo.

—Me amabas, pero te acostaste con ella. No lo entiendo.

—Ni yo tampoco, aunque sé que nada cambiará lo que hice. Me arrepiento, te he perdido, quiero recuperarte y por eso estoy aquí. Ojalá existiera una máquina del tiempo para retroceder a ese día. Sin embargo esto es la vida y no una película de ciencia ficción, Pau. Aquí se paga por los errores.

—Mejor una pastilla azul que tuviera la propiedad de borrar un hecho de tu pasado. Yo borraría tu confesión.

—Yo borraría mi traición. Te juro que...

—¿Pagas esto y me acompañas a casa de Ana?

—¿He dicho algo que te ha molestado? Por favor, no te vayas, si te he ofendido de nuevo, te pido disculpas, pero... por favor... quédate.

Sus ojos me piden perdón. Brotan de ellos miles de recuerdos que llegan a mi cabeza de golpe: el primer beso, la primera caricia, nuestra canción, la primera vez que me hizo reír, la primera que hicimos el amor, la primera que me dijo «*te quiero...*». Tantos recuerdos, tantos momentos azules...

—Es tarde, Pablo. Llévame a casa de Ana y sube a ayudarme a hacer la maleta. — Observo cómo se levanta y se frota las manos. Separa mi silla, vuelve a mirarme y se toca el pelo.

—¿Te mudas? ¿Dónde?

—Regreso a casa, Pablo. Regreso a ti.

El camarero me sirve una caña acompañada de un platillo con una generosa ración de paella que está para chuparse los dedos. Suelo venir los jueves a este bar porque la ponen de aperitivo. En «El encuentro», regentado por Paco, un valenciano que cocina de muerte, sirven la mejor paella que he comido en mi vida.

Hoy no hay mucha clientela y he cogido una mesa sin dificultad. Deduzco que es porque hace un calor impresionante en la calle y la gente aún no se anima a salir, a la espera de que el sol caiga y dé un respiro. Sin embargo, a mí lo que se me cae encima es la casa. Con esta cerveza fresquita y la novela que estoy leyendo ahora, pasaré un rato agradable antes de concienciarme de que la lavadora no se pone sola.

Mientras retomo mi lectura, pienso en Paula y en su cita con Pablo. Estoy convencida de que hoy mi amiga dejará de ser mi huésped. Ha sido una semana acompañada de lágrimas, sonrisas y finalmente, risas. Paula es una gran persona y estoy segura que tomará la mejor decisión para seguir caminando. Se merece ser feliz. Todos nos lo merecemos, pero hacemos poco por conseguirlo. Por ejemplo y sin ir más lejos, yo misma. Sigo colgada de los recuerdos, camino, respiro, pasan los días, inicio relaciones que no llegan a ninguna parte y, aunque me digo que hay que vivir el presente, no hay día en que no me acuerde de Javi. Ahora mismo, en *KISS TV*, Queen y su *Who wants to live forever*, me evocan las noches en que ambos escuchábamos música en la cama. Siempre acabábamos igual cuando la banda tocaba este temazo: abrazados y comiéndonos a besos. Y luego, todo lo demás...

Ahora nos cruzamos por la calle y apartamos la vista. Alguna vez he pensado en no hacerlo, en mirarlo a la cara y sonreír. Una sonrisa es siempre el camino más recto para alcanzar la felicidad. ¿Dónde está la mía? Atrapada por el puñetero orgullo. Supongo que la suya también lo está. En alguna ocasión he tenido la percepción de que nuestros encuentros no han sido casuales y aún así, no he sonreído. Oportunidades perdidas.

Abro mi libro y como paella. ¡Exquisita! La novela que leo me la recomendó la propia Paula. No tengo palabras para describirla. No la estoy leyendo, ¡me la estoy bebiendo! Su título invita a leer y descubrir: «El silbido de la serpiente». Me gustaría conocer a su autora. Tiene una narrativa imaginativa, inquietante y cruda. Las entrañas ha tenido que dejarse esta mujer para escribir una novela así. Leo unos párrafos y, cuando me doy cuenta, casi estoy haciéndolo en alto:

«Conseguí relajarme durante varios días, alimentándome de aquel joven y del recuerdo de aquella noche, pero el regusto de su alma robada me duró menos de lo que hubiera deseado. Tras la cena, escuché el noticiario al lado de Candy en nuestro mullido sofá. Como por goteo, de vez en cuando ella me regalaba una sonrisa, una mirada curiosa, un beso en el cuello. 'Alfredo Ávila Navarro, de veintisiete años y mecánico de profesión, regresaba de su trabajo atravesando un parque cercano a su domicilio cuando lo asesinaron'.

Había sido hallado al día siguiente por una pareja que paseaba a su perro. La mujer relataba los hechos. Percibí fingida angustia y lágrimas de cocodrilo a punto de desbordarse de sus embusteros ojos, hundidos en un cráneo insultantemente imperfecto, mientras saboreaba morbosamente su minuto de gloria televisiva.

El morbo que genera la desgracia ajena en algunas personas ya no me sorprende. Aunque reconozco que el hecho de que aquella mujer se mostrara ante mí tan transparente, que desplegara aquella repugnante vileza encubierta con una falsa condena de los hechos, con un dolor sobreactuado, hizo que me reafirmara en mi postura. La mayoría de los seres humanos no

deberían estar aquí, no tendría que permitirseles consumir el oxígeno de los demás, su mera existencia constituye una herejía contra la naturaleza, una equivocación de esta, en realidad. Observé a la mujer, sus gestos, su desagradable semblante, sus ojos cenagosos. Durante una fracción de segundo deseé estrangularla, durante esa fracción de segundo soñé con tener su cuello entre mis manos. ¡Qué breve, pero orgásmico pensamiento!».

¡Ufff! Dejo de leer y subo la vista dirigiendo mi mirada a la barra del bar. No sé por qué lo he hecho, quizás... Le veo apoyado en ella y charlando con el camarero.

Javier.

No me ha visto. Le sirven una caña. Está solo. Absorta en la lectura, no me he percatado de que ya no hay una sola mesa vacía. Que no mire, por favor, que no mire hacia aquí. Lo hace. Me ha pillado mirándolo. Camiseta blanca, vaqueros desgastados, barba de varios días, aire soñador, eso no ha cambiado. ¿Cansado? Sí, parece cansado. Siempre ha trabajado demasiado. Poco tiempo de ocio, muchos planes de futuro, incluida una vida juntos... No aparta su mirada de mí. Yo tampoco la aparto de sus ojos ¿Es hoy? ¿Es hoy el día? Por un momento, toda la gente del bar desaparece, Javier se difumina y pienso de nuevo en Paula. La imagino hablando con Pablo, aclarando las cosas, serenos ambos. Tomando una caña, quizás. Vuelvo a la realidad. Javier sigue mirando. Han pasado..., ¿cinco segundos? De pronto, sucede. El deseo de ser feliz, los recuerdos vividos, las sonrisas, los gemidos y caricias, los momentos de pasión regresan, se liberan del orgullo al que estaban encadenados. Adiós.

Sonrío. Me observa con detenimiento y parece confundido. Hace una mueca. ¿Duda un instante? Coge su caña, viene hacia aquí... Tiemblo como una hoja. Me muero. Cierro el libro. Vuelvo a sonreír y me toco el cabello. Adiós también a mi serenidad... «Piensa, Ana, piensa. ¿Qué es lo primero que vas a decir?».

—Hola, Ana. ¿Esperas a alguien o puedo sentarme contigo?

—Hola, Javier, por favor, siéntate.

Hemos llegado a casa de Ana y, aunque tengo llaves, he llamado al timbre. Debe haber salido a dar un paseo, abro y Pablo entra detrás de mí. Aún tiene cara de asombro aunque, de vez en cuando, esboza una sonrisa.

Baja la maleta del armario de mi habitación y me ayuda a meter mis cosas. Me alegro de no haber traído todo porque ahora sería una mudanza lo que estaría haciendo y no el equipaje. Creo que siempre supe que regresaría y por eso no fui a por el resto.

—Eres un desastre haciendo maletas, Pau.

—El experto en hacer el equipaje eres tú, no yo.

—¿Eso es doblar una camiseta?

—Según yo... sí. —Sonrío.

—Ya...

—Me gusta cómo doblas la ropa.

—Lo que te gusta es sacarme de mis casillas. Eres de lo que no hay. Sabes lo cuadriculado que soy para el orden y tú: ¡Viva el caos!

—Por eso me quieres, porque soy de lo que no hay.

—Con locura, pero..., lo que realmente me encanta de ti es tu modo de hacer maletas.

Reímos. Estamos pegados, piel con piel, rozándonos. Hay espacio para no hacerlo, aunque no deseamos estar separados. Deseo besarle, pero quiero que él lo haga primero.

Javier sonrío tímidamente y mantiene una postura algo rígida. He guardado mi libro y hemos bebido un trago de cerveza a la vez, acabando con la mitad del vaso. Supongo que esperamos a que el otro inicie una conversación banal. ¿De qué se puede hablar después de años de silencio?

- No suelo parar por aquí. Ha sido casualidad.
- La vida y su azar caprichoso —comento. Me tiembla la voz.
- Nos hemos visto muchas veces y jamás...
- Nos hemos atrevido ni a mirarnos —añado.

Parezco un sacacorchos vestido de blanco que come paella sin poder evitar que me castañeteen los dientes. Sonrío como una boba, es lo único que se me ocurre hacer. Si no comienza a hablar, aunque sea de la decoración del local, me desmayaré.

- Orgullo.
- Orgullo, sí.
- Ambos somos orgullosos.
- Javier, yo...
- Shhhhh. Déjame hablar, Ana. —Pone un dedo en mi boca y mi corazón se acelera—. Vivimos muy cerca, nos vemos a menudo y agachamos la cabeza. Nunca me habías sonreído antes. ¿Por qué hoy? Quizás ni lo sabes. Tal vez porque ha pasado demasiado tiempo y es hora de zanjar esto.
- Está zanjado. —No esperaba oír de su boca la palabra «zanjar».
- No lo está. No por mi parte, Ana. No hay día en que no recuerde lo nuestro. Sé que tú no piensas en mí. El tiempo lo cura todo.
- ¿Recuerdas nuestra historia? ¿Aún cicatrices? ¿Por qué presupones que yo no la recuerdo?
- Porque no has hecho nada por...
- ¿Acercarme? ¿Sonreír? Hoy lo he hecho, aunque llevo todo este tiempo intentando atreverme a hablar contigo. Piensas que olvidé lo nuestro, pero no es así.

¿Se lo digo? ¿Le digo que no hay día...?

- Somos cabezotas, Ana. Tozudos y cabezotas. ¿Hay alguien en tu vida ahora?
- ¿Has indagado sobre ella, Javier? No me mientas, por favor. No preguntes si sabes la verdad.
- No hay nadie en tu vida. Hice mis pesquisas... En la mía tampoco. —Sonrío. Coge paella de mi plato— La paella... ¡está buena!—Especialidad de la casa —comento.
- Tendremos que venir más. Con la excusa de comer paella, se me ocurre pedirte que quedemos aquí el próximo jueves, pero se me hace lejano. Quiero verte de nuevo y deseo que sonrías como ahora. ¿Nos vemos mañana?

—Javier, hace mucho tiempo. Ya sonrío hoy, ¿para qué dejarlo para mañana? ¿De verdad que no sales con nadie?

—¿Tú no has investigado? Desde lo nuestro solo tuve una relación que duró apenas tres meses. Nos dejamos huella, Ana.

—No deseaba descubrir que estás con otra.

—Vivo solo.

—En estos momentos yo no vivo sola —comento sin dejar de mirar sus ojos. Está tan cerca que siento su respiración en mi cara.

—Lo sé. ¿Una amiga? —Sonríe.

—Sí, pero creo que se mudará pronto. Vive en casa temporalmente. Problemas de pareja. No me meto demasiado, pero le hablé de lo nuestro, de mi error.

—Todos cometemos errores. A eso se le llama ser humanos

—¿Me has perdonado?

—Ana. No hay nada que perdonar cuando se quiere.

—¿Aún? ¿Por qué hemos esperado un año para volver a hablar sobre lo que pasó?

—Yo que creía que no me sonreías porque estaba todo olvidado... Ahora que por primera vez me dejas ver tus ojos, me

doy cuenta de que el amor no se olvida nunca. Esta paella...

—Está de muerte —completo su frase. Coge mi mano y sonreímos.

—El orgullo pesa mucho en la mochila, Javi. Nunca he dejado de quererte.

Javier toca mi nariz con dulzura. Ese gesto era nuestra señal para indicar que todo iba bien. Me pregunto por qué cuando sucedió aquello, no tocó mi nariz del mismo modo. Me respondo lo que ya sé, lo que ambos sabemos. El orgullo es poderoso, pesa, oprime, encadena. Ha tenido que pasar todo un año para descubrir que el amor pesa más. Esta simple caricia ha hecho que retrocedamos en el tiempo. No ha sido esta ausencia tan mala, a fin de cuentas. Esto solo será una historia que contar y una experiencia para recordarnos que nunca el tiempo se pierde si de él se aprende algo...

—Ven...

Me acerco como me pide y me siento en la cama. Estoy desnudo y ella también. Acabamos de acostarnos y la luna inunda con su tenue luz nuestro dormitorio. Forma sombras en la pared, pero no me fijo en ellas porque solo deseo ver el rostro de Paula.

Sonríe, me mira, coge una copa de la mesilla y vierte en ella un poco de vino de la botella, ya casi vacía. Bebe y aproxima sus labios a los míos. Abro la boca y el vino cae delicadamente. Sus manos acarician mi pelo, bajan por mi espalda, me atraen hacia ella. Hace calor...

—Más cerca.

Sus labios se separan de mi boca. Obedezco porque ha pasado una semana desde que regresó, pero en mi mente está el recuerdo de esa otra en que estuvo tres calles lejos de mí, aunque me parecía que estuviera a tres mundos de distancia. No quiero que se vaya, la quiero donde está, en esta cama y dibujando con su silueta una hermosa sombra en la pared. Las demás no me importan, solo la suya. Paula.

—Agotas, nena.

—Mmmmm... ¿debo tomármelo como un cumplido?

—Tu boca, tu cuerpo, toda tú, tómallo así porque lo es. Mágicamente agotas.

El orgullo mata los momentos que pudieron ser y hace que caminos que estaban destinados a cruzarse, corran paralelos sin encontrarse jamás. Llevábamos mucho tiempo sin vernos, con el silencio del reproche, del miedo, de ese orgullo herido, de no saber si podría haber perdón, de creer que el amor no era suficiente para curar las heridas. Y, de pronto, una mirada y una sonrisa llevaron a una conversación, a una caricia disimulada en la mano y a recordar los instantes maravillosos que vivimos.

De esa conversación en el bar han pasado tres semanas. Javier y yo vivimos juntos desde el jueves. Mi piso es más grande que el suyo y además el de Javier estaba hecho un desastre. «*Hombres, qué poco sentido de la estética tenéis*», comenté cuando lo ayudé a hacer la mudanza. Sonrió y me dio la razón. Aquel destartalado apartamento no había visto una reforma desde que el bloque se construyó en los años ochenta.

No nos lo pensamos mucho, ya que había poco que pensar. Mi casa estaba reformada, tenía tres habitaciones, dos baños y un salón enorme con una amplia terraza. Aquella tarde, cuando decidimos dejar atrás el orgullo y hablar, acabamos en mi casa haciendo el amor. Lo demás no es necesario explicarlo.

Estamos aquí, entre un montón de cajas por desembalar que parecen un *tetris*. El olor a futuro nos hace sonreír cada vez que miramos el lío que aún tenemos montado. Cajas que se amontonan y vida que se abre camino a la espera de ser saboreada.

Javi ha traído de su casa una butaca de cuero que hemos puesto en el salón. Es su sillón de pensar pero, en estos tres días que lleva aquí, ha pensado poco porque no le he dejado... hemos hecho el amor sin descanso, incluso en su sillón de pensar.

—Ana, ¿dónde tienes una sartén más grande?

—Bajo el horno, en el cajón.

—Tengo que acostumbrarme a esta casa. Aún me cuesta encontrar cada cacharro.

—Ya te has acostumbrado a mí, así que la casa no supondrá problema alguno —sonrío.

—A ti es fácil acostumbrarse... ¿a qué hora vienen?

—A las nueve, ¿por...?

—Porque nos da tiempo a hacer el amor.

—Javi... ¿y la cena?

—¿Chino? ¿Pizza? ¿Kebab? — saca la lengua burlándose de mi gesto serio, me coge por la cintura y me atrae hacia él.

—¡Javi!

—¡Anaaaa! —me abraza y hago ademán de zafarme de su abrazo, aunque no quiero hacerlo y lo sabe. Me besa, hundiendo su lengua en mi boca, me rindo... Nos vamos a la cama. Cenaremos chino...

Canturreo en la ducha. Paula trastea en el cuarto de baño.

—¿Tardas mucho, Pablo? Ya son las siete y media.

—¿No hemos quedado a las nueve? Estamos a cinco minutos en coche, nena...

—Me gusta ser puntual y todavía tengo que ducharme yo.

—Puedes optar entre meterte en la ducha conmigo o darme cinco minutos. Elige.

—Gracias, pero como te conozco, elijo la segunda opción.

—De todos modos, ¿a quién se le ocurre festejar que vuelve a estar con su novio de toda la vida con una cena en su casa? Podrían habernos invitado a cenar fuera. La tienen llena de cajas y trastos. ¡No vamos a encontrar ni las sillas!

—Eres un exagerado. Tiene unas cuantas cajas en el suelo del salón, pero casi todo está colocado. Él tenía poco que llevarse. La casa era de sus padres. Creo que se ha traído un sillón orejero, un par de muebles y unas cuantas cajas.

—Menos mal que ha sido Javier el que se ha mudado a casa de Ana porque si hubiera sido al revés...

—Vas a ganarte una azotaina, Pablo. Ese es un comentario machista.

—Es una broma, Pau..., una broma. —De pronto, Paula abre la mampara de la ducha. Está desnuda y sonríe—. ¿No habías elegido la opción B?

—Me lo he pensado mejor.



Se mete en la ducha y me besa. El agua corre tibia por nuestros cuerpos. Cojo su esponja, froto suavemente su piel y huelo su pelo. Vainilla. La deseo. Nos amamos. Llegaremos tarde, ambos lo sabemos pero nos da igual. Ana y Javier tendrán que esperar...

Miro la pared y las sombras que aún se dibujan en ella. Pronto se irán con el amanecer. Paula duerme a mi lado. Su pecho sube y baja y su nariz emite un suave ruidito. No osaría comentarle que ronca porque sé que lo negaría enfurruñada. Contemplo su incipiente vientre y lo que alberga. Lo acaricio suavemente y Pau se mueve y se gira, dándome la espalda. Las curvas de su cuerpo me enloquecen y saber que dentro de ella hay una parte de mí, me hace sentir bien.

Suena una sirena y me saca de mis pensamientos. Recordaba el día de ayer. Ana y Javi se casaron. Fue una boda íntima y emotiva. Se los ve felices. Ha pasado un año desde que Paula regresó a mí y Javi lo hizo a la vida de Ana. Un año de plenitud donde no ha habido un solo día de reproche por lo que sucedió.

En ocasiones, en noches como esta en las que me despierto y tardo en conciliar el sueño, me deleito contemplándola. Comienza a amanecer y las sombras desaparecen. Solo queda su cuerpo desnudo.

Ella no es una sombra, es una realidad. Se despereza, vuelve a girarse, abre los ojos, me mira y sonríe. Acaricia mi cara y me atrae hacia ella, nos besamos, nos amamos y la habitación se llena de luz. Definitivamente, soy feliz.

AGUA DULCE

Izaro se despertó sobresaltada y emitió algo parecido a un grito, solo que más apagado. Su corazón latía con fuerza cuando Germán la abrazó para que se calmara. Gimoteó como una niña asustada y él la cobijó entre sus brazos aún con más fuerza.

—Ha sido una pesadilla, nada más. Todo está bien —aseguró a Izaro, que temblaba como un gorrión en un día de invierno.

—Soñé que esto no era real. Nosotros, tu casa, esta habitación, todo lo que tenemos. Tú no estabas a mi lado. Solo estaba yo, sola y vacía. Buscaba algo, pero no sabía qué era.

—Pues estoy. Mira. Soy real —afirmó Germán mientras tomaba su rostro entre las manos.

Izaro sonrió. Luego ella depositó un beso en sus manos y pegó la cabeza a su pecho, ya más relajada. Aquella era la primera noche que Izaro se quedaba a dormir en casa de Germán.

Se habían conocido en una cafetería dos meses antes. Ella conversaba con una amiga sobre una novela que estaba escribiendo. Germán, sentado en la mesa de al lado, esperaba a un amigo. Sintió curiosidad por aquella mujer que gesticulaba con emoción mientras hablaba. Vestía de un modo elegante e informal. Su camisa blanca, desabrochada estratégicamente, dejaba ver un generoso escote y su falda de punto, unas bonitas piernas. Era una mujer atractiva y ella lo sabía.

Varios hombres también se habían fijado en Izaro y algunos incluso miraban sin disimulo hacia la mesa donde charlaba con su amiga. Esta asentía y preguntaba a Izaro, quien hacía hincapié en algunas de sus ideas, las desarrollaba y solicitaba su opinión al respecto. En un momento de la conversación, la amiga se disculpó para ir al aseo e Izaro se quedó sola, escribiendo notas en una libreta. Germán, que vio su oportunidad para conocerla, se levantó, se acercó a su mesa y simplemente, se dirigió a ella con naturalidad.

—Disculpa que te moleste, pero no he podido evitar escucharte. Estás escribiendo una novela y he oído que comentabas a tu amiga que la protagonista está inmersa en un mar de dudas respecto a su nueva relación. Te habías quedado anclada en cómo resolver dichas dudas. ¿Y si dejas que todo fluya? ¿Que nada se plantee y que viva el momento? No soy escritor, pero creo que es mejor vivir el hoy a desperdiciar el momento con dudas y preguntas.

—Buenas tardes. Ya veo que hablo muy alto. Me llamo Izaro y, ¿tú eres?

—Un maleducado metomentodo y cotilla. Perdona por no haberme presentado, mi nombre es Germán. Izaro es un nombre precioso. Nunca lo había oído como nombre de mujer, solo como el de la productora de cine.

—Mis padres son aficionados al séptimo arte.

—Ya veo.

—¿Quieres unirme a nosotras y debatir sobre mi nuevo proyecto literario? El punto de vista de un hombre me vendría bien. Estoy varada en una parte de la historia y Adriana —así se llama mi amiga— no me está ayudando a salir del atolladero.

—Lo haré encantado si me permitís que os invite. Estoy esperando a un amigo, ¿os importa que también comparta esta tarde con vosotras?

Y así comenzó su historia. La vida, como solía decir Germán, es todo un misterio. Una decisión, tomar una dirección u otra, un autobús o el siguiente y nuestro futuro es otro. Como descubriría días más tarde Germán, Izaro había cambiado la fecha de su cita con su amiga y también el lugar, por puro azar, al igual que lo hizo él con su amigo, un compañero del colegio en el que trabajaba como profesor de educación primaria y también maestro. Era cuestión del destino, pensó en aquel momento mientras la abrazaba, que tuvieran que encontrarse.

Izaro se aferraba al pasado aún, con un peso de miedo en su caminar, consecuencia de dos divorcios que la habían llevado a sentir cierto recelo respecto al sexo masculino. Aun así, era una mujer abierta y decidida que aún creía en el amor.

Su primer marido se llamaba Carlos y era un hombre celoso y posesivo, hasta el punto de anularla como mujer. Cuando recordaba los tiempos de felicidad vivida con anterioridad a su matrimonio y, sobre todo, los veranos en la costa, rememorando su mar Mediterráneo, tenía fuerza y ganas de vivir el resto del año, alimentada por esos recuerdos estivales.

Evocaba cuánto amó a Carlos, a pesar de que, poco después de casarse, salió a la superficie su naturaleza controladora. Los primeros veranos junto al mar, traían a su cabeza recuerdos maravillosos. Paseos junto a la orilla, visitas a los mercadillos, olores y sabores, amor, noches de pasión y deseo. Algún episodio de celos infundados, pero poco más. Cuando eso sucedía, Izaro se decía que era porque Carlos la amaba demasiado... Después se casaron y él se mostró huraño y posesivo, cada vez en mayor medida. Y así fue como el mar dejó de ser su mar.

Sucedió de pronto, de un verano a otro. Aquel primer día de playa corrió al encuentro de las olas, poco después de cambiarse de bikini y ponerse uno más discreto, ya que Carlos había recriminado que el que llevaba no era apropiado para una mujer casada.

Chapoteó en el agua, se zambulló y nadó unos metros. Su marido observaba desde la orilla. Mecida por el oleaje, Izaro se dejó llevar. Aquel primer día de playa, tras salir del agua, comenzó a sentirse mal. Su piel estaba irritada. El calor la sofocaba y creyó que iba a desvanecerse.

Carlos la llevó a urgencias con una fuerte erupción cutánea por el pecho, cuello, hombros y rostro. Curiosamente, solo esas partes de su cuerpo mostraban claros signos de algún tipo de alergia. Había contraído una alergia al agua de mar, según del diagnóstico del médico que la atendió. El sol también dejó de ser su aliado. Sal y sol se convirtieron en sus enemigos. El resto del verano tuvo que pasarlo mojándose solo hasta la cintura, evitando cualquier salpicadura en cuello, hombros o rostro, procurando alejarse del bullicio y sin poder zambullirse en el agua para nadar.

Una botella de agua dulce la acompañaba siempre por si algún bañista la salpicaba o una ola traicionera le hacía perder el equilibrio y se mojaba. Si eso sucedía, tenía que lavarse con agua dulce para evitar que su piel enrojeciera casi al instante. El salitre del mar se había transformado en ácido para esas partes de su cuerpo. Izaro languideció como consecuencia de su enfermedad y no volvió a mirar el mar con los mismos ojos. Dos años más tarde decidió poner fin a su matrimonio. Se refugió en sus libros y en aquel tiempo nació su afición por escribir.

Un año después de su divorcio conoció a su segundo marido, Pablo. Fue puro azar. Sucedió durante una firma de ejemplares de su primera novela. Él pasaba por ahí, vio el cartel de la presentación y decidió entrar. Nunca había estado en una presentación literaria. Seis meses más tarde se fueron a vivir juntos y poco después, se casaron.

Izaro deseaba ir al mar de viaje de novios, para reencontrarse con su Mediterráneo. No necesitaba de paraísos, pues su paraíso era su marido. Ni siquiera recordó advertirle de su

problema con el agua salada, aunque sí llevó su botella de agua dulce. Al llegar a la orilla, Pablo cogió su mano y corrió con ella, adentrándose en el mar. Trató de soltarse, gritó y suplicó que se detuvieran. El agua sobrepasaba su cintura. Su marido rió y pensó que ella jugaba. Una ola rompió en sus cuerpos y les hundió hasta la cabeza. Al salir, su marido observó el rostro asustado de Izaro. Ella se soltó de su mano y corrió a la orilla. Él corrió tras ella, la cogió de la cintura antes de que pudiera llegar a la orilla y le preguntó qué sucedía. Izaro le contó lo de su alergia al agua de mar y él se sorprendió.

—¿Qué alergia, cariño? Tu rostro está perfecto. ¿Te pica?
Yo no veo urticaria alguna.

Izaro se tocó la cara y ya, bajo la sombrilla, busco un espejo de bolsillo y se miró. En efecto, su piel no mostraba signo alguno de alergia. No necesitó agua dulce para lavarse. El mar volvía a ser su mar.

—¡Estoy curada, Pablo! —gritó. Su marido hizo un gesto con la mano para silenciarla y sonrió.
—Tal vez no era alergia al mar, sino a tu primer marido. ¿La has tenido siempre? Y, es curioso, la irritación no te salía en todo el cuerpo. ¿De verdad los médicos lo achacaban al salitre del agua del mar? Porque estás empapada de los pies a la cabeza y no te ha salido ni una roncha.

Izaro reflexionó. Miró a Pablo y volvió a contemplarse en el espejo. Ni rastro de manchas de quemazón ni molestia alguna. Realmente, pensó, estaba curada.

Esa noche hizo apasionadamente el amor con Pablo, pues ella amaba así, con una pasión de acabarse el mundo. Al despuntar el alba, se despertó con los rayos del sol cubriendo su rostro y los brazos de su marido, rodeando su cuerpo desnudo.

Se duchó, se puso un bikini espectacular y se dirigió al encuentro de su amado mar. Observó las olas parir espuma en la orilla, el sol despuntar generoso en el horizonte y el sonido de mil caracolas imaginarias chocar contra sus pies descalzos. Corrió mar adentro. Solos ella y él. Gritó su nombre varias veces, Izaro, Izaro, Izaro, y al fin se zambulló en el agua. Las crestas de espuma le devolvieron su nombre con forma de rugido. Cuando emergió, estaba más viva que nunca.

—No eras tú, mi mar, el que me enfermó, sino Carlos al oprimirme e impedirme ser yo. Y ahora el amor me devuelve a ti.

De nuevo en la habitación del hotel, despertó a su marido con un beso.

—Gracias.
—¿Eh?
—Me devolviste el mar.
—No te entiendo, nena.
—No hay nada que entender. Simplemente, eso, que me lo trajiste de nuevo. Gracias —repitió—, este es mi regalo.

Y le entregó su cuerpo, salado como el mar. Se amaron de nuevo hasta que el sol coronó el día en lo más alto del cielo. Mientras tanto, las olas aún bramaban su nombre: Izaro.

Su felicidad duró apenas año y medio, justo el tiempo en

que el desamor llegó en forma de intentos fallidos de paternidad y desencuentros de pareja como consecuencia de estos.

Pablo se volvió callado y taciturno y acabó reprochándole su imposibilidad de concebir como si ella fuera la responsable de su infertilidad y no la naturaleza. El hastío se instaló en sus vidas y el amor se secó como lo hace una planta a la que no se riega, comentó Izaro a sus amigas cuando desnudó su corazón para liberarse de su propia frustración.

En el verano de dos mil trece, el mar devolvió a Izaro a la triste realidad. De nuevo enfermó. Las olas envolvieron su piel en un fuego punzante de mil alfileres y, al regresar a la orilla, donde Pablo esperaba con aire serio e indiferente, comenzó a llorar, disimulando su dolor de la mejor manera que pudo.

El sonido de las olas golpeando la orilla, acalló su congoja y él nunca supo que su mujer acababa de confirmar lo que su corazón sabía desde hacía tiempo. Cogió una botella de agua dulce y, dando la espalda a Pablo, la vertió sobre su cara, aliviando la quemazón que sentía. No volvió a meterse en el mar en todo el verano. Tampoco volvió a hacer el amor con su marido.

Al llegar a Madrid, le comunicó su decisión de terminar con su matrimonio. Con el comienzo del invierno, recuperó su libertad.

Poco tiempo después retomó la escritura y comenzó a sumergirse en las páginas de una novela como quien se sumerge en las dulces aguas de un lago claro y paradisíaco.

El proceso creativo relajaba su cabeza y le proporcionaba una cierta paz interior. Sin intención alguna de buscar la felicidad en brazos de un hombre, sino en ella misma, decidió escribir aquella obra que, además de su proyecto vital, suponía una vía de escape

Se planteó así que el arcoíris, como llamaba metafóricamente a la felicidad, debía regresar a su vida y pensó que las letras eran una forma como otra cualquiera de pintarlo. Y, cuando había llegado a aquel punto de su planteamiento, Germán vino a Izaro sin previo aviso y dio la vuelta como un calcetín ese mundo que había creado a golpe de teclado. Aquel hombre apasionado supuso un soplo inesperado de aire fresco a su rutina.

—Sin quererlo ni pretenderlo, te amo —confesó a Germán mientras acariciaba su rostro.

Lentamente su mano bajó hasta su sexo erecto. Entregados a los besos y caricias, hicieron el amor hasta que despuntó el alba.

Planearon su primer viaje, llenando la mesa del salón del apartamento de Izaro de guías varias de destinos exóticos, clásicos y escapadas románticas de fin de semana.

Germán no podía disimular su ilusión por compartir con ella aquel proyecto que para él suponía un paso adelante en su relación. Pasar unos días juntos, para conocerse más era algo que llenaba su cabeza de ilusión.

—Si nos divertimos compartiendo estos días, te pediré que compartamos el resto de nuestras vidas — comentó mientras echaba un vistazo al catálogo de destinos exóticos.

—Si todo sale bien...

Izaro dirigió su mirada al mueble del salón. En una estantería, un tarro de mermelada contenía arena blanca de playa. Escrito en él con laca de bombillas, las palabras «días felices» la llamaron como el canto de una sirena.

—Deseo que vayamos al Mediterráneo. ¿Nos vamos a Alicante?

—¿A Alicante? ¿Nuestro primer viaje juntos y eliges Alicante como destino? Si me dices que quieres ir a Benidorm, me matas.

—Elige un pueblo de Alicante, cualquiera que sea costero, da igual, lo dejo a tu elección pero que sea de Alicante.

—Guardamar. De pequeño solía veranear con mis padres en Guardamar. Izaro, tengo que confesarte una cosa —comentó Germán, nervioso, cambiando de tema—. El otro día, cuando me dijiste que me querías, nada respondí y no te enfadaste, lo cual fue un alivio. Creí que necesitabas una reacción por mi parte ante aquella confesión pero, por el contrario, tu respuesta a mi silencio fue pedirme que te hiciera el amor. Tengo algo que decirte respecto a aquella noche, algo que jamás he dicho a ninguna mujer hasta ahora. Hace meses en el colegio hicimos una excursión a un jardín sensitivo.

—¿Un jardín sensitivo? Jamás oí hablar de un jardín sensitivo. ¿Qué es?

—Es un jardín como cualquier otro, con la única diferencia de que sus visitantes lo perciben con todos los sentidos menos con la vista, dado que al comenzar la visita, les tapan los ojos. De ese modo percibes con el tacto la fragilidad de los pétalos de las flores, su textura aterciopelada, los nudos de los troncos de los árboles, los nervios abultados de las hojas, el volumen y consistencia de las plantas crasas. Percibes también mil sensaciones olfativas: el perfume de las flores, de las plantas aromáticas como el tomillo, la lavanda, el romero, la menta y la hierbabuena, el frescor de las coníferas y toda la mezcla de aromas tan variopintos que se agolpan en el aire gracias a la suave brisa. Sientes incluso con el oído, escuchas al jardín. Porque el jardín te habla, te cuenta su historia a través de los sonidos que trae el viento al agitar las copas de los árboles o mediante los trinos de los pájaros que habitan en sus ramas. El jardín canta, habla, tararea, silba... Está vivo, Izaro.

»Visitar aquel jardín sensitivo fue una experiencia maravillosa. ¿Y sabes una cosa? He descubierto que tú eres mi jardín sensitivo, aquel que deseo sentir siempre, visitar todos los días y disfrutar sin pensar en el tiempo. Tú, Izaro, eres ese jardín.

Una semana más tarde, con una sola maleta para los dos, partieron con destino al mar.

Izaro contempló el horizonte. El sol, una enorme bola anaranjada, titilaba ante sus ojos. Hacía tiempo que no se sentía tan nerviosa y, a la vez, tan ilusionada. Lentamente, este se fue escondiendo bajo el mar para anunciar la llegada del ocaso.

El cielo comenzó a oscurecerse y se fue adornando con miles de estrellas. La luna llena compartió por un momento el reinado del sol que, como cada día, llegaba a su fin.

Minutos más tarde, su plateada luz llenó de claridad la noche. El mar bramaba y la espuma blanca rozó los pies de ambos. A su lado, él sonreía, mientras contemplaban las olas romper en la orilla.

—¡Venga, nena, vamos a bañarnos! ¡El agua está estupenda, se nota tibia bajo nuestros pies!

Germán se quitó la ropa, la dejó en la arena y esperó a que ella hiciera lo mismo. Por un momento Izaro titubeó. Después se la quitó y la dejó al lado de la de Germán, adentrándose con él en el mar.

Cuando el agua le llegaba a la cintura, Germán la tomó en brazos y, sin tiempo para advertirle,

la tiró de golpe, haciendo que Izaro se hundiera por completo en el agua.

Cuando emergió, comenzó a tirar agua a Germán, quien, divertido, hizo lo mismo. Finalmente volvió a zambullirse y cuando salió a la superficie, lanzó un chorro de agua por su boca que impactó en el rostro de Germán.

—Quieres jugar, ¿eh? Voy a por ti, nena —gritó mientras cogía a Izaro y la empujaba de nuevo bajo el agua, sumergiéndose con ella.

Con los ojos abiertos tomó su rostro con ambas manos y besó a Izaro. El zumbido del agua en sus oídos, le recordó que estaba en el mundo. Ese sonido era, lo único que le recordaba que no flotaba, pues con ella se sentía siempre en una nube. Cuando emergieron de nuevo, Germán continuó besándola. Sus labios habían adquirido el sabor salado del mar. Ya en la orilla, se sentaron en la arena y siguieron contemplando el cielo. Ella miró a Germán y sonrió.

—Acabo de descubrir una cosa, igual que tú lo hiciste el otro día, cuando me contaste tu excursión al jardín sensitivo, que yo era como ese jardín para ti.

—¿El qué?

—No vas a entenderlo, Germán. Pero lo que voy a decirte quizás sea lo más maravilloso que jamás te hayan dicho, como lo fue para mí que me compararas con ese jardín sensitivo. Debo confesarte que, hasta ahora, he tenido miedo de sentir, miedo de equivocarme, miedo de que las cosas terminaran. Acabo de comprender que no hay que tener miedo a sentir, equivocarse o a que una historia se termine, ya que todo es aprendizaje y todo sirve para madurar.

»Y lo he descubierto con este bautismo salado y al apercibirme de que no he traído mi botella de agua dulce. No la necesitaba, nunca me hizo falta. Si mi piel ardía o estaba en calma, no era por los demás sino por mí. No pongas esa cara, cariño, tengo razones para sonreír, pase lo que pase de aquí a un par de minutos... Sería complicado de explicar y no merece la pena hacerlo, ya que te confundiría aún más. Nada ni nadie puede curarme, solo yo misma con un cambio de actitud. No hay personas que curen, es uno mismo quien sana sus heridas. Me da igual si estoy enferma o si no y me dan igual mis miedos e inseguridades, porque nada de eso importa, solo importamos tú y yo. Tú eres mi botella de agua dulce, pese a lo que pueda suceder ahora. Yo soy tu jardín sensitivo y tú para mí, esa botella que hoy, olvidé traer.

LA SERVILLETA DE PAPEL

Un hombre elegantemente vestido está sentado en una cafetería mientras escribe en una servilleta de papel. A su gesto de llamada, mano alzada e índice estirado, la camarera se acerca con una amable sonrisa en la cara. Toma nota de su pedido y, mientras lo hace, mira con disimulo lo que el hombre ha escrito en la servilleta. La vista no le alcanza a leer más que un par de palabras: olvido y amor, pero ve perfectamente los pequeños dibujos que ha hecho alrededor de la servilleta. Algunos de ellos parecen haber sido realizados con trazos firmes, otros inseguros.

Piensa la camarera, mientras anota en su libreta que el caballero tomará un café americano y un trozo de bizcocho de crema y merengue, que cada uno de aquellos pequeños dibujos que enmarcan la servilleta parecen estar esbozados por una persona distinta: un corazón, el rostro difuminado de una mujer, signos matemáticos, un sol que trata de zafarse del abrazo de nubes plomizas... El corazón está perfectamente delimitado y con todo detalle. No es un corazón de esos que cualquiera dibuja cuando está enamorado. Es un corazón real, con sus venas y arterias, tan real que parece que fuera a palpitar de un momento a otro, traspasando sus latidos el fino papel de la servilleta.

Se da cuenta, al pasar esos pensamientos por su cabeza, de que ha dejado de curiosear con disimulo lo que el hombre ha dibujado. Se ruboriza al comprobar que la mira fijamente. No hay gesto que haga deducir a la joven que está molesto por su curiosidad, pero aún sin percibirla en él, se disculpa y se retira, aún azarada.

Poco después regresa con el pedido y lo deposita en la mesa con delicadeza. El hombre contempla el plato con el dulce y sonrío. Ha añadido un bombón en el platillo del bizcocho y dos azucarillos en el plato del café, algo que no ha observado que haya hecho con el caballero de la mesa de al lado, al que ha servido lo mismo, apenas diez minutos antes. Luego clava su mirada en la camarera, comprobando que el rubor de hace un momento ha desaparecido para volver a su rostro una agradable sonrisa.

La mujer es atractiva, piensa el hombre, y la sonrisa de este se vuelve amplia y luminosa. Deja el bolígrafo y da por concluidos los garabatos que estaba haciendo en la servilleta. Mentalmente y con rapidez, calcula que la camarera podría tener unos treinta y cinco años. Tiene una belleza serena, ojos verdes y grandes, labios carnosos que ha agrandado ligeramente gracias al mágico efecto de un *gloss* rosa claro y lleva un sutil toque de maquillaje en su rostro. Una nariz casi perfecta corona un rostro hermoso. Sí, piensa el hombre, es muy atractiva y no parece que ella se dé cuenta de su belleza.

La camarera nota que se ruboriza de nuevo y se pregunta por qué motivo vuelve a hacerlo. Se toca el cabello en un gesto nervioso y se pasa un mechón detrás de la oreja. Sin querer, baja la vista para evitar el contacto directo con los ojos del hombre y vuelve a mirar la servilleta. Parece que ha escrito un poema. Un corazón palpitante, que quisiera salirse del papel y tinta negra que sangra por los bordes de la servilleta.

Siente la joven que el corazón es el de ese hombre y que los versos escritos en la servilleta son para una mujer lejana. Se inventa una historia, tan breve como lo son los segundos que permanece de pie, al lado de la mesa y de ese extraño que la examina sin disimulo. La mujer a la que va destinado el poema y los garabatos, sin duda es un antiguo amor que se llevó el corazón latente. El

hombre llora sin lágrimas, pues no tiene corazón que las fabrique.

La camarera sale de su ensoñación cuando el caballero le da las gracias y sonríe de nuevo. La mujer se aleja aunque en el fondo no quiere marcharse, llevada por un deseo incontenible de preguntar el nombre de aquella que le ha robado el corazón. Una mujer bellísima, piensa al observar de nuevo el rostro femenino dibujado en la servilleta. En otra mesa alguien levanta la mano para ser atendido. El momento mágico ha finalizado.

La cafetería se llena en un segundo. Los pedidos se amontonan. La camarera no da más de sí y sus compañeros tampoco. Una pareja en la mesa de al lado del caballero poeta reclama su atención. Cuando atiende su pedido, mira al hombre y este, que continúa dibujando en su servilleta —toda ella está ahora garabateada y apenas queda un trozo en blanco por usar—, alza la vista y sus miradas se cruzan. Sonríe y la mujer también lo hace, esta vez sin rubor.

Cuando regresa para llevar las consumiciones de la pareja, el caballero se ha marchado ya, dejando encima de la mesa la servilleta garabateada. La mujer recoge la mesa y la guarda cuidadosamente en el bolsillo de su uniforme. El deseo por que la larga jornada finalice se acrecienta en esta ocasión, pues quiere llegar a casa para descubrir lo que escribió.

Ya de vuelta a su domicilio, la camarera recuerda los rasgos de aquel desconocido. No es un cliente habitual de la cafetería, nunca lo había visto antes por allí. Es uno de tantos clientes de paso que entran para tomar algo y nunca vuelven. Los asiduos tienen su mesa fija y lo que consumen suele ser siempre lo mismo. Incluso su horario es también algo rutinario.

Cuando piensa en el poeta recuerda sus rasgos. Atractivo, maduro, elegante. *«Trabaja en una oficina y esa tarde ha entrado en una cafetería en la que nunca había estado. ¿Por qué motivo? Tenía una cita, tal vez para despedirse, pero no ha habido tal encuentro porque la mujer cuyo rostro ha dibujado en la servilleta no ha sido capaz de decir adiós mirándolo a los ojos».*

«Decir adiós», añade en un susurro, como si se lo contara a una persona imaginaria, *«¿qué mujer diría adiós a un hombre como ese...?»*. Recuerda entonces la última vez que sufrió la bofetada de un adiós y suspira.

Se desnuda, saca la servilleta del bolsillo del uniforme y la deja encima de la mesilla. Aunque está ansiosa por leer ese trozo de papel, también tiene miedo pues intuye que, si lo hace, estará desnudando el alma de aquel hombre al que ha visto esa tarde por primera y, tal vez, única vez.

Se ducha, busca en la nevera algo para cenar y se sienta cómodamente en el sofá, dispuesta al fin a descubrir algo más de ese extraño que la ha cautivado en lo más hondo.

Hacía tanto tiempo que eso no sucedía, que no mostraba interés por los hombres, que no dejaba que nadie entrara en mi burbuja. Este desconocido... *«Habrà sido esa servilleta, su sonrisa, el dibujo del corazón, el de esa mujer, imaginar una historia, hacerme soñar... Necesito definitivamente eso, soñar»*, se dice, con la servilleta en la mano. La deja en la mesita del salón, coge el sándwich que se ha preparado y comienza su lectura.

*No era la luna que descubrimos,
no era esa noche en que hicimos el amor,
no era nada de eso que todos dicen
que se siente cuando se ama a alguien.
Tal vez fue el olvido de los malos recuerdos,
las máscaras que mutuamente nos quitamos,
los ríos salados que dejamos aparcados en
un lugar remoto de nuestro corazón.*

*Te recuerdo,
te añoro aún sin haberte ido, mujer.
Te extraño, te pienso, te amo
aún sabiendo que hoy te marcharás,
inevitablemente.
No veo el momento de decirte que te quise,
que desespero por no habértelo dicho,
que me queman las lágrimas en el pecho,
esas que no verteré,
pero que devoraré para no lastimarte más.
¿Qué sentido tiene ahora reprocharme,
qué sentido tiene malgastar el tiempo
en pensar qué debí decir y no dije?
Hoy me lamento, mas pasará.
Te irás hoy,
aunque sé que ya hace tiempo que te fuiste.
Y sabiendo que esto es amar,
y sabiendo que de nada sirve ahora descubrirlo,
lo grito sin palabras, ahora...*

La camarera contempla el retrato de la mujer dibujado en la servilleta. Ha sido enmarcado entre líneas que el hombre ha trazado apretando tanto el bolígrafo sobre el papel, que esta se ha rasgado ligeramente.

Relee el poema, mira el corazón que sangra y descubre que, en el extremo derecho de la servilleta y con letras muy pequeñas, ha escrito un nombre de mujer: Laura. Se queda atónita, deja el sándwich sobre la mesa y, al cabo de un minuto, acierta a hacer una mueca, a modo de sonrisa. Casualmente, ella también se llama Laura.

Ha pasado una semana y el desconocido y elegante poeta no ha vuelto a aparecer. Laura se pregunta por qué se siente tan abatida cuando piensa en el caballero de la servilleta, quien seguramente no volverá a la cafetería, no verá más y será un recuerdo convertido en fino papel garabateado.

Guarda esa servilleta en su cajita de cosas importantes, como ella llama a una caja de cartón con motivos florales que alberga parte de sus recuerdos: cartas amarillentas de antiguos novios, postales de viajes pasados, fotografías de momentos que se hicieron inolvidables y tapones de corcho de botellas con las que se celebraron acontecimientos memorables.

Tantos y tantos recuerdos viven en esos objetos cuidadosamente atesorados en su caja de cartón que, desde hace una semana, también guarda una servilleta de papel con unos versos, un corazón y un rostro de mujer desdibujado.

Laura tenía que librar hoy. Es domingo y esperaba este día con ganas. Está cansada de trabajar

y también de vivir de recuerdos. Ese hombre y su servilleta... Sin embargo, su compañera le ha pedido el favor de cambiar su día de libranza y no puede negarse. Miriam es, además de compañera de trabajo, una buena amiga.

Llega a la cafetería sin muchas ganas de empezar a trabajar pero, al cabo de una hora ya está cargada de energía. Sirve las mesas con celeridad, con una sonrisa sincera en los labios y repartiendo un poco de su corazón con cada taza de café que sirve, con cada trozo de bizcocho que entrega a los clientes o con cada *cupcake*.

Piensa que cualquier empleo puede ser maravilloso si se realiza con ilusión y optimismo. Laura es una mujer optimista por naturaleza y siempre se dice que, pese a los muchos fracasos sentimentales que ha vivido en los últimos seis años, la vida debe verse con ojos enamorados.

De todo se aprende si uno utiliza lo aprendido para sonreír, se dice mientras sirve un café cortado y una napolitana de crema al solitario caballero que habitualmente se sienta en una de las mesas que dan a los ventanales.

Al servir su siguiente pedido se queda paralizada en medio del salón. Ocupando la misma mesa de la pasada semana, el hombre de la servilleta ha regresado. Laura siente que las piernas le flojean. Las manos le tiemblan y la bandeja está a punto de caérsele.

Inspira y comienza a caminar en dirección a la mesa donde se dirigía. Entrega las consumiciones y se acerca a la del «*garabateador*» de servilletas. Con gesto amable se dirige a él y pregunta qué desea tomar. El hombre la mira, sonríe y pide un capuchino y un trozo de bizcocho casero. Tiene un bolígrafo en la mano y escribe en una servilleta.

Laura siente curiosidad, pero necesita decelerar su corazón que late a toda velocidad. El hombre nota su evidente nerviosismo y añade en tono jocoso que traiga también una tila para ella. Laura se ruboriza, sonríe y se marcha.

Al poco llega con el café y el bizcocho. Ha añadido, como la vez anterior, una chocolatina y dos sobres de azúcar. El hombre deja el bolígrafo en la mesa, la mira y vuelve a sonreír.

Ha escrito algo en la servilleta, aunque ya no hay ningún corazón ni rostro de mujer. «*Tal vez*», piensa Laura, «*es pronto. Si permanece más tiempo en la cafetería, seguro que dibujará a ese amor del pasado. Y los versos son para ella. Recuerdos, anhelos, dolor. Parte de ellos los tengo ahora yo, en mi cajita, contenidos en esa servilleta. Me gustaría saber tu nombre. Me siento un tanto estúpida imaginando que te llamas Carlos. Así se llamaba mi primer novio. No sé por qué he pensado que ese podría ser tu nombre, aunque..., bueno..., ella se llamaba Laura, como yo...*».

Laura se mueve por las mesas, apunta los pedidos, entrega, cobra y retira lo servido cuando acaban los clientes. De vez en cuando, con disimulo, se acerca a la mesa del poeta y curioseá la servilleta. Dibujos de notas musicales, frases con una caligrafía ordenada y perfectamente legible.

Parece que ha trazado las líneas con regla. Aquello ya le llamó la atención en la otra servilleta. Pese a los rasgos marcados y los trazos firmes, en aquella ocasión se fijó más en los dibujos. Ahora apenas ha dibujado ni ha escrito signos matemáticos. Hay más frases. «*¿Más alma, tal vez?*», se pregunta Laura.

Cuando se percata de que ha permanecido demasiado tiempo cerca de la mesa, se marcha. No ha sido capaz de mirarlo a los ojos, se ha centrado solo en la servilleta. «*Si me sumerjo en ellos, me perderé definitivamente. Mejor no tentar a la suerte. Esto es un papel, una simple servilleta y tú, querida mía, estás soñando demasiado por hoy...*».

Más tarde regresa a la mesa y el poeta se ha marchado ya. La sonrisa de Laura desaparece de su rostro, pero vuelve enseguida cuando descubre que ha dejado una servilleta garabateada

encima de la mesa. La coge impaciente y la lee de pie, sin aguardar siquiera a llegar a su casa.

Vivía en el ayer,
en el mar de sombras,
en el recuerdo de silencios,
de preguntas sin respuesta,
de ríos de lágrimas.
Creí que solo sería ella y
ninguna más,
Ella era una, mía, única,
todo,
yo...
Me equivocaba.
Hoy huele a café,
a hogar,
a presente.
Estoy lejos de los árboles,
de la hierba,
de las montañas,
de los ríos y veredas,
pero hace unos días
este rincón me devolvió
toda esa paz.
Y hoy huele aún más
a todos los aromas que perdí.
¿No lo notas?
Huele a hoy,
a ti,
a mí,
a nosotros,
a esperanza.
No voy a tocarte,
aunque desee hacerlo,
No voy a contarte,
pues creo que todo lo sabes.
Pasará el tiempo
y llegará el día.
¿No lo notas?
Será el hoy,
azul, inmenso,
eclipsando el cielo.
Y seremos tú y yo.
Espérame, aún estoy curándome.
Dame un poco más de ti,
de tu sonrisa,

solo eso te pido
y prometo que cicatrizaré.
Aún necesito un minuto más,
un segundo más,
unas servilletas más...

Laura saborea un delicioso pedazo de tarta de arándanos. Lo paladea, lo degusta y hasta se relame. No toma dulces desde que le confirmaron su estado. Miriam llega con un cacao humeante, el segundo de la tarde y se para un minuto para conversar con su amiga. Comentan algo y enseguida se marcha para continuar atendiendo las mesas de la cafetería. Laura ya no trabaja allí, dejó de hacerlo hará más de seis meses, pero suele ir de vez en cuando para merendar y charlar con Miriam. Incluso a veces salen juntas. *«Es agradable conservar una amistad»*. Ahora trabaja en una oficina y su horario es, comparado con el que tenía en la cafetería, fabuloso.

Libra todos los fines de semana, lo cual le permite tener más tiempo de ocio. Se ha mudado a casa de Adrián hace poco más de seis meses y, a pesar del poco tiempo transcurrido, se ha adaptado al cambio sin problema.

Ha traído de su casa una butaca que heredó de su abuela y que ha tapizado para que no desentone con el estilo minimalista de la vivienda. No ha añadido más piezas al mobiliario porque le gusta como está. Además de esa butaca, llegó con sus colecciones de libros, su música y su caja floreada, repleta de recuerdos. A Adrián le han gustado esos pequeños detalles, pero no le hubiera importado redecorarla a gusto de Laura. *«A fin de cuentas»*, comentó cuando ella se mudó, *«una casa no son cuatro paredes sino las personas que la habitan. Si quieres redecorarla, hazlo sin ningún miramiento. Mi hogar ahora eres tú»*.

—Adrián se retrasa —comenta Miriam cuando regresa para charlar otro minuto con Laura.

—Supongo que son muchas cosas las que tiene que aclarar.

—Estará ilusionado.

—Imagínate. Su primera publicación. Un libro de poemas. Y lo va a sacar una editorial de prestigio. Un sueño convertido en realidad.

—El sueño eres tú y ese canijo que llevas ahí dentro. Apenas se te nota. ¿De cuánto dijiste que estás?

—Tres meses. Es normal que no se note cuando es el primero. Además, me cuido mucho, no quiero ponerme como una foca.

—¡Una foca tú que estás tan delgada!

—Mi madre engordó quince kilos conmigo y dieciocho con mi hermano. Me cuido por si el mal de las ballenas se hereda.

Laura sonríe. Brilla como si estuviera bañada en luz de estrellas. Eso es lo que le dice Adrián: *«resplandesces como el sol y todas las estrellas del firmamento»*. Laura se ríe cuando se lo dice, que es a menudo. *«Definitivamente, Adrián tiene alma de poeta»*.

Al cabo de un rato, Adrián entra por la puerta, mira hacia su mesa habitual y se dirige al encuentro de su mujer. Está contento y no para de sonreír. La aborda con un beso de película, que deja a Laura sin respiración.

- ¡Se te ve feliz!
- Pero no más de lo que estoy desde hace tiempo, sonrío por verte. ¿Tarta de arándanos?
- Divina. ¿Quieres un trocito?
- Que sean dos. Esto hay que celebrarlo con doble ración de tarta y después...

Adrián sonrío con malicia y ella sabe a qué se refiere. Le encanta su marido y le encantan los «después».

- ¿Cuándo se publica? ¿Te han dicho ya algo?
- El mes que viene. Quieren que realice presentaciones por toda España. Me alegro de tener un trabajo liberal. Viajaré mucho en los próximos meses.
- Intentaré acompañarte.
- Habrá muchas en fin de semana. Será estupendo. Aunque en unos meses...
- Estoy embarazada, no enferma, Adrián.
- Embarazada y muy guapa.
- Te obligaré a repetir eso cuando no pueda verme las puntas de los pies.

Laura sonrío, coge a Adrián por la corbata y lo acerca a ella sutilmente. Estampa un beso en sus labios y cuando se separan, él conserva una sonrisa pícara en ellos.

Ya en casa, no esperan a la noche para hacer el amor. Adrián besa su cuerpo sin dejar un solo centímetro de piel sin cubrir. Mientras lo hace, ella siente que su marido le desnuda el alma y vuelven a su mente imágenes muy recientes.

Ha pasado un año y medio desde que lo conoció y mientras se aman, en la penumbra de una habitación totalmente blanca y entre caricias y gemidos, recuerda cómo Adrián dejó también su alma al descubierto desde el primer día. Jamás nadie fue tan valiente y a la vez tan vulnerable como lo fue él. Es justo que ella le corresponda todos los días, piensa Laura mientras le devuelve sus caricias y se entrega. Un deseo irrefrenable inunda sus cuerpos. Delirio.

El alba despunta. Fin de semana cargado de horas por vivir. Laura se despereza, se levanta y mira por la ventana. La abre y la habitación se inunda del olor a hierba fresca y jazmín. Adrián se gira e, instintivamente, ocupa más espacio en la cama. Ella sonrío y se dirige a la cocina. Vuelve a desperezarse, bosteza y se dispone a preparar café. Mientras espera a que la cafetera con su peculiar sonido, anuncie que está listo, va al salón a por un mantel limpio. Encima del mueble ve su caja de flores. La coge y la abre. En un sobre, varias servilletas un tanto amarillentas ya, están cuidadosamente guardadas. «*Pedacitos de ti*», se dice con una sonrisa en los labios. Las dispone encima de la mesa pequeña y busca una en concreto. Toca suavemente la servilleta, escrita hasta por las esquinas con una letra diminuta y lee en voz alta.

«Buenas tardes, mi nombre es Adrián.»

No encuentro mejor manera de presentarme que mediante este modo tan peculiar que se ha convertido en habitual entre nosotros. He descubierto que te quiero. Pensarás que estoy loco y tal vez lo esté un poco, pero te juro que hoy estoy totalmente cuerdo, más quizás que en toda mi vida, y es por eso por lo que tengo que dar este paso. No puedo estar un minuto más sin tocarte.

Llevo viniendo a esta cafetería desde hace dos meses. Entré por casualidad y esa casualidad me llevó a ti e hizo que, servilleta tras servilleta, encontrara mis pedazos. Hoy te dibujo y me armo de valor para hablarte a mi manera, en pedazos de papel garabateado. Hoy también dibujo un corazón. Hacía tiempo que no dibujaba corazones. Como has podido comprobar, mis

corazones no son como los que dibujaría cualquier enamorado. Será porque soy un tanto peculiar ya que creo en el amor y en sus maravillosas casualidades. Espero que tú seas también un tanto loca, un tanto cuerda cuando se necesita serlo y un tanto valiente como yo, que me atrevo a abordarte por medio de una servilleta de papel.

Ha llegado el momento de dejarme de servilletas y dar paso a NOSOTROS. Te invito a cenar mañana (me he informado de que libras). Te recogeré en la puerta de nuestra cafetería a las ocho.

Adrián.

PD: ¡Me he quedado sin servilleta!»

Laura mira el dibujo de un rostro de mujer dibujado en una esquina del papel y se reconoce en cada trazo. En el retrato sonrío. Tras observarlo con detenimiento, ella también lo hace. Su vida ha cambiado gracias a unas servilletas de papel. En ocasiones la vida te devuelve con creces toda la ilusión y esperanza que depositas en ella. El ruido de la cafetera anuncia que el café está listo. Laura sonrío a la mañana. Está serena, feliz y enamorada.

VERBO

Seré suave primero, incluso dulce. Ya habrá tiempo para ser más duro. Verteré helado de chocolate sobre tu cuerpo desnudo y mi lengua lo recorrerá como si fuera río. En la heladería de la plaza habremos comprado dos cucuruchos y dos cafés con tapa. Cortado yo, para ti con leche. Nos los tomaremos. Todo sin prisa, no la tenemos. Cuando te lama y te lleve al orgasmo, serás al fin consciente de lo que te amo.

Nunca te haré el amor, sé que eso no va contigo, pero te follaré de tal manera que sabrás lo mucho que te quiero. Se derretirá el helado, me suplicarás que pare, que siga, que continúe, que me detenga.

No me tocarás, sufrirás porque no te dejaré hacerlo. Tus manos me buscarán sin encontrarme, ya que una venda cubrirá tus ojos.

Tus orgasmos serán solo míos. Me deleitaré contemplando tus gestos, tu felicidad, tu miedo, tu incredulidad al comprobar que soy real, que existo. Gemirás, gritarás mi nombre. No te taparé la boca, pues no hallaré más placer que oírlo de tus labios.

Helado de chocolate caliente.

Calientes ambos. Y cuando al menos arranque de tu cuerpo mil gemidos y mil veces pronuncies mi nombre y oiga mil «*te quiero*», te diré «*amor, es tu turno. Comienza...*».

QUÉDATE EN MÍ

Sonrío.

Ya no hay cadenas que me retengan aquí, ni muros, ni vallas, ni celdas. Nada. Ahora vuelo libre junto a mi propio ser licuado en cientos de esencias que forman un cúmulo de aromas que jamás había percibido antes. Me regocijo en el perfume de la libertad. Mi olfato se impregna de su olor, mezclado con el almizcle y la miel que desprende mi cuerpo.

He hallado por fin en mí lo que siempre había buscado en otros. Me reconozco y me extraño a un tiempo. Es difícil reencontrarse y aprender a amarse después de tantos años de ausencia. Ahora estoy contemplándome frente al espejo y tocando cada una de las arrugas de mi rostro. Algunas no estaban ayer ahí...

Es curiosa la vida. Nos habla todos los días, pero no prestamos atención a su incorpóreo lenguaje. No la escuchamos porque estamos ocupados en prestar oídos a nosotros mismos. Solo nos importa nuestro propio egoísmo, queremos satisfacer nuestra vanidad, nos encogemos por cobardía, y lloramos por insatisfacción incluso más que por miedo. Conversa con nosotros y, en ocasiones, son solo sonidos en el viento, palabras ajenas que llegan a nosotros por casualidad, notas de un violín en el metro, crujido de hojas secas, latidos del corazón acelerado ante un cruce de miradas...

Me recojo el cabello con una coleta y me maquillo ligeramente, pues hay rubor natural en mis mejillas. No puedo creerlo. Seremos uno hoy. Pero tú conocerás a una mujer nueva y la saludarás como he hecho yo al descubrirme en el espejo hace un momento. Y, sin embargo hoy, tú me verás por primera vez, aunque ya me conoces. Sonreiré sin miedo pues no lo tengo ya. Lo sabes, a pesar de la distancia que nos separa y nos hiere, como daga traidora.

Llamó la vida a nuestra puerta y la dejamos entrar. Para ti fue más sencillo. Quizás tú crees en el destino y yo no, y es por eso que ahora me muestras que labramos nuestra propia historia, cosiéndola a nuestra sombra con puntadas de discursos que la vida pronuncia para que los escuchemos. Solo cuando tenemos la suerte de abrir el corazón, entendemos lo que quiere decirnos. Nos da el hilo y la aguja y nuestra única labor es dar puntadas. Ahora me dirijo a ti, siendo yo misma. Apenas puedo creerlo. Obtendrás de mí, lo que yo perseguí con tanto ahínco y nunca obtuve: mi propio ser sin dudas, sin miedos, sin preguntas. Pues en mí estaba la respuesta a esas dudas, miedos y preguntas. Era yo.

Y ahora me poseerás de nuevo, aunque lo harás por primera vez. Ya no estoy asustada. Aquella que lo estuvo, se fue. Me despedí de esa mujer del espejo esta fría mañana de diciembre. Se quedó al otro lado, diciéndome adiós con la mano. Ella tampoco estaba asustada, pues no tenía sentido estarlo. Vivió y se fue, eso es todo.

Cuando me veas, cuando me cojas de la mano hoy, cuando sonrías y me veas sonreír; no digas nada. Solo aprieta mi mano y llévame contigo. Riamos juntos, contémonos historias, envolvámonos con el calor de nuestros cuerpos. Acaricia mi piel, abrígame, besa mis labios,

susúrrame y yo haré lo mismo. Pero, sobre todo, quédate en mí, mojando mi cuerpo.

UN TIPO CORRIENTEMENTE

ESPECIAL COMO YO

El cielo de Madrid ha despertado de mal humor como yo. Hace semanas que estoy como el cielo, gris oscuro, casi negro. A mi lado, Elisa mal duerme. Está inquieta desde que yo me encuentro así. No me gusta ver cómo no descansa y solo dormita. Da mil vueltas, se agita en la cama, la deshace, deja las sábanas arrugadas a sus pies y se acurruca a causa del frío pero ni se molesta en volver a cubrirse. Se mueve tanto que, aunque la volviese a tapar, perdería el cobijo de la ropa de cama al segundo, así que ni lo intento.

Me preocupa. Toma pastillas para dormir y por eso no se despierta pero su sueño no es reparador. Lo sé porque cuando suena el despertador y se levanta, tiene ojeras marcadas y negruzcas como las de un mapache. Aún así, me parece la mujer más bella del mundo. No porque sea hermosa la amo sino por muchas otras cosas, algunas pequeñas, otras inmensas, otras difíciles de explicar o entender. La amo por ser ella, nada más. Y nada menos. La amo porque sé que vivo en ella y ella lo hace en mí. Cobijada en mis pensamientos diarios y yo en los suyos.

A veces me pregunto qué ha visto en un tipo tan corriente como yo una mujer como ella, tan hermosa, casi etérea. Recuerdo que en una ocasión se lo pregunté y me respondió que estaba equivocado, que no era corriente sino especial y que me amaba precisamente por ser yo. Desde aquel día me digo que soy un hombre corrientemente especial y sonrío cuando pienso en la paradoja de esta definición. Y es que Elisa gusta de las cosas corrientemente especiales como observar un pájaro en una rama, escuchar la brisa primaveral cantar entre los árboles, oler una flor bañada por el rocío de la mañana, comer una rosquilla de limón con un chocolate bien caliente y degustarla como si del mejor manjar se tratara, leer poesía en voz alta, silbar melodías inventadas, bailar desnuda delante de mí, provocarme con un guiño, invitarme a perderme entre los pliegues de su piel, comer pasteles en la cama y contarme lunares bajo mi mirada atenta y febril por el deseo.

Elisa sí es especial.

No tengo idea de por qué yo lo vi y no lo hicieron los hombres que conoció antes que a mí. Todos se fueron, como si me estuvieran dando paso para entrar en su vida, convencidos de que ninguno de ellos la amaría como yo lo hago. Llegué y me quedé, colgado de sus caderas y de sus ojos color miel, como si estuviera escrito por el destino que así fuera. Fuimos letras de una profecía y como hermosa caligrafía nos versamos desde que somos el uno del otro.

Estoy cansado, muy cansado. Y triste, muy triste por verla así. Desearía pedirle perdón por no haberla querido más, amado más, muchas más veces, muchas más horas, días enteros, siglos, la eternidad.

Creo que Madrid está así por nosotros. Lo presiento.

Hoy, encapotado su cielo, negras sus calles, llenas de paraguas y con olor a lluvia, Elisa no ha tenido que levantarse para ir a trabajar pues es sábado. Tampoco ha llamado su hermana por teléfono. Lleva un par de días sin hacerlo. Elisa le ha suplicado que no lo haga tan a menudo, que

está bien, que es fuerte y se repondrá.

Madrid despierta pese a la lluvia y yo veo cómo Elisa también lo hace, con las mismas ojeras de siempre, desde que yo estoy gris y ella parece hacerme compañía en esta oscura tristeza que ha llenado de noche la luz que antes inundaba nuestra casa.

Se ha levantado y ha ido al baño. Yo la sigo, arrastrando los pies. Se contempla en el espejo y llora. Intento que se calme, aunque sé que es inútil pues ya no estoy. Así que solo miro y espero que lo haga dentro de un rato, como siempre viene sucediendo desde que los dos nos hemos convertido en sombras.

Se mete en la ducha y observo cómo el agua caliente acaricia su cuerpo desnudo. Quiero tocarla, besarla, gritar que la amo pero no puedo, ya no puedo, lo sé, lo sé... Cuando sale se enrolla una toalla al cuerpo y con otra se seca el cabello, desempaña el cristal con una mano, se peina y se mira de nuevo en el espejo. Ya no llora, solo se observa.

Luego se viste, va a la cocina y prepara dos tazas de café. Yo no bebo, aunque me encantaría tomarme un café con ella como hacíamos antes. O un chocolate. A Elisa le encanta. Añade nata montada, espolvorea una pizca de cacao y una pequeña nube a la taza. Lo tomamos cuando vemos una película. Hace semanas que no se sienta en el sofá. Hace semanas que no vemos películas y que no tomamos chocolate. Me siento gris y muy triste, pero no por mí sino por ella. Quiero que regrese, que sea de nuevo Elisa, que vuelva a sonreír y vea películas en el sofá con alguien a su lado. Sé que así va a suceder porque en su camino se ha de cruzar sin previo aviso un hombre corrientemente especial como yo. Llegará ese día, Elisa, en que vuelvas a ser tú. No lo dudes, amor. Mientras tanto, yo estaré a tu lado. Prometo dejar de estar gris e impediré que sigas tomando pastillas, lograré que concilies el sueño, que salgas a tomar cafés con tus amigos, que recuperes tu sonrisa, que vivas, que vuelas.

Qué no daría, mi vida, por poder tocarte.

No me gustan los días en que la calzada está mojada y resbaladiza, esos días en que tienes demasiada prisa por llegar a tu destino, en que aprietas el acelerador sin tener en cuenta que alguien te espera en casa, a ti, a un tipo corrientemente especial.

Te juro, mi amor, que volverás a ser tú, aunque para eso tenga que no cruzar ningún túnel, ningún puente o ninguna orilla, aunque tenga que navegar errante por estas cuatro paredes para siempre.

Te juro que volveré a ver brillar tus ojos mientras contemplan extasiados el cielo de Madrid sin una sola nube.

JODIDA MENTE COMPLICADA

¿Tienes pareja en la actualidad?
¿Y tú?
Yo pregunté primero.
Me da lo mismo, contesta. ¿Tienes? ¿La buscas?
Ni tengo, ni busco, me cansé de buscar.

Son las cinco de la mañana y llevo dando vueltas y más vueltas toda la puta noche. «*Me cansé de buscar*» martillea en mis oídos una y otra y otra vez. Es cierto, no he mentido. Me cansé. La vida es una mierda... Las cinco de la mañana, ¡joder! El maldito reloj anunciará a las seis que es hora de abandonar los sueños y yo no he dormido ni un minuto.

«*Me cansé de buscar*».

Sin embargo, sueño con ella y no cuando estoy dormido, sino despierto. En este preciso momento estoy soñando con ella y nuestra conversación de esta tarde no me ha dejado pegar ojo. Imaginarla sonriendo al otro lado del teléfono, tampoco. Seguro que ella está ahora roncando y soñando con los angelitos. Jodida mente complicada...

¿Drogas? ¿Alcohol? ¿Otra mujer?
Juego. Lo perdí todo. Trabajo, casa, amigos, a ella...
Lo siento.
Olvidado está.
Yo quise morirme más de una vez.
¿Un hombre?
Sí, un hombre, aunque después de un tiempo, fui yo..., siempre yo. Jodida mente complicada...
¿Crees que algún día desayunaremos fuera o te lo llevaré a la cama?
Tú y yo jamás desayunaremos juntos.
Me lo temía. Ahora te imagino sonriendo. «Menudo corte le he dado a este tío», pensarás.
No pienso en nada.
No piensas, te gusta conversar.
Cuando no quiero pensar, necesito esa droga. No todos los hombres saben hacerlo. Se creen que nos pueden conquistar con tres palabritas, pero no, no se nos conquista de un modo tan burdo. La palabra atrapa solo si es cuidadosamente escogida. Sí, me gusta conversar.

Otro día sin dormir. La imagino de nuevo. No es deseo. No es nada en realidad. Simplemente la imagino. Supongo que nadie la entiende o que la desean entender muy poco. Me gustaría entenderla, aunque fuera un minuto. Un minuto solo y así, al minuto siguiente, me dormiría...

¿Crees que nos complicamos la vida?

Siempre.

Es más sencilla de lo que la hacemos, ¿verdad?

Piensa un momento en nosotros. Yo quiero que estés feliz y tú quieres serlo. Yo imagino que un hombre te busca en alguna parte y no deseo que te encuentre. Y si no lo hace, no serás feliz, pero yo quiero que lo seas. ¿Complicado? Sí, y además, tremendamente absurdo.

Me esperan, es cierto. Y ahora, sí, soy feliz. Me esperan mis recuerdos, mis cafés, mis fotografías, mis tapitas en el bar, mis niños, me espera alguien especial a quien quiero mucho y, sí, la vida es complicada porque aún así, a veces, quiero que se acabe, necesito que se acabe. Quiero terminar...

Tercera noche sin dormir. No tengo noticias de ella y la extraño.

Quinta noche sin pegar ojo. No contesta a mis *wasaps*. No se conecta en las redes. Sus muros enmudecieron. Hoy no puedo dormir porque no está y recordé sus últimas palabras: «*aun así, a veces, quiero que se acabe, necesito que se acabe. Quiero terminar...*».

OTRA MUJER

La embisto con fuerza. No soy violento follando, pero no puedo hacerlo de otro modo hoy. Es la tercera vez que estoy con Laura. Es muy guapa, el tipo de mujer que me atrae físicamente. Disfruto con sus caderas y me agrada el olor de su piel. Es cariñosa conmigo, me quiere y me deja hacer todo lo que me place, tanto en la cama como fuera de ella. No es especialmente fogosa, aunque no me importa, la hago llegar al orgasmo con facilidad y me complace. No podría pedir más.

Sin embargo, me odio por ello. Llevo un parche en el corazón: una mujer cuyo olor imagino intenso y cuya piel dibujo suave. Por eso me cuesta querer y más aún, amar.

He acabado dentro de Laura y nos hemos tumbado en la cama. Me abraza y vuelve a repetirme lo mucho que me quiere. Está segura de que todo irá bien y yo anhelo creer que será así. Ambos lo deseamos, pero ese olor imaginario y esa piel soñada, me impide amarla. Por eso la embisto, me pego al cuerpo de Laura, me repito que la quiero, incluso se lo digo. Miento.

Pasarán los meses y seguiré con Laura o lo habremos dejado, no quiero pensar en nada más que en hoy y en mi cuerpo amarrado al suyo. Sin embargo, mi balsa está en otro lugar. La piel que añoro está lejos, los labios que ansío los perdí, el sexo que querría lamer, tal vez ya sea de otro hombre.

Acaricio la piel de Laura, beso sus labios y bebo de su húmedo sexo, pero no es eso lo que me colmaría; sino otra piel, otros labios y otro sexo.

Cuando Laura se ha quedado dormida, me he levantado y me he asomado al balcón de la habitación del hotel. Sopla una tenue brisa y mi cuerpo desnudo la agradece.

He pensado en Iris, en qué estará haciendo, en si alguien besa sus labios ahora, acaricia su piel y la ha llevado esta noche al orgasmo. He sentido un escalofrío recorrer mi espalda y me he preguntado por qué no puedo olvidarla. Mi respuesta ha sido: *«no tengo respuesta»*.

El ser humano es incomprensible. Lo tienes todo y buscas más allá. Ojalá Iris me perdona algún día.

Lamento haber sido un canalla...

A LOS PIES DE MI CAMA

Salí de casa para ir al trabajo y volví a verlo. Me miró nervioso, con esos ojos limpios de color caramelo. Cogí las llaves y cerré la cancela. El ruido metálico lo ahuyentó. Hice un gesto, una nueva intención de acercarme a él y tranquilizarlo, el mismo desde hacía algo más de una semana, pero huyó cojeando, como todos los días.

Subí al autobús y recordé su mirada lánguida y escurridiza, sus ojos de cordero degollado, de anhelo de caricias, de miedo y curiosidad mezcladas en un matraz de dudas. Un ligero estremecimiento recorrió mi cuerpo. El conductor me saludó. Todos los días la misma rutina. Sonrisa, buenos días, el mismo asiento, los cascos, la misma música en mi *smartphone* y la misma mujer de mediana edad y cara de amargada que se sube dos paradas después de la mía y siempre se sienta a mi lado. De lunes a sábado. Todos los días lo mismo.

No pensé cuando me levanté aquella mañana que aquel día fuera a ser distinto a los demás y, sin embargo, lo fue nada más comenzar mi periplo de hora y cuarto en transporte público hasta llegar a la oficina.

Miré por la ventana y descubrí una luna inmensa y roja. ¿Dónde se hallaba el sol? Apenas se dejaba ver en el horizonte. La luna reinaba todavía en aquel cielo irisado. Una luna de sangre. Cogí mi cámara y la fotografié; siempre la llevo en el bolso para no perderme la vida. La mujer se giró y me miró extrañada. La guardé y sonreí. Hizo un gesto raro, algo parecido a la mueca que se hace cuando se chupa un limón. Imaginé que a aquella mujer jamás le habían regalado una sonrisa. Tampoco yo era de regalar las mías, dado que apenas sonreía. Sin embargo, llevaba haciéndolo durante días a un galgo flaco, cojo y huidizo.

La mañana, como siempre, transcurrió entre expedientes y archivos, entre anotaciones en registros y tramitaciones absurdas e interminables, cuyo final casi siempre eran cajas «AZ» y años de espera hasta que un juez dictara sentencia. Y luego un recurso y nueva sentencia. Y sellos, y más sellos, idas y venidas de expedientes de quinientos folios, papeleo eterno. Algunos llevaban esperando ser archivados más años que los que yo trabajaba en aquella oficina. Comprobé mi bandeja de entrada y vi que tenía un correo de una amiga. Leí y contesté. Había resuelto una comedura de coco, cerrando definitivamente una puerta entreabierta. Le di mi enhorabuena y agradecí que compartiera conmigo su alegría. Sonreí. Mi compañero de la mesa de al lado me miró e hizo otro gesto extraño, el segundo que veía en alguien aquel día. Subí un poco la música de mi ordenador. Sonaba *Moonlight shadow*, de Michael Olfeld. Continué tecleando.

El resto del día transcurrió como todos, sin que variase en nada por el hecho de que fuera viernes. Podría haber sido cualquier día de la semana pues todos son iguales para mí.

A eso de las seis cerré el ordenador y me dispuse a enfrentarme con la hora y pico de camino de vuelta a casa. En el metro un joven tocaba con una guitarra eléctrica un tema pegadizo, cantando con una voz melodiosa y acariciadora. Ya le había visto en alguna otra ocasión, en el mismo sitio, con la misma sonrisa, con la misma caja de cartón en el suelo para recoger monedas, incluso me sonaba aquella canción. Nunca me había parado hasta aquel día. Las prisas, las eternas prisas y la vida a la carrera. Sin embargo, esa tarde lo hice. Tal vez aquel joven, de mirada

lánguida y un tanto perdida, me recordó que, en ocasiones, hay que detenerse para respirar, oler, dejarse acariciar por una melodía, agradecer los días prestados, vencer el orgullo, telefonar, pedir perdón, observar a nuestro alrededor, mirarse en un espejo, dar gracias por las canas, disfrutar de lo que siempre está y no se ha visto por nuestra propia torpeza. ¡Sonreír!

Me quedé a su lado y el joven me hizo un gesto. El tercero del día. Un gesto amable. A sus pies, junto a la caja con unas cuantas monedas, un cartel que rezaba «*Compra mi música: CD, 5 euros*». Cogí un billete y añadí un euro por la canción que estaba tocando. Cuando acabó de cantar, le di el dinero y el muchacho extrajo de la mochila un CD.

—¿Podrías dedicármelo? —pregunté mientras sacaba un bolígrafo del bolso.

—Si no lo has escuchado... Tal vez no te guste mi música —contestó con una sonrisa en sus labios.

—Me gustará. Yo no sé tocar ningún instrumento. De haber podido aprender alguno hubiera elegido la batería —guiné un ojo.

—Bestial. —El joven lanzó una sonora carcajada—. No tienes aspecto de...

—¿De ser tan marchosa? Y no lo soy, pero me gusta el sonido de la batería.

—Yo la toco, aunque sería complicado traerla aquí. —Tomó mi bolígrafo, abrió el CD y escribió una dedicatoria en su interior—. Tu nombre es...

—Iris.

—Precioso.

—Si no le añades «arco», claro. —Sonreí de nuevo y el chico volvió a carcajearse. Su risa sonó entre el bullicio de la gente y el tiempo se detuvo para ambos por un breve instante.

—¿Me dirás qué te ha parecido cuando la escuches?

—Lo haré, descuida.

—No estoy siempre por aquí, voy de acá para allá, donde el viento me lleve, pero me quedaré por aquí un poco más, al menos hasta que escuches el CD.

—La primavera ha llegado al fin, hay poco viento ya.

—Tienes razón. Tal vez sea el momento de descansar, sentarse en medio del camino y disfrutar de la primavera. —me dio el CD y volvió a sonreír.

—Gracias.

Su firma era un garabato un tanto peculiar. Era imposible adivinar su nombre en aquella rúbrica, pero no se lo pregunté. Tampoco pareció sorprendido por mi falta de curiosidad.

—A ti. Espero ansioso tu crítica.

—Yo jamás osaría criticar a un artista.

—Pues entonces esperaré tu opinión, a secas. Me gustaría volver a verte... para que me la des.

El camino de vuelta a casa se me hizo algo más largo que de costumbre, deseosa como estaba de escuchar el CD en mi equipo de música. Bajé del autobús, arrastrando los pies, con ganas de quitarme los zapatos de tacón y ponerme el pijama, unas ganas que casi dolían.

Pero sucedió algo que también hizo de aquél un día distinto y menos gris que los demás. Él me esperaba. Por primera vez en semanas y desde que me acompañaba en mi inexorable camino hacia la rutina, estaba allí, en la acera frente a mi casa y a la altura de mi cancela. Lo miré y sonreí.

Busqué las llaves y abrí la puerta. Esperó. Ya en casa olvidé mi dolor de pies, el CD, todo el día gris, los expedientes que me aguardaban al día siguiente, los gestos de las personas con las que me tropecé, y centré mis últimas fuerzas en buscar un cuenco que llené de agua y en coger un paquete de salchichas de la nevera. Las corté en trocitos y las puse en un bol.

Salí a la calle y coloqué todo al lado de la cancela, dentro de mi parcela, a menos de un metro de la calle, dejando ésta abierta de par en par. Me observó, miró el cuenco del agua y el que contenía sabrosos pedazos de salchicha y avanzó vacilante hacia mí. Me acerqué un poquito a él, con la ilusión de un encuentro que deseaba desde hacía días. Se echó atrás de nuevo, titubeante y asustado. Le pedí calma y sonreí.

De pronto, cruzó la calle y se acercó hasta la verja de casa, mientras yo retrocedía sobre mis pasos, apenas un metro. Y entonces sucedió. Cruzó la cancela y llegó hasta el porche.

Bebió del cuenco y devoró las salchichas sin prestarme la más mínima atención. Ya me había observado todos aquellos días y me conocía bien. Ahora, tan solo descansaba. Lo rodeé para que no se asustara, cerré la puerta de la cancela y me quedé un rato a su lado mientras acababa de comer. Tenía varias heridas a ambos costados y le faltaba un trozo de su oreja derecha del tamaño de una moneda de diez céntimos. Pese a todo aquello, su mirada era vívida y real. Su hambre y su sed lo eran. Los dos estábamos ahí, más ciertos que nada de lo que había alrededor.

Me alejé de él mientras caminaba en dirección a la puerta de casa y me miró, siguiéndome despacio con su cojera y su mirada triste, pero esperanzada. Cerré la puerta y lo dejé en el hall, esperándome, mientras me quitaba los zapatos y subía al dormitorio para ponerme el pijama.

Busqué unas mantas viejas en el armario y cuando bajé de nuevo al recibidor, se había tumbado junto a la puerta. No parecía nervioso, al contrario, me dio la sensación de que era un náufrago que, después de semanas a la deriva en medio del océano, había llegado a su isla salvadora.

Extendí la manta al lado del sofá del salón, cogí el CD y lo puse en el equipo. La voz de mi guitarrista sonó acariciadora y recordé su sonrisa.

Mi amigo de cuatro patas se levantó y se acercó con esa cojera que ya formaba parte de la casa o que quizás había formado parte de ella desde siempre sin yo saberlo. Se tumbó en la manta y me dejó ser su amiga. Me senté en el sofá, pegada a él. No le acaricié yo, me acarició él. Acercó su cabeza a mi mano y la rozó con la suavidad de una pluma. De ese modo me dio permiso para que yo continuara. Despacio, muy despacio, pasando mi mano temblorosa por su lomo, sintiendo su cansancio y el palpitar del agradecimiento en su pecho.

—Hola. Ya estás aquí, galgo viejo. ¿Tuviste alguna vez un nombre?

Pregunté al aire a sabiendas de que no me contestaría. Pero me sorprendí, al leer en sus ojos que hace ya tiempo tuvo dueño. Tuvo casa, tuvo nombre y una mano a la que lamer, unos ojos a los que mirar con devoción, como ahora miraba los míos.

—Yo me llamo Iris y a ti, mi galgo de color arena y ojos de caramelo, te llamaré Música. Porque te decidiste a entrar en mi vida un día en que la música me llamó para que sonriera, de la mano de un joven que tocaba su guitarra en el metro. Tú serás Música para mí y yo seré Iris para ti. Todos los días me regalarás tu mirada y yo te pondré un cuenco de agua fresca y te daré de comer. Dormirás a los pies de mi cama y pasearemos juntos por el campo, ese campo verde que hay tras mi casa en el que seguro has dormido a la intemperie desde hace semanas. ¿Estás cansado? Yo sí. La vida agota. Necesito un café. ¿Te quedas aquí? La manta que he elegido para ti

es acogedora y suave, ¿verdad? Aunque mañana compraré un mullido colchón, ya que hoy he tenido que improvisar. ¿Sabrás disculparme, a qué sí?

La música siguió sonando y no sé bien cuándo me quedé dormida en el sofá. Solo sé que el reloj marcaba las dos de la mañana cuando me despertó con un lametón en la cara. Subimos juntos al dormitorio y yo ansiaba acurrucarme en la cama. Coloqué su manta en el suelo, nos dijimos buenas noches y nos dormimos. Aquella noche, sin lugar a dudas, descansamos los dos.

EL FUNAMBULISTA

Despertó sobresaltada, buscó a tientas el despertador y comprobó que eran las tres de la mañana. Sus madrugadas en vela se habían convertido ya en una costumbre que la mantenía en un perpetuo estado diurno de ensoñación desde hacía tiempo. Al girarse y en la penumbra, creyó ver el cuerpo de un hombre a su lado. Estaba despierto y le sonreía. Parpadeó un par de veces y el hombre desapareció. Tocó el lado de la cama y comprobó que estaba caliente, como si realmente él hubiera estado echado a su lado.

Sin embargo, hacía meses que dormía sola. Por las noches se acurrucaba bajo el edredón con los pies helados y sin tener quien se los calentara. Estaba enfadada consigo misma por no poder hacer que su cabeza parase un momento. Sus desordenados pensamientos le impedían dormirse. Había perdido ya la cuenta de las noches de insomnio y de los días de veinte horas que había vivido.

Hacía tiempo que, unido a toda esa vorágine de pensamientos caóticos, anhelaba encontrar a alguien a quien no le importase que le acercara los pies, que los abrigara entre sus piernas, que se los calentase con ternura y no los apartara con brusquedad. A eso de las cinco de la madrugada se levantó, cansada ya de intentar conciliar el sueño.

Ese día era especial porque presentaba su segunda novela. Lo hacía en la misma cafetería en que dio a conocer la primera, un año antes. Aquella había tenido una buena acogida en las plataformas digitales y se había lanzado a publicar la segunda, animada más por sus amigos que por ella misma. Dado que su desasosegada vida no le permitía descanso, pensó que tal vez escribiendo llegaría definitivamente el olvido.

Él se fue tras una de las muchas discusiones que ya se habían convertido en rutina desde hacía años. Conservaba esa imagen tan vívida en su recuerdo que le costaba distinguir si estaba en el presente o había regresado a aquel día, al dormitorio, a esa última pelea que les condujo al adiós definitivo. Ella no le había amado aquella noche. Ella ya no amaba igual.

—Hay otro —dijo él y no fue una pregunta sino una rotunda acusación.

—No —respondió ella.

—Entonces, eres tú. Ya no te reconozco. No veo en ti a la mujer con quien me casé. Has sufrido una metamorfosis que no logro entender, con la que no puedo convivir en este momento y dudo que lo consiga en el futuro. Toda tú eres distinta, hasta tu cuerpo, tu risa y tu mirada son diferentes. Ya no me necesitas, en realidad no necesitas a nadie.

Ella quiso explicarse, le habló de su espacio, de sus sueños, de su necesidad de reencontrarse. Y finalmente llegaron las palabras crueles, los gritos, los insultos. Y ella confesó al fin: *«Ya no te quiero»*. Él cogió sus cosas y se marchó. Días más tarde hablaron de divorcio.

Se miró al espejo y descubrió unas ojeras impresionantes y un aspecto cansado y triste. Se metió en la ducha y abrió el agua caliente hasta que su tibieza en la piel comenzó a relajarla. El maquillaje y la plancha del pelo hicieron el milagro.

Una hora más tarde, vestida con unos pantalones vaqueros y una camisa blanca, se despidió de

su hija y salió a la calle. Había quedado a comer con un par de amigas que iban a ayudarla en la presentación de su novela. Una leería una pequeña introducción antes de que ella pronunciara su breve discurso y la otra asumiría la parte activa, repartiendo libros y compartiendo otras tareas con la anfitriona. Sería a las siete y media de la tarde y todo tenía que salir perfecto.

El dueño de la cafetería era amigo de la escritora y estaba encantado con que, por segunda vez en tan poco tiempo, se celebrara un acto cultural en su establecimiento. Además de ayudar, los asistentes consumirían, por lo que haría una buena caja.

Acondicionó el local como ella le pidió: una mesa al fondo, donde se sentaría junto con sus dos amigas y algunas otras cerca de la principal, con cuatro sillas alrededor. Un gran cartel tras la mesa presidencial anunciaba el libro. Junto a la portada, una fotografía suya con gesto sonriente y vestida con una camiseta roja y un pañuelo de llamativos colores.

Como en la anterior ocasión, los asistentes eran familiares, amigos, compañeros de trabajo, *tuiteros* con los que compartía horas de confidencias e información y conocimientos literarios. Y esta vez, conocidos de su nuevo editor. Porque esta novela no era autoeditada, por fin una editorial había creído en ella. Su círculo continuaba siendo pequeño, aunque mucho más nutrido que la primera vez en que se sentó en esa misma mesa, un año atrás. Llegaron un par de horas antes y tomaron la primera copa de vino mientras esperaban la llegada de los asistentes. Estaba cansada incluso antes de empezar el acto. Demasiadas noches sin dormir, demasiados pensamientos que distraer contra los que debía luchar para que no la asaltaran esa tarde, precisamente cuando tenía que estar más despierta. Fue al baño y se retocó el maquillaje. Este estaba haciendo bien su función. Su cara no denotaba agotamiento.

Todo estaba listo para que diera comienzo la presentación. Sus amigas estaban más nerviosas que ella misma. La que iba a ocuparse del discurso previo no paraba de dar vueltas al salón, con sus papeles en la mano, leyendo en voz baja y gesticulando grandilocuente. La otra cambiaba de sitio el atril, lo movía un poco a la derecha, a la izquierda de la mesa, comprobaba el sonido del micrófono: «*uno, dos, uno, dos...*».

Los invitados comenzaron a llegar y ella mostró su mejor sonrisa, amplia y luminosa, enseñó sus dientes blancos y empezó saludar a todo el mundo. Tanto público la abrumó un poco, aquello era mucho más de lo que esperaba. Su amiga la halagó —en exceso, para su gusto— y animó encarecidamente a los presentes a que compraran su novela y la recomendasen, para eso estaban ahí. Ella leyó un breve discurso resumiendo el argumento y también su primer capítulo. Todos aplaudieron. Sintió que ya no necesitaba el maquillaje y que ni siquiera necesitaba la ropa, estaba flotando.

Comenzaron las felicitaciones, los asistentes se volcaron en elogios, de nuevo se repartieron besos. Ella, algo cansada ya, volvió a sentarse y sacó un bolígrafo del bolso para firmar algunos ejemplares de su obra. Tenía forma de catana. Más de un amigo y familiar hicieron comentarios acerca de su originalidad. Aquel bolígrafo tenía su historia y la libreta de dibujitos psicodélicos que había puesto al lado de la mesa, donde apuntaba ideas, pensamientos y notas para sus novelas, también. Formaban parte de un regalo de una persona especial. Aquellos dos objetos se los había obsequiado él. Se hallaba entre el público, aunque intentó no distraerse y olvidar que estaba ahí. Él se acercó a la mesa, le dio la novela y ella la firmó. «*¿Alguna vez fuimos amigos?*».

Se despidió con la misma excusa que había puesto siempre: tenía que irse porque debía recoger a su hija. Estaba en un cumpleaños de un compañero de clase. Otra más y una de tantas con la que justificaba no disponer de tiempo para ellos dos, el estar así de perdido y sin fuerzas para hacer algo por encontrarse, la excusa de que tenía que ser cauto porque si su mujer descubría

lo suyo, le abandonaría, no le dejaría verla y la perdería. Su hija, repetía como una letanía, era toda su vida. Una eterna excusa que no les permitía ni siquiera hacer el amor en una habitación de hotel.

Cuando firmó el libro lo miró fijamente a los ojos y lo supo. No más visitas a probadores solitarios de grandes almacenes a la hora del desayuno, ni al baño de su oficina cuando el resto de los compañeros ya se habían marchado. Se acabó. Le devolvió el bolígrafo y entonces y solo entonces, tras infinitas peticiones por parte de ella de tiempo y de una cama con sábanas blancas, él lo supo.

No hubo beso de despedida.

Lo vio salir por la puerta con la novela bajo el brazo y así, sin palabras, se dijeron adiós.

Continuaron los abrazos, las risas, los comentarios a la novela e, incluso, los cuchicheos sobre la autora. Su mejor amigo, el único que sabía cómo era ella en realidad, estaba contento e ilusionado porque la veía sonreír y eso lo llenó de paz, una paz interior que él había perdido a la vez que la perdió ella.

Su mejor amigo también era su amante ocasional. Follaban cuando ella se lo pedía y de la forma en que ella quería. *«Hazme gritar, sácame placer y dolor al mismo tiempo»*. Y él lo hacía. La follaba usando juguetes sexuales a los que ella se había acostumbrado haciendo el amor con él. Jamás los usó en su matrimonio.

Con su amigo era una persona y con su exmarido fue otra. Ni ella misma se conocía en realidad. Cuando hacían el amor, solía ser delicado en los preliminares, le daba un sensual masaje, relajaba su cuerpo y conseguía que su cabeza dejase de pensar. La cubría de aceite con olor a canela, el que ella siempre elegía y si se lo pedía, se corría en su trasero, sin siquiera tocarse, tan solo excitado por la visión de su cuerpo desnudo, con el contacto de sus manos sobre su suave piel. A pesar de que ya pasaba de los cuarenta, ella tenía un cuerpo hermoso y tentador.

La primera vez que le dio un masaje fue un tanto curiosa. Le escribió un correo, estaba triste, acababan de *«rechazarla»*. Un hombre atractivo que le había regalado el oído durante unas semanas. Y ella, ilusionada y halagada, se había confesado en un largo correo electrónico, diciéndole que gracias a él había logrado olvidar a su fantasma. Un estúpido error. Ningún hombre quiere verse como el sustituto de otro. Aquel hombre, quería poseerla, pero debió sentir miedo. Él también se había confesado un día ante ella: *«no dejo de pensar en ti y eso repercute en mi trabajo. Estás a todas horas en mi cabeza»*. Y luego, nada. Ella estaba confundida. Los hombres le parecían seres muy complicados. Así que escribió a su amigo para desahogarse. Y de buenas a primeras él vio luz al final de un túnel de deseo, en el que viajaba por ella, desde hacía mucho tiempo. *«Si hubiera sido yo el caballo elegido, te aseguro que no habría hecho parada de burro»*. Dio a enviar y ella recibió aquello como una puerta abierta.

—¿Me darías ese masaje? Estoy tensa. Un masaje desnuda, pero nada más. No habrá sexo. ¿Podrías hacerlo?

—¿Bromeas? Quiero hacerlo.

De aquel primer día en que ni siquiera la penetró y sólo una vez que ella se lo pidió, la satisfizo con su boca, con sus dedos y con sus juguetes sexuales, habían pasado seis meses.

—Cuando esto se acabe, porque se acabará, no quiero perder tu amistad. Aprecio todo lo que obtengo de ella. Ya no será lo mismo, lo sé, pero prométeme que intentaremos llegar a un punto intermedio, porque así lo quieres tú y así lo quiero yo.

Hacia más de un mes que no follaban.

Echó un nuevo vistazo a la cafetería con la esperanza de que una persona apareciera. Su *tuitero* favorito, al que había conocido cuando él se ofreció desinteresadamente para promocionar sus obras en *Internet*, seguía sin querer ser descubierto más allá de la virtualidad de *Twitter*.

Se aferró a aquel desconocido, generoso y altruista, como a un clavo ardiendo. La informática no era su fuerte, ella solo sabía escribir. Se sentía muy pequeña a su lado, una vez descubrió que aquel hombre era un artista.

En su perfil de *Twitter* había escondido su rostro bajo el avatar del funambulista de la portada de «*Famous last words*» de Supertramp, un personaje pintoresco y con un halo de misterio que inducía a preguntarse quién era el que se camuflaba bajo esa máscara y si ocultaba algo.

No sabía cuál era su aspecto, pero no le había importado jamás. Ni siquiera se llegó a preguntar cómo era físicamente. Sin embargo, empatizó con él desde el primer momento. Y mientras ella descubría la música, la poesía y otras disciplinas artísticas de su mano, en su casa seguían sin entender cómo podía aporrear las teclas de su portátil durante horas enteras, de un modo compulsivo, por qué había dejado de ver los concursos en prime time o sus teleseries favoritas y había sustituido esos momentos familiares por un ordenador, sus manuscritos, su recién descubierto amor por la música y sus compañeros de viaje en *Twitter*.

Sentía una envidia sana por aquel artista desconocido, amigo de confianzas literarias y su maestro en el reciente descubrimiento de su afición por el jazz. Lo admiraba. Su amigo sin rostro había nacido artista, ya que en sus genes llevaba la capacidad de crear y emocionar. Era humilde, nada dado a recibir halagos de nadie, ni siquiera de ella.

En la presentación de su primera novela lo echó en falta. Esperaba que acudiera, que llevase un ejemplar de la novela que ella presentaba y que le pidiera que se lo dedicase. «*Hola, soy yo, el funambulista*». Y así estuvo toda la tarde, en vilo hasta que se marchó el último asistente y sus amigas le ayudaron a guardar los pocos ejemplares que no había vendido. Incluso lo hizo cuando salieron de la cafetería.

Cuando llegó al coche, miró atrás por si alguno de los hombres que caminaba por la calle pudiera ser él. Le imaginaba gritando y diciendo «espera, siento haber llegado tarde, soy yo, firmame un ejemplar de tu libro como recuerdo». Una bonita y emotiva dedicatoria para quien lo leyó antes de que naciera en papel. Condujo sin pronunciar una sola palabra, apenada por su ausencia. Sus amigas intentaron que se animase sin conseguirlo. Estuvo taciturna durante días. Al día siguiente recibió un correo electrónico de su amigo artista en el que se disculpaba, aunque sin dar ninguna explicación sobre el motivo por el que no había podido asistir a la presentación. «*No te preocupes, seguimos siendo amigos. Tus motivos tendrías*».

Había transcurrido casi un año de la publicación de su primera novela y su segunda obra era mucho más intimista que la anterior. Aquellos primeros lectores reclamaron unos personajes más atormentados, unas mujeres más perdidas y unos hombres más desequilibrados, e incluso un final más rocambolesco. Les dio lo que pedían porque ella no era quién para negarse a cumplir los deseos de sus seguidores.

La novela había resultado ser muy oscura, tanto como lo era su autora desde hacía tiempo. Volvería a ser un éxito afirmó su editor. Le imaginó frotándose las manos e hizo una mueca de

disgusto.

Estaba firmando un ejemplar a un amigo mientras se apoyaba en la mesa con una postura un tanto incómoda. Dejó su copa de vino vacía al lado. Era la tercera de la velada. Se había peinado de tal modo que el cabello cubría ligeramente su rostro con su único propósito de ocultar su melancolía. Antes de volver con los invitados, un hombre dejó encima de la mesa un ejemplar de la novela. Alzó la vista y descubrió a un hombre que sonreía con la primera de sus obras en la mano.

—Buenas tardes. Me gustaría que me dedicases tu segunda novela como hiciste con la primera. Con una dedicatoria sencilla, como lo hiciste con esta.

Ella leyó la dedicatoria: «*Para Óscar*». Entonces comprendió.

—Siempre pensé que no acudiste a la presentación. Estaba equivocada y nunca me sacaste de mi error. No faltaste a la cita...

—Te pido disculpas. En aquella ocasión preferí dejarme puesta la careta de funambulista.

—Te eché de menos. Me hubiera gustado tenerte cerca, incluso en la mesa presidencial. Me ayudaste mucho con aquella novela. Necesitaba tu aliento y lo tuve. Siempre te lo agradeceré. Por cierto, eres tal y como te imaginaba. —Alargó su mano y se la estrecharon.

—No estaba preparado para conocerte en persona. Como te comenté una vez, soy un hombre bastante tímido.

—Yo también lo soy. Escribo con soltura, pero cuando tengo que hablar en público todavía me sonrojo.

—Ahora mismo acabas de hacerlo... He venido con mi esposa, quisiera presentártela.

El funambulista se giró y llamó a una mujer de unos cuarenta y cinco años que permanecía a unos metros de distancia de ellos.

—Gema, te presento a Sara, mi amiga escritora.

—Encantada. Óscar me ha hablado mucho de ti. Te admira.

—Pues no tiene mucho que admirar, el artista es él. Tu marido es muy modesto... Ahora mismo te dedico la novela. No me va mucho el *star system* y me cuesta todavía dar autógrafos. La verdad, no sé qué poner...

—Pon lo mismo que en el otro, «*para Óscar*». Eso basta.

—Sobran las palabras.

—Compañera de confidencias literarias...

A eso de las diez se despidió de los pocos invitados que quedaban en la cafetería y en especial de su amigo artista y de su esposa. Por fin le había puesto rostro, aunque decidió borrarlo de su mente y recordarlo con su avatar de funambulista.

Llegó a casa agotada. Encendió la *tablet* y adjuntó unos archivos a un correo electrónico: tres novelas pendientes de publicación. Y como texto, un simple: «Óscar, por favor, Ayuda a Raúl con esto». Añadió el número de teléfono de su exmarido y le dio a «enviar». A los cinco minutos recibió un mensaje de Óscar: «*Sara, no lo hagas*». No respondió a aquel correo ya que estaba segura de que, a pesar de todo, él lo entendería.

Se desmaquilló y preparó la bañera. Echó sales de baño, perlas de aceite perfumadas y se quedó desnuda, observando cómo empezaba a crecer la espuma. Un baño relajante y liberador. Puso varias velas por todo el baño y apagó la luz.

Estaba sola. Aquella noche su hija pasaba el fin de semana con su padre. Buscó la *web* de Óscar y puso en reproducción aleatoria la música que él había colgado.

Del cajón del baño sacó la caja del *Lorazepam* y se tomó unos cuantos con un trago de agua. ¿Quince, veinte comprimidos? No los contó. La música de Óscar comenzó a sonar. La de su artista preferido, la de su amigo. Tarareó la primera canción y cayó en la cuenta de que ya se sabía todas de memoria. «*El funambulista tiene que poner su mente a trabajar de nuevo. Hace mucho que no compone. Debe estar triste, como yo*». Aquella suave melodía acarició sus oídos y sintió paz.

Se metió en la bañera y la calidez del agua la envolvió casi al instante. El baño olía a jazmín. Cerró los ojos y se dejó llevar. La música sonó, sonó y sonó.

Y ella, por fin, fue libre.

VEINCITUATRO HORAS

«¡Pulgares arriba!». Adela paró y se agachó para dar un beso en la mejilla a su hija. La pequeña sonrió e hizo el gesto con la manita. Después, ambas reemprendieron su camino en dirección al colegio. La niña abrazó a su mamá cuando, ya a las puertas del cole, sonó el timbre que anunciaba el comienzo de las clases.

Adela depositó otro sonoro beso en cada mejilla de su hija y volvió sobre sus pasos a buena marcha. Mientras caminaba cogió el móvil y marcó un número. Sin más preámbulos empezó a hablar con su interlocutor.

—Voy para allá, espérame en la cama.

Adela había dejado atrás las preguntas, las dudas y los miedos. «*Lo quiero, lo pido, me lo dan, lo cojo, me voy*». Eso pensó que sucedería cuando conoció a Iván. Pero ese «*me voy*» se escurrió de entre los dedos de sus principios.

Adela no se quería ir. Pensaba en él a todas horas: mientras hacía la compra, cocinaba, durante su jornada laboral, cuando tomaba un café con sus amigos. Pensaba en él las veinticuatro horas del día.

Doce años casada y cinco años de noviazgo. A veces analizaba su situación y se planteaba que con Pablo, su esposo, nunca se había encontrado en aquel estado. «*¿Durante algún momento de nuestra relación llegué a pensar en mi marido las veinticuatro horas que tiene el día?*». No necesitaba responder a esa pregunta retórica.

Nunca imaginó que viviría una aventura extramatrimonial. Era una mujer emocionalmente equilibrada y jamás se planteó que el azar o el destino pudieran hacer que su vida diera tal giro. Incluso hubiese puesto la mano en el fuego por la futura estabilidad de su matrimonio. Su hogar era su remanso de paz. Sin mariposas y sin pasión, pero también sin sobresaltos. En definitiva, le gustaba aquella vida.

Sin embargo, todo cambió un buen día. Llegó Iván, quien no solo recuperó su bolso de las garras de un ladrón sino que llenó su vida de colores. Cuando regresó, bolso en mano, Adela estaba envuelta en un mar de lágrimas y tenía el rostro desenchajado. Así que Iván no solo le devolvió su bolso, sino que también le entregó un pañuelo para que se secase las lágrimas.

Un robo, un hombre que había reaccionado con reflejos y valentía, un pañuelo, un café y una charla. Esos habían sido los detonantes para que la Adela de hoy no se pareciera a la Adela de ocho meses atrás. «*¿O tal vez siempre fui esta que ahora corre a casa de Iván y le ha pedido que le espere en la cama? Tengo que analizar esto...*».

Abrió la puerta y se dirigió al dormitorio. Tenía llave desde hacía varios meses. Aquel punto de confianza desarmó lo que quedaba de lógica y cordura en su cabeza. «*Me dio las llaves de su casa. Quizás sea al revés, la loca era la Adela de antes y esta de ahora es la Adela cuerda. ¡Qué más da! ¡Soy feliz!*».

Y así, se suceden dos horas de besos, caricias, arañazos de gata en la espalda, pasión, placer, amor...

«*¿Es eso: AMOR!*».

Hacía un par de semanas que Iván le había planteado una cuestión que le pareció un salto al vacío sin paracaídas. Era un paso importante que debía haber meditado con mucha calma antes de jugársela con Adela. La petición de su amante le hizo plantearse los pros y los contras y pensarlo mucho antes de darle una respuesta.

Y, de pronto, lo comprendió todo: «Adela, te pasas las veinticuatro horas del día pensando en él, te hablan sus besos, sus ojos cuando te mira y te ves reflejados en ellos, las entradas de cine que sacó cuando comentaste que te gustaría ver esa película y no tenías con quién ir. Te habla su amor y el tuyo».

—Sí, Iván, me casaré contigo.

Adela tiene prisa por volver a casa. Los días que libra entre semana hace gestiones bancarias, prepara comida para congelar y realiza las tareas domésticas que no puede hacer los días en que trabaja. Pero, desde que se conocen, sus días de libranza son para compartirlos con él. Hoy ha tomado la decisión de que sus veinticuatro horas en el pensamiento se materialicen en la vida real. Ha bastado sentir su cuerpo una vez más para pronunciar esa frase.

Tras despedirse de Iván, Adela ha regresado a casa a paso ligero, tan ligero como cuando se dirigía a verlo. Ya en su domicilio se ha preparado una taza de café y ha cogido el teléfono. Al otro lado, la voz de su marido que saluda con cierto tono de extrañeza. Adela nunca llama durante la jornada laboral.

—Por favor, Pablo, no te entretengas después del trabajo. Tenemos que hablar...

SIGUE CAMINANDO

Martina tenía treinta años. Estudiábamos juntas en la universidad. Era simpática, extrovertida y poseía un encanto especial. Aparecía por la escalera de la facultad y yo ya sonreía. Mis diecinueve años de inexperiencia se sonrojaban con una sola de sus sonrisas. «¡Hola, Eva!», gritaba bajo la escalera nada más verme. «Hola, Martina», titubeaba yo y también sonreía. Era mi luz.

Hasta entonces no me había sentido atraída por ninguna mujer y estaba confundida. Era solo atracción por ella. Ganas de abrazarla, de besarla, de acariciar su cara y tocar su pelo color azafrán.

No eran estos tiempos, eran otros, veinticinco años atrás. Aún era extraño verlo, lo era incluso contarle a los amigos, impensable confesarlo a tus padres. Sin embargo, yo tuve la gran fortuna de tener una madre que escuchaba siempre y que solo dio a mis hermanos y a mí un único consejo: *«buscad siempre aquello que os haga felices y nunca dejéis de perseguirlo»*.

Así que, un buen día, cuando mi pecho parecía que iba a estallar por la angustia de tener que desvelar mi más íntimo secreto, cogí de la mano a mi madre y le pedí que me escuchara. Tenía la posibilidad de que, en este caso, reaccionara con una respuesta diferente a la que yo esperaba de ella, pero decidí enfren-

tarme a mis miedos y abrirle mi corazón.

Me miró durante unos segundos y permaneció callada. Temí que estuviese decepcionada con su hija pequeña. Después sonrió, cogió mis manos y las abrazó en un tierno lazo con las suyas. Mi madre, la misma de siempre, la que nunca nos juzgó, repitió su máxima: *«Busca siempre lo que te haga feliz, Eva»*.

Al día siguiente, Martina apareció ondeando su roja melena al viento. Nos saludamos y fuimos a la biblioteca para terminar un trabajo de clase. Y ahí fue, donde, entre montañas de libros y bajito, le susurré: *«te quiero»*.

Hoy mi amor ha muerto, tras veinticinco años juntas. Solo pudo separarnos lo que la comió por dentro y que los médicos no pudieron parar.

Recuerdo cada día que pasamos juntas, tras aquel primer *«te quiero»* y lo felices que fuimos. Yo, oliendo su pelo rojo cada mañana tras despertar y ella mostrándome el mundo y enseñándome lo hermoso que puede llegar a ser compartirlo con alguien.

Mi familia y nuestros amigos me acompañan. Mi madre me coge la mano. Hace unos segundos me ha susurrado al oído lo orgullosa que ha estado siempre de mí y ha añadido: *«me hiciste caso, buscaste siempre la felicidad y ella vino a ti. Ahora, hija mía, sigue caminando»*.

Y eso haré, siempre.

MARY, LA DEVORAHOMBRES

Manuel se arrastró hasta la puerta del dormitorio dejando un reguero de sangre tras de sí. Mary lo contempló desde la cama con una macabra sonrisa en los labios. Se habían conocido unas horas antes en el club donde ella trabajaba como cantante. A aquel hombre, cliente habitual del local, nunca se le pasó por la cabeza interesar a una mujer como ella. Ese día, la mala suerte lo acompañó y aquella diosa se fijó en él cuando se hallaba sentado en una de las mesas más cercanas al escenario. Él nunca llegaba a tiempo para reservar una tan cerca de su sueño, pero en aquella ocasión consiguió una situada al lado.

Mary le observó mientras Manuel sonreía embozado. Movi6 sus caderas hacia el tipo gris, baj6 los cuatro peldaños que separaban el escenario del público y se dirigió a su mesa. Acarició su barbilla y el hombre se hizo grande en su asiento. Después ella se dio media vuelta y regresó a escena. Unos minutos más tarde, en uno de los descansos de su actuación, se acercó otra vez a Manuel y se sentó a su lado. El hombre, confuso, derramó su copa al intentar besar su mano en un gesto de rancia caballerosidad. La cantante sonrió y calmó su nerviosismo con palabras amables. Al cabo de un rato y tras otra copa de vino, le invitó a continuar la velada en un motel cercano. Manuel se pellizcó la cara cuando ella volvió al escenario para terminar su actuación. Un hombre como él con una mujer como aquella...

La poseyó en aquel motel y ella se quedó con su vida como pago. Manuel gritó cuando sintió que llegaba al orgasmo y Mary ahogó su grito con un beso. Su lengua lamíó sus labios y él entreabrió su boca para recibirla.

No vio el cuchillo en la semioscuridad del dormitorio.

De pronto, percibió humedad en su vientre. Sorprendido, trató de incorporarse, pero solo consiguió tirarse de la cama para intentar llegar a rastras hasta la puerta. Ella continuó mirando a su presa mientras se arrastraba y, tras unos segundos, se levantó y caminó despacio hacia él. Manuel se volvió hacia Mary, que se acercaba con el cuchillo en la mano y una sonrisa grotesca en su cara. Con los ojos desorbitados y un lloriqueo casi infantil imploró por su vida con las escasas fuerzas que le quedaban. El bello rostro de la diosa se había transformado en el de una mantis religiosa que iba a comerse a su macho después de la cópula.

«¿Por qué me dieron esa mesa? ¿Por qué?».

Mary se agachó, lo agarró por el cabello y con un certero movimiento cercenó su garganta. La mantis religiosa abrió la boca del hombre hasta desencajar su mandíbula y le cortó de un tajo limpio su lengua. Acto seguido comenzó a comérsela. Después de saborear el último bocado bajó hasta su pene, lo amputó y lo guardó en una bolsa de plástico.

Mary no llevaba la cuenta de las lenguas que había cercenado. Cantaba en aquel club y, cuando aquella voz dentro de su cabeza le ordenaba hacerlo, devoraba.

A la mañana siguiente, la señora de la limpieza entró en la habitación y encontró el cuerpo de Manuel sobre un gran charco de sangre seca. Tenía la boca abierta y una expresión de terror en su rostro. El recepcionista no pudo confirmar a la policía si llegó al motel acompañado. Cuando se registró estaba solo. Nadie vio entrar a Mary y nadie la vio salir. Se escabulló en la noche

moviendo sus caderas al ritmo de la canción que tarareaba con una sonrisa macabra en su rostro.

«Amor, te recordaré cuando no estés,
Te llevaré dentro de mí,
muy dentro,
Amor,
tu vida me pertenece,
tu muerte es mía.
Juntos por siempre...».

He leído en los periódicos la escalofriante historia de Mary.

Era una devorahombres. Así la describió la prensa, con esa palabra concreta, porque poseía una belleza irresistible e hipnótica y todos los hombres caían fulminados a sus pies sin remedio. Una Marilyn sensual que atrapaba al género masculino con su magnetismo de hembra salvaje.

El problema estribaba en que Mary no se conformaba con atraparlos en su tela de araña para divertirse un rato con ellos, dejarlos secos e ir en busca de su siguiente presa. Los hipnotizaba con sus ojos grises y sus pestañas como abanicos, con su mirada lánguida y cautivadora tan característica de los miopes, con su cadencioso y sensual caminar y con esa voz susurrante y aterciopelada que envolvía tanto como lo hacían sus abrazos. Mary se los comía, literalmente hablando. Su boca no solo besaba, también mordía...

Los hombres acudían al club para escucharla escenificar sus canciones y convertir en desamor, pasión, celos y lujuria todas las melodías que la orquesta tocaba cada noche y a las que ella misma había puesto letra. Se decía que ella era así, tan pecado, tan tormento, tan lujurioso deseo y tan *femme fatal* porque un día le arrebataron el alma.

Suena dramático, pero es la historia que me contaron cuando entré por primera vez en ese club y la descubrí encima del escenario con un vestido semitransparente de encaje negro cantando, en un susurro que parecía más un lamento, una canción que hablaba de desengaño:

«Me prometiste el cielo
y me diste infierno,
Me prometiste no hacerme daño
y fuiste mi peor verdugo.
En tus canciones hallé espinas
y dejé que me robases todos mis sueños».

Desde aquella noche ni un solo día falté a mi cita para escucharla cantar. La veía moverse por el escenario y la observaba pasear entre las mesas sonriendo a todos aquellos hombres que suspiraban por ella como lo hacía yo, en silencio. Imaginaba el aroma de su cabello, su cuerpo bajo el mío, su boca en mi oído cantándome solo a mí y era consciente de que todos aquellos caballeros soñaban lo mismo. También observaba cómo se marchaba cada noche con uno y cómo el afortunado no volvía a aparecer más por el club.

Hasta que llegó mi turno...

Aquella noche conseguí la codiciada mesa al lado del escenario. Supongo que mi puja fue la

más alta. El encargado de la sala se metió los billetes en el bolsillo y me acompañó hasta mi mesa en primera fila. En aquella ocasión fui yo el afortunado que se fue del brazo de Mary.

La invité a mi casa porque no me parecía apropiado ir a un motel. Argumenté que ella era demasiado sofisticada como para pasar una noche en una de esas habitaciones tan vulgares. Pareció agradarle la idea, pero finalmente comentó que su casa estaba a solo tres manzanas del club y que prefería que fuésemos allí. Me sorprendió que invitase a un desconocido a su domicilio aunque, en cualquier caso, tanto yo como muchos otros antes de mí eso éramos, en su casa o en un motel. Justificó su propuesta en que reservaba un buen vino para descorchar con alguien especial y añadió que yo lo era. Desconozco el motivo real por el que fui el hombre elegido para entrar en su apartamento después de tantos moteles.

Follamos hasta que amaneció.

Dormía plácidamente cuando acaricié su rostro y se despertó. Me miró, sonrió y me dijo que, en esta ocasión, no había oído las voces. Al principio no entendí lo que quiso decir con aquellas palabras.

Nos levantamos y preparó café para los dos. Mientras desayunábamos me confesó que de pequeña su padrastro abusó de ella. Le decía que era hermosa y que de mayor se comería a los hombres. Añadió que, mientras la manoseaba, juraba que la quería. Con apenas trece años la forzó por primera vez. Semanas más tarde comenzó a sodomizarla.

Su madre siempre se hizo la loca.

Mary rezaba para que ese hombre la dejase en paz y parara de susurrar en su oído. Un día dejó de rezar. Su mente guardó por siempre la imagen de su repugnante lengua recorriendo su cuerpo y de aquella canción susurrada por ese vomitivo y sudoroso animal: *«Mary, mi amor, mi niña, soy tuyo, eres mía, por siempre jamás...»*. Sorda y ciega su madre y un padrastro lujurioso y sodomita... *«Mary, algún día te comerás a los hombres»* repetía una y otra vez mientras ella acariciaba su verga y se la llevaba a la boca. *«Qué bien lo haces, no le cuentes nada de esto a mamá porque no entendería cuánto nos queremos»*.

Lloró tras confesarme su historia y repitió que conmigo las voces no habían acudido a su cabeza. Sentí lástima por aquella hermosa mujer y mi corazón se afligió por mi triste y quebradiza diosa.

Acaricié su rostro, enjuagué sus lágrimas y volvimos a follar. En aquella ocasión sus voces no acudieron a ella, pero las mías sí. No quise que fuera de otro nunca más. Mary era ahora mía.

Eyaculé dentro y al minuto llegó su orgasmo. Aún encima, me giré y vi en la mesilla de noche la foto de una niña pequeña. Parecía muy triste. Supuse que era ella. En aquel instante vi a su padrastro corriéndose dentro de esa niña y sodomizándola cuando ya era una mujer. Le odié.

Me miró serena cuando clavé mis ojos vidriosos en los suyos. Me preguntó si oía voces como las oía ella y le confesé que en ese momento, sí. Acto seguido se relajó a pesar de que yo aún seguía encima y sus caderas todavía envolvían mi cuerpo. Entonces, me rogó que lo hiciera.

Agarré su cuello y apreté fuerte. Sus ojos me suplicaron que no parase. Mis voces gritaron: *«¡Salva a Mary!»*. Y lo hice...

Horas más tarde la policía la encontró estrangulada en su apartamento y halló también decenas de tarros de cristal con penes conservados en formol. Todos estaban etiquetados con fechas y nombres. Trofeos. El más antiguo databa de 1980. El miembro pertenecía a un tal Carlos Espinosa, quien resultó ser el padrastro de Mary. Las pruebas de ADN identificaron al resto de las víctimas. De las lenguas cercenadas jamás se supo nada...

«Ama un solo día y el mundo habrá cambiado».

Robert Browning, poeta y dramaturgo inglés.

NOTA DE LA AUTORA

Queridos lectores:

Gracias por acompañarme en esta aventura literaria. Leer una obra hasta la última página es un regalo maravilloso que hacéis al autor.

Dado que he conseguido que me entreguéis vuestro tiempo y vuestras emociones, os invito a leer el resto de mis criaturas (solo disponibles en Amazon) y os animo a que continuéis a mi lado a través de mi blog, TORMENTAS DE TINTA y de mis publicaciones en las distintas redes sociales.

Y, si lo deseáis, también podéis mantener contacto directo conmigo mediante correo electrónico.

Bajo estas líneas os dejo todo lo necesario para que continuemos esta andadura juntos, así como la lista de canciones que se nombran en algunos de los relatos que acabáis de leer.

Blog:

tormentasdetinta.wordpress.com

Mis obras:

EL SILBIDO DE LA SERPIENTE: rx.me/SHJMX1U

EL DÍA QUE PERDÍ MI SOMBRA: rx.me/U7Y9YS

CAZADORES DE AMBICIONES: rx.me/JSLZNY

AMOR CON H: mybook.to/AmorConH

MANZANAS ROJAS: rx.me/87WC87

Redes sociales:

Facebook: <https://www.facebook.com/aida.delpozoaceves>

Twitter: [@damadenovelas](https://twitter.com/damadenovelas)

Instagram: aidadelpozo

Correo electrónico:



comeduradecoco@hotmail.com

TEMAS MUSICALES QUE SE CITAN EN «MANZANAS VERDES»:

Se llamaba Aura:

With or without you, de U2.

Forever young, de Alphaville.

El siguiente tren:

Por una cabeza, de Carlos Gardel.

Sombras en la pared:

Field of Gold, de Swing

Happy, de Pharrell Williams.

Who wants to live forever, de Queen.

A los pies de mi cama:

Moonlight shadow, de Michael Olfeld.

El funambulista:

Famous last words, de Supertramp